VICTOR ARREGUINE

# LOS ORIENTALES

## TIERRA SALVAJE

JESÚS MENÉNDEZ - EDITOR
BUENOS AIRES
1924

El libro que va a leerse — y otros que han de seguirle — vió la luz pública, hace casi cuatro lustros, en *El Siglo* de Montevideo, sirviendo en los años subsiguientes, de cantera a alarifes, de arsenal a piratas.

En aquel tiempo — 1905 — dirigía *El Siglo* el preclaro pensador Julio Piquet, a cuyo exceso de bondad debo atribuir el comentario que recorto del citado periódico:

### Los estudios históricos de Arreguine

Hoy termina la publicación de los notables estudios históricos de Víctor Arreguine que, con el título general de "Los Orientales", hemos publicado en folletín. Pocas primicias de tanto interés y mérito como ésa, por los asuntos tratados y por la manera en que aquel notable escritor los ha desarrollado. El talento de Arreguine ha llegado a la espléndida madurez que prometía, llamando la atención en sus trabajos tanto la profundidad como el brillo de los conceptos. Si es verdad que el rasgo que caracteriza a las grandes obras literarias, de toda índole, es el número de aforismos que las esmalta, "Los Orientales" merecen considerarse entre aquellas producciones, pues a cada instante

se encuentran en su lectura esas breves condensaciones de pensamiento, de que sólo son capaces los cerebros privilegiados.

Si la primera parte de los estudios, dedicada a los orígenes de la nacionalidad y de su constitución política, arroja mucha luz sobre épocas que apenas habían sido interpretadas con criterio sociológico, la segunda, dedicada a estudiar tiranos y tiranías, tiene para nosotros el mayor interés por las enseñanzas serenas que se desprenden de sus imparciales análisis, agenos al convencionalismo declamatorio que, por lo general, caracteriza los juicios de los escritores políticos.

Muy grato nos es consignar estas sintéticas impresiones sobre la obra de un compatriota, que demuestra el grado de elevación intelectual y de sólida cultura que hemos alcanzado. Páginas como "Los Orientales" son del mejor augurio, pues demuestran que el criterio experimental y filosófico empieza a sustituir entre nosotros al vano parloteo apasionado. El día en que llegue hasta las masas populares aquella manera de apreciar nuestras luchas históricas y nuestros problemas políticos, no habrá que andar buscando paanaceas para curar nuestros males. El conocimiento de la verdad y de nosotros mismos nos habrá devuelto la salud.

## DESCUBRIDORES Y CONQUISTADORES

Los ávidos hidalgos de Guadalajara, de Córdoba, de León, de Burgos, de Valladolid, sintieron los bríos de sus sangres al serles anunciado el segundo Vellocino de Oro, y en pos de las velas que primero turbaron el mar de Occidente, lanzáronse a la conquista del prodigioso Eldorado, mientras los de Lusitania, con menosprecio de arbitrajes, iban a la región ignota donde florece el rojo brasil y a las islas y tierras de las especias con épicos tumbos de navíos.

El infortunio del virrey Colón no fué parte a menguar la tenacidad aventurera de aquel siglo y, roto el misterio que separaba el antiguo mundo de los países sonrientes, cual si recién salieran del seno de la creación, todas las proas tendieron al ocaso. Delante del curso del Sol levantábanse reinos virginales; en ellos cuajaban junto al diamante y la esmeralda, los metales preciosos. Regiones de oro líquido; ciudades con almenas de plata.

El imaginativo Colón había creído en todo eso, y los hidalgos, en su miseria orgullosa, no veían de

otro modo que por los ojos de la leyenda. Por el oro del Nuevo Mundo, pueblos enteros arrancados a la servidumbre, transformarían la superficie del planeta, alcanzando aquéllos más hábiles la primacía de las naciones, hasta allí lograda a fuerza de aceros.

La ley natural, silenciosa e inevitable, se servía, como siempre, de los instintos, sin hacer sentir su señorío.

Las escuadras partían de las costas de España y Portugal, unas a descubrir, otras a recoger beneficios; unas cargadas de soldados; otras, gobernadas por marineros convertidos en capitanes, gentes de vulgo que las circunstancias echaban a la sima oscura del olvido o levantaban a los esplendores de la luz, según les faltase o las acompañara el éxito, pauta de glorias, sentencia de acciones. De tantas flotas, una parece haber llegado en los primeros tiempos (1), hecho brumoso y legendario, a las playas de Santa María. De allí los marinos, no hallando ningún imperio solar, sino ásperas rocas, tornaron a España, donde el jefe de ellos, Juan de Solís (2), debió conversar muchas veces con su amigo Oviedo, vetusto historiador de Indias, referirle su aventura, quejarse del ocio y olvido en que le tenían. No fué demasiado largo este olvido, pudiendo ser de siempre, y al cabo, con el título de

(1) 1513.

(2) Era, probablemente, de abolengo aristocrático. A la inversa de la mayoría de los aventureros, se distinguía por su desinterés.

piloto mayor del reino y algunas naves de las 1000 del iniciado Imperio Español, partió de nuevo a luengas tierras (1).

Las enseñas flamearon durante 17 semanas, reflejadas por las grandes aguas atlánticas, y al término penetraron en dilatado río (2) que los descubridores nombraron Mar Dulce, navegándolo, probablemente hasta enfrentar al arroyo de las Vacas. Mordieron allí las anclas las arenas del fondo, y Solís, en una carabela latina, se dispuso a remontar el luminoso afluente, mas apenas distendido el velamen, solicitado por la belleza de la costa, desembarcó con varios compañeros sin recelar de los salvajes.

Fieros, rojizos (3), casi negros, despejada la frente, largo y lacio el cabello, esbeltos y de elevada talla (4), tal se presentaron a los ojos de los conquistadores los guerreros charrúas. Vivían a lo largo de la costa—del Uruguay al Chuy—en la edad de la piedra pulimentada, en un mundo donde se agitaban hoscas tribus que arrancaban el cuero cabelludo al prisionero; tigres en acecho, en la maleza, y en las rocas, sierpes de mortal ponzoña. El cacique cazaba en bosquecillos y llanuras, como el último indio.

---

(1) Partieron de Lepe el 8 de octubre de 1515.

(2) El 2 de febrero habían echado fondo en Maldonado, del que tomaron posesión y lo nombraron Candelaria.

(3) Lo de llamar rojizo al indio sudamericano, siendo como es amarillento, tal vez se deba al ocre de que se teñían.

(4) Prichard.

Las tribus, en veces aliadas, en veces hostiles, entendíanse por medio de "fuegos", y una victoria era entre ellas anunciada al modo que en Esquilo participan las suyas los griegos del sitio de Troya.

No bien los españoles, traspuesto el arenal ribereño, penetraron en la floresta poblada de vistosos pájaros, una lluvia de armas arrojadizas les evidenció el error de su confianza, obligándoles a huir tan sin tino que quien no caía bajo el peso de las armaduras, perdíase en el bosque. El piloto mayor, el factor, el contador y otros más, quedaron muertos. Los de las naves no intentaron nuevas aventuras, y al volverse mudaron con piedad el nombre del Mar Dulce. ¡Adiós, Mar de Solís! ¡Adiós, tierras siniestras!

*
* *

Recién imperando Carlos V, vuelven al renombre las tierras abandonadas bajo las constelaciones australes, y eso por dos expediciones que tuercen el rumbo, y en lugar de dirigirse a las Molucas se dirigen al Plata.

La una es la de Diego García, hecho de antes a largas travesías por el océano y que llegado a la capital del Brasil se entregó al negocio de esclavos, con lo cual, otro que detrás venía, con rumbo a las Molucas, adelantósele en la exploración y descubrimiento de las comarcas del mar de Solís.

La travesía de este segundo viajero, el piloto mayor Sebastián Gaboto, fué en extremo penosa. Sus

naves, batidas por los ciclones del trópico, veían levantarse enormes nublados y tras cada nublado "venía un agua tan grande que parecía que todo el mundo se venía abajo" (1). Ya en Santa Catalina, a fines de 1526, unos europeos, "los cuales habían quedado de una de las naos que iban a la Especería", abandonados por su capitán el comendador Diego Loaysa, toda una flota perdida allá abajo, en el estrecho de Magallanes, ellos, y otros, desertores de las naves de Rodrigo de Acuña, con idéntico destino, y hasta dos náufragos o desertores de la expedición de Solís, Melchor Ramírez y Enrique Montes, dijéronle que tierras arriba levantábanse auténticos montes de oro, confusa noción de las riquezas del Perú; y Montes, andaluz por lo visto, subiendo a bordo ofrecióle conducirlo por el Paraná, "y que entrando por este río arriba, no tenía en mucho cargar las naos de oro y plata". El crédulo piloto, abandonó su itinerario y, en playa desierta, a varios de sus oficiales opuestos a separarse de su deber. El 6 de abril de 1527, fondearon sus naves "en la boca de un río que nombró San Lorenzo", hoy San Juan. Por esta época se le presentó Francisco del Puerto, que había escapado a la matanza de Solís y vivía entre los yaros, que lo admitieron "por la costumbre de todo indio silvestre de recibir y tratar con igualdad a todo hombre que se les presenta voluntariamente, no siendo en acción de guerra", y ratificó aquellas noticias.

---

(1) Luis Ramírez. Testigo de calidad. Venía en la expedición.

En San Salvador hizo Gaboto levantar un fuerte, y más adelante, en tierra de los timbués, otro; pero antes de esta segunda fundación (Sancti Spiritus), temiendo que los oficiales por él abandonados escribiesen a la corte, donde tenía enemigos, quiso justificarse ante el rey y le comunicó, desde las costas paranaenses, que la poquedad de víveres y el haber perdido una nave, le obligaran, con dictamen de todos — menos muy pocos — a dejar el viaje a la India Oriental por la continuación del descubrimiento del río de Solís; que se hallaba en un gran país fértil, descubierto por él, de suave clima, muy poblado de gentes que se le habían sometido, y de las cuales enviaba algunas a rendirle vasallaje. Que continuaba nuevos descubrimientos de naciones sin número y sumamente ricas. Con la carta y un buque iban sus mejores amigos para ponderar los hechos. "Con este objeto les ocurrió adornar a los indios que llevaban, con planchuelas y otras bagatelas de plata, dando a entender eran adornos usados en el país. Esta misión salió tan a su gusto, como que por estas frioleras se dió al río de Solís el nombre de río de la Plata".

Desde Sancti Spiritus avanzó en una sola nave a la conquista de los montes áureos. La ilusión persistía como cuando los cabos eran de "Buena Esperanza" y las islas "Afortunadas", navegando el Paraná hasta las arrecifes de Itú, y luego el Paraguay hasta las orillas señoreadas por las agaces. Desde que partieron sobrellevaron privaciones y fatigas sin cuento. Pronto acabóseles la harina, de la "que nos

daban, dice un testigo (1), dos onzas tan tasadas que íbamos de isla en isla buscando hierbas, y éstas de todo género, que no mirábamos si eran buenas o malas, y el que podía haber a las manos una culebra o víbora, pensaba que tenía mejor de comer que el rey".

Cuando saltaban a una isla, hacíanlo "como lobos hambrientos" y se lanzaban por los bosques. hachas en mano con que derribar las altas palmeras, sin temor "de onza ni tigre, ni de otra fiera ninguna, de las cuales animalias toda esta tierra está muy poblada".

El temor de una sublevación indígena y la novedad de que en el Sud andaban naves extrañas, indujéronle al regreso. Por el camino halló que las naves eran las de Diego García, a quien hubo de arrebatarle el mando y poder, no sin acrimonioso discutir y casi apelar a los cuchillos. Aspirante a mandar en los países por él explorados, Gaboto, había enviado a España multitud de obsequios, tales como, vistosos plumajes, flechas, canoas, indígenas de tatuado rostro, frutos a la mirada agradables y al olfato y paladar gustosos, creyendo eclipsar los antiguos presentes de Colón; pero viendo que su esperanza se iba en flores, acabó por marcharse para ver de alcanzar con su presencia en la corte lo que no lograban sus letras. Rudo piloto de curtidas manos, ¿qué podías conseguir con tu presencia en la corte del emperador, en torno del cual se movía enjambre de nobles, solicitando lo que tú?

(1) Luis Ramírez.

Desprecios e inculpaciones diéronle en cambio de su brilladora leyenda (1), y entre todos los postulantes, un don Pedro de Mendoza, guerrero enriquecido en los saqueos de las guerras itálicas, obtuvo, comprometiéndose a poblar las tierras acabadas de añadir a los dominios reales, el título de Adelantado, preferible al de marqués o duque, que aparejaba el señorío vitalicio y transmisible por herencia, de una comarca, en esta ocasión más dilatada que cualquier reino conocido.

A este nobilucho rapaz, envidiado y en tales momentos feliz, acudieron hidalgos, mayorazgos, nobles y grandes de España; de todos los puntos iban a él, quiénes ofreciéndole su fortuna, quiénes su sangre, quiénes alegando ser sus compañeros de armas, quiénes luciendo los pergaminos de sus antepasados y los emblemas de sus escudos; y tal como en remotos

---

(1) Gracias a la imaginación de Gaboto y a su culpada desobediencia, se acrecieron los dominios de España y una grande ilusión, la de un nuevo imperio mejicano, impulsó el vuelo de las aventuras. Sin eso, España hubiese tardado muchos años en enviar sus velas a las regiones anubiladas por el recuerdo de la tragedia, y Portugal, en cambio, habría arrebatado a la estirpe ibérica y a la lengua hispánica lo mejor de su imperio, cuando pocas naves y una enseña bastaban para apoderarse de inmensos territorios.

La tentativa de poblar entonces, aunque fuese con un pequeñísimo núcleo, no prosperó debido a los patriotas charrúas. Sin la existencia de tales patriotas, una ranchería, después una aldea, más tarde una ciudad, se hubiese alzado en aquellas costas desde 1527, con su inevitable cabildo, sus calles a cordel, sus casas blancas y su soldadesca española.

siglos los compañeros de Jasón, inscribiéronse en el rol de los aventureros, y en una tarde de verano se dieron al mar en 8 navíos, con rumbo a las Indias de Occidente. Traía la expedición ganados, perros, aves caseras. Soldados, funcionarios y colonos, llegaban a 1200 (1).

*
* *

Diego de Mendoza mandaba las naves.

Al arribar a la desierta bahía de Río Janeiro, bajaron a tierra los hidalgos, y uno de ellos, un maestre de campo, fué, de orden del Adelantado, cosido a puñaladas, justicia pronta, bárbara, discrecional, vengativa, muy en uso entonces entre los jefes de expediciones contra los que les hacían sombra o les negaban obediencia.

Antes de eso, parte de la flota, sorprendida por una tempestad, había tomado el derrotero de Solís, bajo la mano de D. Diego, hasta dar fondo en San Gabriel, donde se estuvo a la espera de los demás expedicionarios. Ya reunida la armada, previo reconocimiento de las tierras que a su frente tenían, emprendieron nuevamente viaje, yendo a dar en un puerto que lamaron Buenos Aires (2).

---

(1) Partieron de San Lúcar el 24 de agosto de 1535.

(2) En recuerdo de una madona a que rendían culto los marinos. Otros dicen que le vino el nombre de una exclamación de Sancho del Campo, al pisar la tierra virgen, barrida por el balsámico pampero, aspirando a pleno pulmón el viento salvaje. Nada tendría de particular que, en

Decididos por la nada hospitalaria costa, a pesar de ser los aborígenes muchos y bravos, los valerosos españoles empezaron a poblarse. Encendida la guerra, echóse D. Diego a las llanuras, seguido de 300 infantes y algunos jinetes, y aun cuando acuchilló mucha carne cobriza, entre los pajonales, no volvió del campo (1).

Tribus guerreras — 23.000 indios calculó el absorto cronista — atacaron el poblado. Asaltos de fieras, aun cuando el cronista lo suponga asedio en forma y vea el aire rayado de flechas con haces de paja encendida y las casitas españolas ardiendo. Rechazados los salvajes, el Adelantado sale a los ríos en busca de sustento y, paralizado por sus dolencias, desde las costas del Paraná desprende hacia el Norte al joven Juan de Ayolas con bastantes compañeros (2), a que funde una ciudad y se abra camino al Perú, y él retorna con las manos vacías.

---

pos de haber aguantado largos meses de encierro en aquellas pequeñas naves españolas de asquerosas sentinas, en confusa mezcla de soldados y animales, en realidad Sancho del Campo hubiese elogiado admirativamente los aires de la localidad.

(1) Pueblos de escasa imaginación los pampas, no vieron en los caballos de Mendoza seres sobrenaturales, ni en su arcabuz el terrible rayo platense, y por eso y su gran apego a sus vastas llanuras, propicias a la libertad, dieron tanto que hacer a los conquistadores y a sus descendientes, los hacendados criollos.

(2) Unos dicen que eran 400; otros, los reducen a 300. Posible es que no excedieran de 150.

Entre tanto, yendo hacia el horizonte que puede conducirlo al Perú, deja Ayolas el Paraguay a la espalda, donde se eleva la Asunción (1), núcleo ya fijo de la colonización de estos países y antes que ciudad, campamento y escuela de asonadas, tiranías y traiciones. Dijérase, con todo, haber en ella penetrado, también, en espíritu, el noble D. Juan de Padilla y que los campos de Villalar y el patíbulo no tardarán en reproducirse. Civilización y bandolerismo. Los de la colonia, riñeron entre sí, en lo futuro, combates de palabras; pero hombres de acción, más comúnmente pelearon con las armas, haciendo de teatro tan exiguo, lugar ruidoso como un reino, donde los pequeños capitanes adquirían perfiles trágicos: unas veces de déspotas; otras veces de mártires. Como sólo lo acogen recriminaciones —que al capitán atribuyen los soldados el triunfo o la derrota común—este primer desalentado, Mendoza, se da a la vela para Europa. Muerto en el viaje, los marineros, a usanza marinera, lo arrojan por la borda al mar. Ya antes de marcharse, el pobre hombre célebre, habíase vuelto una especie de loco, que por todas partes veía enemigos y puñales. Próximo a partir escribe a Ayolas (2) y en las instrucciones que le deja, con el mando, quéjase de sus siete llagas

(1) Fundáronla Salazar y Gonzalo de Mendoza, el 15 de agosto de 1537, y no, Ayolas, como tantas veces se ha escrito.

(2) 21 de abril de 1537.

sifilíticas, cuatro de ellas en la cabeza, bien contadas (1).

Puso en la Asunción sus reales el capitán Domingo Martínez de Irala, maestre de campo de Ayolas, cuyo fin a manos de salvajes, dióle el poder de un capitán general. Buenos Aires languideció y el caudillo español que no podía socorrerla, la redujo a cenizas y se llevó sus últimos moradores (2).

¡Qué energía la de aquellos compañeros de Irala, en el ardiente centro del mundo, buscando por en

---

(1) Lastimeras las instrucciones a Ayolas, su lugarteniente.

Que se lleve toda la gente, "y si pudiere hacer otro camino, pegar fuego a esas naos o anegallas y llevarse toda la gente arriba". Y si puede vender a Almagro o Pizarro el territorio, "hacedlo", "no dejandome morir de hambre" (todo su haber habíalo gastado en la aventura). "Y si Dios os diere alguna joya o alguna piedra, no dejeis de enviarmela, porque tenga algun remedio de mis trabajos y de mis llagas". No olvida, buen camarada a ratos, ni a sus compañeros ni aun a sus criados y marineros; pero el odio a sus enemigos persiste. "Si de algunos hiciéredes justicia, sea con mucha razón; y si fuese cosa que podais pasalla, pasalla". "Y si el caso fuera tal que os toque en traición, y estuvieredes cierto que es verdad y no hallaredes testigos que basten, empozadlo secretamente de noche o echadlo donde no parezca ni pueda hacer daño; pero primero, como os he dicho, se os acuerde Dios"... Piensa en Dios y en la muerte. Y en sus llagas. Y una en la mano derecha, 'que no me deja escribir ni aun firmar".

(2) Ruiz Galán no se decidió a despoblarla. El despoblador fué Irala (junio de 1541). Muchos de los aventureros, solicitáronle esa medida, deseando morar en lugares menos desamparados. Otros se opusieron, según es usual, cuando tales hechos ocurren.

medio de bosques ponerse al habla con el Oeste! (1) Eran silenciosos, y aunque incapaces de guiar el arado, capaces de afrontar empresas terribles. Los aventureros en aquel siglo se dirigían a América, dejando tras sí a los no audaces e inferiores. Con razón los españoles afirman que descubrir y conquistar el Nuevo Mundo les condujo a la ruina, faltándoles para ser justos añadir que no contribuyeron menos a ese resultado sus banderas triunfantes en Italia, Francia, Flandes, Alemania. Guerreros eran todos sus fuertes, sus nobles, sus pensadores y aun sus poetas.. Detrás de una o dos generaciones heroicas quedaron, allá en la península, el militarismo profesional, los usufructuarios de América, indolentes y rapaces, con sus casas de Contratación (2) y sus leyes aduaneras; los favoritos, las hogueras del Santo Oficio, los reyes dementes, de extraviado

---

(1) Además de haber sometido a los indígenas a servidumbre, con el régimen de las encomiendas, los conquistadores los utilizaban como tropas auxiliares en la guerra.

El gran historiador Azara, justificando el repartimiento de indios implantado por Irala, afirma que el trabajo a que se les sometía era bien poco, como que se limitaba a satisfacer las necesidades más simples de sus señores: alimento y vestidos. En su partidismo, cual ocurre siempre a los partidistas, no ve Azara sino una parte de la verdad y silencia que se trataba, por un lado, de míseras criaturas, inermes o con armas muy primitivas, y por otra, de hombres rampantes y codiciosos, llenos de vicios y la mayoría sin freno, en tierra conquistada.

(2) Especie de Cámara de Comercio residente en Sevilla. Expedía navíos; recibía cargamentos. Simbolizaba el monopolio español en sus formas más duras.

mirar; y la grande España de los aventureros quedó convertida en otra cosa, casi enteramente poblada de fantasmas (1).

---

(1) ¿Cómo no iba al fin a decaer una nación que enviaba, sin miramientos, a las batallas aun a sus ingenios y genios?

Recuérdese, sino, a Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega, y piénsese qué catástrofe hubiera sido para las letras universales, si los dos últimos hubieran corrido la suerte del primero, y que entre las víctimas de tantos combates y conquistas debieron caer centenares de ingenios y hasta genios que no tuvieron oportunidad de revelarse. Pero no cabe, por esto, hacer cargos al glorioso pasado de una nación madre de tantas. Idénticos fueron sus destinos a aquéllos de los grandes imperios, y persas, macedonios, romanos, árabes, francos y britanos son sus iguales en la Historia. Todo conquistador al fin fenece a causa de su propia grandeza.

Cuando el pie de los tercios españoles pisaba el mundo, razas y naciones retrocedían. Imperio universal, España cumplía su destino inevitable. Sus naves cabeceaban en los dos océanos; sus mozos de presa iban a caza de reinos. Y si siglos atrás ella había dado emperadores al mundo, no siendo sino provincia latina, a más justo título debía darlos en su pujante virilidad.

En otras edades, romanos y cartagineses disputaron sus campos; por fértil y por luminosa, amárala el árabe, ornándola de mezquitas donde aún pueden leerse versos del Corán. El Cid fué su Herakles; Alfonso X, su Sócrates coronado; Cervantes, su Shakespeare. ¿Y cómo ella, tan ricamente dotada, no realizaría, al par del romano o el árabe, el más bárbaro pero también el más deslumbrador ensueño?

El día brillaba siempre en algún pedazo de su imperio. En tanto el sol reía en los peñascos de sus costas, allá abajo en la Oceanía, esplendían las constelaciones. Su lengua

*
* *

En la Asunción señoreaba Irala cuando fué a ella un veedor, "jefe militar cuyas funciones eran semejantes a las de los modernos inspectores", llevando con una orden real, para que los colonos eligiesen entonces y en lo sucesivo gobernador provisorio, "según Dios y sus conciencias", la intención de hacerse elegir él. No conocía a Irala el veedor; ni a Irala ni a sus secuaces militares. E Irala, con el voto de los soldados, quedó confirmado en el gobierno, alcanzado con rudas tareas y tremendos rigores sobre unas gentes levantiscas y de instintos groseros y otras extrañas, los guaraníes, suaves y sumisas. A los dos años el rey, cuidando de una colonia de la cual no le llegan sino siniestros rumores, nombra segundo Adelantado a Alvar Nú-

---

sonora llegó a escucharse en todas las islas de los mares y en todas las cortes de la tierra. Sus fortalezas se elevaban sobre miles de leguas costaneras, desde la Florida a Magallanes y de Magallanes hasta el mar de la China. El mundo conocía la voz de sus cañones y el orgullo de sus almirantes.

Cuando llegue el día, los esforzados libertadores de las Indias Nuevas llevarán nombres españoles, como deudos del Campeador y herederos de Quijano el Bueno. Y ellos serán, y no otros, la justificación de la hazaña española de haber ganado para los hombres la más rica y bella parte del globo.

ñez (1), comprometido a gastar 8000 ducados suyos en el fomento del Río de la Plata. Vienen con él acaso 700 hombres, y entre ellos algunos héroes en potencia propincua, que diría D. Quijote, como que se nombran Rui Díaz Melgarejo, Nuflo de Chaves, Francisco de Vergara, Pedro Estopiñán, Alonso Riquel o Riquelme, padre del historiador Ruidíaz, Martín Suárez, Pero Hernández, redactor de los *Comentarios* de su jefe, el factor Dorantes y otros más tarde celebrados o maldecidos por su enérgica personalidad. Déseles un nuevo Imperio Inca y no faltará quien llegue al hombro de Francisco Pizarro. Pero ¡ay! los imperios incas no abundan, y estos hidalgos deberán resignarse a menor gloria.

Al Sud del Brasil desembarcaron (2) y de allí, por tierra, con alguna caballería emprendieron marcha a los lejanos dominios asuncenses, adonde llegaron en pos de cruzar ásperas sierras, caudalosos ríos, soledades nocturnas, travesía de centenares de leguas que si bien fortaleció sus ánimos, físicamente los puso en estado lamentable. Regia bandada de aguiluchos, aristócratas y caballeros por abolengo

---

(1) Era el más bello de los conquistadores españoles. Los indígenas del Oeste del Mississipi cuando erraba por las riberas de ese río, lo tomaron por un dios, sin reparar que él y sus tres compañeros vestían lastimosos andrajos, como que eran un girón de desastre de la fracasada expedición de Narváez a la Florida, y habían vagabundeado por llanuras salvajes y desiertos pedregosos en que la sola vegetación eran cactus de hasta 20 metros de altura.

(2) En Santa Catalina. Marzo de 1541.

o pretensión, este lejano mundo occidental, acrecía sus deformadas nociones de superioridad.

Ya en la ciudad militar y con empalizada, Irala entregó el poder; mas los conquistadores allí arraigados no se avinieron con el nuevo gobernante y en una conjura nocturna lo depusieron, lo encadenaron y, al año, lo mandaron a España (1).

Irala siguió, pues, en el gobierno, llegando en su orgullo a cesar en sus comunicaciones con la corte (2).

Para él, el rey y la sombra de un árbol, lo mismo! en el ardiente centro del mundo. El y sus

---

(1) Una noche de Abril. 1544 En el conflicto entre los dos poderosos, Núñez e Irala, hubo su parte de piques regionales, pues mientras vascos y valencianos se plegaron al segundo, según da a entender el propio derrocado, los andaluces se recostaron al primero. Los vascos, ni árabes ni latinos ni siquiera godos, y por ende no participantes de las fantasías árabe-latinas, venían, sin embargo, con iguales propósitos al áspero mundo occidental, al murmullo como sobrenatural de sus selvas, a la tristeza de lo Enorme: a obtener oro, si lo había; a combatir y convertir infieles y a quitarles sus tierras, para el rey, nominalmente; para señorearlas ellos, en rigor.

(2) Para impedir que se conociera su conducta en la corte, secuestró el Paraguay, como siglos después Gaspar Rodríguez de Francia, y puso guardias en los pasos al Brasil, al Perú y a Buenos Aires, habiendo antes prohibido que sin su licencia se saliera del país. Esto último, que llega como un grave cargo hasta nosotros, pudo ser aconsejado del designio de contener la deserción o la fuga de los parciales de Alvar Núñez, que en materia de secuestro del Paraguay había hecho algo peor que Irala.

compañeros vivían amancebados con indias (1) y fueron precisas exigencias enérgicas para que enviase a unos pocos a poblarse a orillas del Plata. Vinieron pues éstos y en las riberas del riacho San Juan alzaron sus hogares de piedra. La vida en el pueblecillo (2), mitad agrícola, mitad guerrero, no les fué soportable por los continuos asaltos de los charrúas, y, cuando les llegó el socorro, el jefezuelo que lo traía, viendo el campo en barbecho, se los llevó a todos.

---

(1) En esta especie de feudalismo homérico, en que los conquistadores se reparten el suelo y sus tribus, cada soldado de Irala recibe tres mujeres; el caudillo no se satisface con menos de siete.

Lejos de toda sanción social, bajo un clima ardiente, en una región de blandas y abundantes mujeres, estos caballeros cristianos establecen la poligamia. Uno de los conquistadores, tiene en una indígena un niño que gobernará la tierra paraguaya. Una de las hijas de Irala pare un historiador.

(2) De orden de Irala, lo fundó Juan Romero, con vecinos de la Asunción en 1553. Las simientes y plantas que trajeron, nada prosperaron, pues venían de clima tropical. El país no ofrecía sino pesca, caza silvestre y amenazas de los salvajes.

## COLONIZADORES

UN nuevo Adelantado, Ortiz de Zárate, hombre rico de la provincia de Charcas (1), pasó a la península para que el monarca ratificase su nombramiento.

Sorprendido en la travesía por un corsario francés—corsarios y piratas eran como señores feudales del Océano—llegó tan pobre a España que, al ser confirmada su designación, hubo de pedir dinero en préstamo con qué equipar algunas naves.

Con Mendoza había venido gente de blasones; con Alvar Núñez, intrépidos hidalgos; con éste, humildes y rotosos labriegos y soldados inútiles (2).

---

(1) Había propuesto, a cambio de su designación, traer 300 soldados, 200 labriegos, 4.000 cabezas de ganado vacuno, otras tantas de lanar y 500 yeguas y caballos de sus dehezas de Charcas y Tarija, obligándose además a fundar dos ciudades: una a la entrada del río de la Plata; otra, entre Asunción y Chuquisaca.

(2) Sabedor de la inexistencia de metales preciosos en el Plata, traía peonadas con que, a lo vasco, hacer prosperar la tierra con la ganadería y la agricultura, tarea prematura, en pleno período militarista. Si él hubiera conse-

Ya frente a San Gabriel, entrado noviembre (1), fuertes huracanes obligaron a aquellos individuos a ganar tierra en aire de náufragos, por lo cual los salvajes no los miraron recelosos y les trajeron leña con que tuviesen lumbre y venados y nutrias de que comiesen (2). Allí están protegidos de los indios, en la desconocida costa. ¿Qué quiere el Porvenir que así arroja a una playa de América a aquellos ignorantes hermanos del siglo XVI? Dejaron el chopo y el perro y la vaca, para venir al misterioso continente, echándose al mar en bajeles que ponían medio año en salvar la distancia entre tierras y tierras. ¿Qué pretendió de esos hombres el Porvenir, y qué pretende de nosotros mismos, que en esta hora recordamos a un tal Zárate, tercer Adelantado y 600 criaturas humanas socorridas por los salvajes con grandes

---

guido establecerse frente al Plata, su fracaso no hubiese sido tan ruidoso como en el Paraguay, tierra en poder de soldados y, por ende, en tal época, escuela de sediciones.

(1) En Octubre de 1572 había partido de las costas de España. La situación de este país era, por entonces, tan precaria que "en 1573, debía Felipe II a los mercaderes genoveses y españoles 37.000.000, con interés de 22 por ciento, que se negó a pagar más tarde". Era el camino de la tristeza y de la ruina, emprendido por el tirano que, no obstante confiscar el oro y la plata de América, no se cuidaba de dar a la tierra la simiente de que se nutren las razas; camino que recorrería rápidamente el reino que tenía 24 horas de luz solar en sus banderas, para quedar convertido, hacia 1625, al decir de Navarrete, en "campos de cardos y de abrojos".

(2) No fueron, por cierto, los charrúas, sino guaraníes de las islas.

brazadas de ramas de espinillo y temblorosos ciervos? Tal vez el Porvenir lo sepa, aun cuando nuestros ojos asomados al abismo vean sólo la oscuridad de la noche eternal y, entre millones de astros, a Beta del Centauro ardiendo estérilmente en las sombras. Pronto tuvieron guerra con los indios comarcanos.

¿Cómo no sobrevenir entre el amarillento y desnudo hombre primitivo y el conquistador desafiante del Enigma? Fútil fué el pretexto, aunque algún autor uruguayo pretende dilucidar el caso a la luz del derecho constitucional: fuga de un español en una canoa; pedimento de asilo por parte de este español a los charrúas; concesión de los salvajes; furia y reclamación de Zárate; chicanas y negativas de dichos salvajes, "ignorantes del delito de deserción", y, por último, orden del Adelantado de prender al primer cacique que se presente. ¿Qué iban a hacer los naturales, no siendo la guerra, sino reclamar el prisionero? Veinte de ellos, en compañía de un lenguaraz, pasaron a la tienda del Adelantado y allí dijeron sus razones. —¿A mí con reclamos? ¿A mí, brazo del rey en estos bárbaros países? Como brazo de rey trató a la oscura chusma que regresó a sus lares de la edad de piedra. Resultado: dos expediciones españolas aniquiladas, y el resto en peligro (1). Con

(1) Lo de la embajada charrúa, y aun lo de la prisión del cacique, tiene visos de patraña. Una de las expediciones constaba de más de 100 hombres, según antiguos cronistas. Ese número debe tenerse por exagerado. No es razonable creer, con el débil testimonio de Centenera, a quien los otros copiaron sin discernimiento, por más que algún con-

esto, los extraños ganaron el peñón de Martín García, en circunstancias que de Santa Catalina llegaba en unión de viejos, mujeres y enfermos abandonados poco antes por la expedición, un antiguo conocedor de estas regiones, el capitán Rui Díaz Melgarejo, quien un día encontrábase en la frontera del Guayrá y a los dos meses aparecíase en el Río Grande; ora discurría a orillas del mar, en diálogo con las olas; ora se internaba en las selvas pobladas de jaguares. Ni le movían a quietud los oropeles del poder, ni le tentaban los placeres de las ciudades que él, espíritu errabundo y heroico, aun cuando había intervenido en las contiendas de los aventureros y no tenía limpias de sangre las manos, encontraba inferiores a las soberbias puestas de sol en los desiertos. Este Melgarejo fué la providencia de Zárate. En pos de traerle provisiones, rescatarle prisioneros, y ubicar los desvalidos en la inhospitalaria playa, partióse a Santa Fe, donde se encontraba su fundador Juan de Garay, con algunos arcabuceros y jinetes, a la espera del nuevo gobernante, cuya suerte y presencia en el Plata no conocía.

En el acto el colonizador marchó a las colinas uruguayas. A ellas volaron los jinetes con su grito de guerra: ¡Santiago y cierra España! a cuyo son arremeten las espadas y disparan sus arcabuces los arcabuceros. Los charrúas, según su costumbre, matan y mueren en silencio. ¿Y aquel indígena que

---

temporáneo de Zárate repita lo propio, que los charrúas se despachasen, de una sola vez, un tercio de las fuerzas del Adelantado.

se corre por el astil que lo traspasa y a dentelladas corta las riendas? Ya lo véis, puesto que lo afirma un español de tales nebulosos tiempos, el jinete no tiene sino inclinarse y acuchillarlo. En copiosos detalles épicos abundan los cronistas españoles; pero a estos rimadores o zurcidores de palabras, hay que tomarlos con prudente escepticismo. Sus entusiasmos suelen ser recurso de artistas mediocres que todo lo ven con los ojos de Virgilio o lo escuchan con la oreja de Homero, sin reparar que si las Pléyades se alzan aquí a ras del mar, por entre los follajes las saludan constelaciones nuevas (1).

La acción fué muy reñida. "Los indígenas perdie-

---

(1) No hubo allí Zapicanes ni Abayubás ni Magalonas ni gigantescos Anahualpos, nombres guaraníes y hasta quichuas, que jamás pronunciaron bocas charrúas.

Quiso dorar Virgilio, cuando Roma era culta y fuerte, el origen de la ciudad, y por tanto del imperio, haciéndola descender, no de los bandoleros de Rómulo, sino de gentes de la desventurada Ilión. Quiso hacer Centenera, venido con Zárate, algo como el poema de la conquista, con tan insólito éxito que su trivial leyenda dió, en la edad de oro, en fuente de verdades históricas. ¿Qué pudo saber, entretanto, el pobre Centenera, en el caso asaz dudoso de haber sido testigo presencial de la batalla que describe? Es improbable que hubiese indagado los nombres de los caciques caídos, y menos que supiera "cuáles" españoles mataron a "tales" jefes indianos. La oscura tribu, de ininteligible lengua, si los tuvo, se llevó con ella los secretos de su sangriento tránsito por el planeta. En cuanto al candoroso patriotismo que se contempla en el espejo del pasado, deben los patrioteros resignarse con suponer que sus antepasados históricos acreditaron, en las colinas de San Juan, su proverbial bravura.

ron mucha gente". Los españoles, poca o ninguna. La victoria de los europeos permitióles fijarse en San Salvador, en la desembocadura de este río. Dió el Adelantado autoridades al nuevo pueblo (1), en su designio una de las dos ciudades a que su contrato lo obligaba. Pudo, por tanto, ser ese villorrio, durante largo tiempo, sin la vecindad de tan fieros vecinos, capital del Plata.

*
* *

Volvió a ser fundada Buenos Aires por Garay, cuando nadie recordaba el lejano estío en que, una larga generación atrás, barcadas de aventureros se arrojaban sobre la saliente de la Pampa, empujados por mortal ilusión. Borrados los rastros de Mendoza y sus compañeros, de aquel capítulo del Dante narrado por la lengua torpe de Schmidel, ¿quién guardaba memoria en las llanuras? Con idéntico melancólico brillo resplandecía la brillante Canopus; el mismo viento venía desde el poniente; las mismas nubes figuraban inmóviles montes tras el llano. El escenario, el propio que en tiempos de Mendoza, si

(1) Fundólo Garay en 1574, en el paraje donde, muchos años atrás, Gaboto levantara su fortín.

Quemado el nuevo fuerte, salvaguardia de la villa, o por los indios o por la casualidad, hubo de tornar a sus naves Zárate, especie de Ulises, pasando muy luego a la Asunción. Allí murió, envenenado, según la murmuración vecinal.

un elemento nuevo, los potros de flotantes crines, no engalanara la llanura, vivificándola al ruido de galopes. Renació la Ciudad-Fénix: el mito iba a ser cierto. La ciudad de los cabildos y la del venidero impulso emancipador, engendrada por un grupo de mocetones paraguayos y santafesinos, guiados por el ya viejo conquistador, con su bastardo a la diestra.

Curtido era el rostro del aguerrido vasco; ancho su tórax; bien puesta sobre los hombros la serena testa, hecha al bélico casco. El soldado que más tierras había corrido de cuantos las corrieron, más andariego que el pampeano ñandú o que el alipotente cóndor, dijérase que venía a reposar frente a la majestad del Mar Dulce, al pie de los rojos ceibales de la costa. Pero no; venía a clavar en el hemisferio Sud la capital del Sud, y a correr tierras otra vez, hasta que la maza del indio, devolviéndolo al seno de la tierra, interrumpiese aquella línea, siempre en marcha a lo ignoto (1).

---

(1) Dada la moral del rey — Felipe II — y el imperio de la inquisición, la conducta de los conquistadores no podía ser sino amoral e inclemente. Por lo mismo, este sujeto de contraste — Garay — aparece en la Historia del Plata como un santo laico. Los grandes nombres de este vasco y de Irala, están limpios de impurezas metálicas, y si corrió alguna sangre a filo de sus aceros, no corrió por estrechez de corazón.

Dos caracteres encontraba Las Casas en los españoles conquistadores: codicia e insensibilidad, por donde los reputabà a todos suelta cuadrilla de ladrones y asesinos. Si ello pudo ser cierto en algunas zonas de América, no lo fué seguramente en el Plata.

* * *

Iban corridos largos años. En la tierra Oriental los soles pasaban siempre iguales para su vieja tribu. La enseña de los guerreros blancos casi no se recordaba. Sobre las ruinas españolas pisaban zorros y jaguares. Del otro lado del río, Buenos Aires apenas daba señales de vida.

El foco de actividad colonial, limitada a pasiones de mando y a personalismos, en unos países sin metales preciosos ni agricultura ni ganadería ni industrias ni comercio, seguía siendo la Asunción. En estas circunstancias (1) aparece el nativo Hernandarias, popularmente elegido gobernador provisorio, que comparte su acción entre expediciones contra indígenas y tareas de carácter administrativo (2).

El movió guerra a los encomenderos enriqueci-

---

(1). 1591.

(2) Nació en 1661. Hijo de Martín Suárez y yerno de Garay, fué convertido, a base de conventual fantasía, en Alejandro paraguayo por escritores de la Compañía de Jesús, siendo sospechosos no ya los juicios emitidos a su respecto, pero los mismos hechos en que los fundan, por lo regular inverosímiles. Fué este Hernandarias quien puso a la Compañía de los yerbales en condiciones de aislarse, sin depender ni de Buenos Aires ni del Perú. El secuestró el Paraguay para las operaciones jesuíticas, como dos siglos más tarde lo secuestrará Gaspar Rodríguez para su dominación personal.

dos por su padre y envejecidos en el servicio del rey, y demandó de los poderes del reino la venida de la Compañía de Jesús — para reducir a los indígenas — y la división administrativa de sus vastísimos dominios, pedimentos que a los muchos años de expedienteo atendió el Consejo de Indias (1), tribunal que entendía en última instancia en los asuntos del fuero civil y del eclesiástico y proyectaba leyes y más leyes para las Indias Nuevas.

Los primeros jesuítas entraron al Guayrá en 1609 (2), con la misión de administrar los 13 pueblos que allí había. Sus vecinos de San Pablo, entre los cuales era rara la persona de hábitos pacíficos, les tomaron ojeriza, fuese por el odio que los conquistadores profesan a otros conquistadores que ponen límite a su sed de espacio, fuese por que veían en los frailes competidores en la explotación del trabajo del indio. Los de San Pablo, deportados portugueses, piratas de Holanda, forajidos de diversos puntos del planeta, gauchos aventureros, casta de europeos e indias tupíes, resaca del mundo, almas duras y fuertes, de que se forman las mesnadas conquistadoras, cual reclamaban aquellos países de bosques, tigres, sierpes, pantanos y desiertos; jugadores y matadores sin rey ni ley, cazaban a los

(1) El Consejo de Indias existía desde 1524. Al crear la gobernación del Plata, España tuvo en cuenta, ante todo, evitar el contrabando que se venía haciendo por el puerto de Buenos Aires y que practicaban sin escrúpulos los mismos gobernadores.

(2) Desde 1604 habían erigido al territorio paraguayo en una provincia espiritual.

indígenas y vivían de ellos, ora vendiéndolos en las capitales de la costa, ora forzándolos al trabajo. Habiendo, pues, indios y rivales al Oeste, fáciles presas a su codicia, resolvieron invadir el Guayrá y no hallando armas españolas que los contuviesen, sino rosarios y oraciones, arrebataron de aquellas tierras miles de indígenas (1), sometidos ya a la raza blanca por la doble acción de la propaganda y del acero.

Los 13 pueblos del Guayrá fueron abandonados más que de prisa, viniendo, aguas al Sud, por el Paraná, en 700 barcas y piraguas, 12.000 individuos, con los cuales pasaron los de la Compañía a las márgenes del Yabeberí, animados por 10 pueblos desde 1611. A sus 13 primeras fundaciones, dieron los nombres de las pobres aldeas muertas dejadas a la espalda.

Las reducciones establecidas desde las fuentes del Piratiní a inmediaciones del Cuaréim, producían, cada una, por año, 800 arrobas de yerbamate, otras tantas de algodón, 100 de tabaco, 100 fanegas de trigo, doble de maíz y 15.000 varas de lienzo. En los campos se alzan el añil, la mandioca, el arroz; dóralos el trigo, el tabaco con sus anchas hojas los sombrea. El inmenso país hállase clausurado como un Tibet búdhico. Si por acaso llega un extranjero, un español, un mestizo, un mulato, no se le permite pernoctar en la reducción, como no sea para comprar o vender, y eso de paso. Mucho menos se les permite avecindarse en las inmediaciones. Un pre-

(1) Que los jesuítas calcularon en 60.000 con su acostumbrada aritmética.

dio fértil es laborado por los niños y su producción es para los enfermos, pobres y huérfanos. Se le llama "tupambaé", esto es, tierra de Dios (1).

Las invasiones de los "mamelucos" no cesaban. Penetraban todavía a sangre y fuego a las Misiones, arrebatando haciendas y conduciendo entre los ganados a los moradores. España, muy débil por el lado de aquellas salvajes fronteras, trató de conte-

---

(1) Al principio de su evangelización, los jesuítas se sirvieron del lenguaje de los indígenas y aun es posible que identificaran a Tupá con Cristo. Tampoco desterraron la alegría y a ello se debe el éxito que obtuvieron sobre tantas órdenes. Fueron los primeros cristianos que enseñaron su religión a los salvajes despojándola del símbolo de la cruz, en el comienzo de sus enseñanzas. Nada de dios cadáver en aquellas naciones en que el símbolo terrible hubiera desacreditado la idea de un dios primitivo, todopoderoso, invencible. El nuevo dios era presentado triunfante y gozoso. Nada de semanas santas, tristezas, crespones, celebración de tinieblas. El dios jubiloso hacía su entrada muy bien visto entre las tribus. Y distaba del dios crucificado como el alma de un niño de la de una anciana devota con su mal de piedra. El dios pálido, con cuya ejecución se ha formulado una serie de representaciones depresivas, para fundar la idea de la culpabilidad humana, conquistó, mediante la adaptación que de él hicieron los jesuítas, miles y miles de aborígenes. Cristo, renovador de la teoría democrática, no podía penetrar en las reducciones, sino bajo la forma de ídolo. Debe aun decirse de estos conquistadores, que algunos estudiaban las lenguas de los salvajes y que de ellas dejaron "gramáticas", y que otros escribían "historias", más o menos mitológicas, sin contar las obrillas teatrales, a base de mitos cristianos, para un público absolutamente rudimentario.

nerlos, y aun de desmembrar el Brasil, unas veces por armas, otras por astucia e intriga (1).

Cansados al fin los españoles de la osadía de las bandas paulistas, se dispusieron a darles un golpe que recordaran largos años, y para aquellas fronteras partió un gobernador de Buenos Aires, al frente de indios militarizados de las Misiones, y las despedazó, tras reñida batalla, en las sombrías márgenes del Mbororé.

La caballería de los guaraníes y su artillería, hecha de ahuecados troncos de lapacho, aforrados en cuero de vacunos, con sus cargas, relinchos y humaredas, ahuyentaron por indeterminado tiempo a las mesnadas feroces que, en rigor, no eran sino auxiliares del trabajo persistente de penetración que Portugal operaba por donde quiera que, sobre tierras feraces, levantaban sus tiendas los de España.

El día en que el poder civil laico puso su mano sobre las tierras misioneras, la prosperidad material desapareció de sus términos y los indígenas retornaron a una barbarie peor que la antigua. En las tierras donde florecían el añil y el algodonero y el maíz

(1) Una real orden, de 1661, enviada al gobernador de Buenos Aires, Alonso Mercado, le mandaba esparcir boletines — de que le enviaba copia — a los gobernadores del Brasil, invitándolos y ofreciéndoles la ayuda española, como de propia cuenta, a sublevarse contra su rey, a pretexto de haberse celebrado el ajuste matrimonial de una princesa de Braganza con el soberano de Inglaterra, a quien se calificaba de hereje, y a cuyo poder iría, se decía, a título dotal, la gran colonia lusitana con sus ciudades y plazas fuertes.

alzaba sus penachos, y sonreían alegres pueblecillos, se ven ahora mudas y solitarias ruinas, y en los parajes habitados, sucios soldados de frontera. Naturaleza estalla en vital torrente; pero allí hay algo muerto: la obra del hombre. El error de los jesuítas consistió en constituir una suerte de falansterio monstruoso y aislado, en un mundo crepuscular, de docilidad y servidumbre: una gran colonia mercantil, agrícola, ganadera y teocrática; un pequeño Egipto misterioso y oculto, dentro del imperio español; mundo de sombras sin voluntad y sin aspiraciones. Todo se hacía allí a toque de campana y hasta las funciones de reproducción al destemplado sonido de tambores, como si se pretendiera desterrar de este mundo la espontaneidad. Método en la labor, en el hablar, en el pensar, en el llorar y en el reir. Método y campanas en todo. Dos cosas que matan. Conocido el jesuíta y su producto el jesuíta laico, fácil es colegir lo que podía resultar del indio en las reducciones. República aparente la de las Misiones. El mismo católico Estrada, viendo a la Compañía guerrear contra los comuneros, cediendo, para que los batiese hasta 6000 soldados al soldadote Bruno Mauricio de Zabala, la nombra "brazo armado del realismo" y la acusa de haber sofocado "al Paraguay, derramando temerariamente sobre la revolución las huestes narcotizadas de la provincia de Misiones". (1). Tutores interesados del indio, eter-

(1) En la revolución comunera, ahogada finalmente en sangre por Zabala, se destacan tres figuras estatuarias: el decapitado Antequera, el fugitivo Mompo y la hija de Juan de Mena.

no menor de edad, formaron los de la Compañía, generaciones de siervos y peonadas sin sueldo de los yerbales. En siglo y medio de vasallaje, por un poco de paz y una remotísima esperanza extraterrena, los indios dieron a sus señores cuanto la encantada tierra les ofrecía; sus vidas sacrificadas al trabajo; su libertad, a extremos de ser apareados para la cría, como bestias.

Sus señores, para que no se entendieran con el mundo, dejáronles su idioma salvaje. Bestias del yerbal y del algodonal, rápida fué su diminución. Parásitos sin hogar ni patria, bases de altruísmo, al menos en una etapa de la evolución, el amor de los jesuítas por el indio, equivalía al del pastor por las ovejas. Ellos tenían la libertad por enemiga; y por contrario, hombre o idea, lo que no favoreciese sus planes. Combatieron a Bucareli hasta desesperarlo, y al marqués de Loreto, tratando de infamar sus memorias. Lo propio hicieron con de la Rosa; odiaron a Andonaegui y a Viana; calumniaron a Valdelirios, hasta insinuar que traicionaba a su rey, y en fin, encendieron la guerra entre las dos coronas dominantes en Sud América.

Suprimida la Orden por el Pontificado, en junio de 1773, el indio no llegó jamás a ser libre, y cuando Avilés, con un gran gesto, intenta libertar al tape misionero, y liberta y da tierras a 300 familias, los interesados en tener brazos baratos para los yerbales y obrajes, lo hacen echar de aquí, sin que el indio, que desconoce la libertad, se conmueva (1).

---

(1) Expulsados los jesuítas, el indio siguió viviendo en

El fracaso de las "misiones", en cierto modo un ensayo alemán, hecho por alemanes que en buen número figuraban en la Compañía, no fué con todo, debido exclusivamente a sus creadores y a la sistemática desnaturalización de la naturaleza humana: estuvo asimismo en los materiales de que echaron mano: el indio y la selva.

*
* *

Erigido en gobernación el Plata, su primer gobernante, Diego de Góngora (1), nada hizo a no ser proyectos y edificar el villorrio de la Concepción en una colina uruguaya. En esto adelantó más el suave Francisco de Céspedes (2), suave en las for-

---

comunidad, explotado por los laicos.

Pudieron los primeros poetas de América cantar en inflamado verso, por rencor a España, los derechos y excelencias del indio. Como revoltosos estaban en su misión; como católicos, no distinguiendo diferencias de raza, tampoco veían en el indígena un tipo poco evolutivo, incapaz de pleno desarrollo, fuese en la energía para vencer, fuese en industrias o labores. Aun el mestizo, por lo regular, carece de rasgos superiores: le falta belleza moral tanto como belleza física.

(1) La cédula que dividía al Plata del Paraguay o Guayrá, es de 16 de Diciembre de 1617. Góngora ganaba 3.000 ducados anuales; el gobernador del Paraguay sólo 2.000.

(2) Por su orden se fundó con indios chanás, la reducción de Santo Domingo de Soriano, en la isla del Vizcaino (1624). La población permaneció allí hasta 1708 en que fué trasladada a tierra firme.

mas, pues en punto a energía era un si es no es de complexión acerada, bastando saber que cierto día, habiendo el obispo de Buenos Aires puesto en libertad a un preso, notario del Santo Oficio, resolvió el conflicto abocando un cañón a la puerta del religioso, sin temor a excomuniones (1).

Los españoles no dejaron de tener en cuenta el provecho que podría resultarles de suelo tan rico en forrajes y aguadas como el país uruguayo, en cuanto los leñadores que proveían de carbón a la capital pasaron de esta faena a la ganadería, tra-

---

(1) No fué el único gobernador excomulgado en el Plata por sus conflictos con la gente de iglesia. Es de notar que a estas regiones pobres y desiertas se mandaban pocos religiosos y no de talentos y prestigios. La estrechez de recursos, obligaba a los curas a negarse a dar sepultura a los muertos si antes no se les abonaba los derechos parroquiales, lo cual decidió al rey a ordenarles enterraran gratuitamente a los pobres. El poder de la iglesia no pudo aquí degenerar en despotismo ni en humeantes ejecuciones como en Lima, la opulenta, donde el Santo Oficio, establecido en América desde 1569 por Felipe II, dió muestras de su santidad en numerosas ocasiones. El séptimo auto de fe habido en Lima (1600), verdadera ejecución de "chiflados" y locos, comprendía 35 personas, entre las cuales había "sospechosos", blasfemos, hechiceros; "12 por doble matrimonio; 1 por haber dicho misa no siendo sacerdote; 1, por sospecha de judío".

Otra ejecución colectiva (1602), comprendía "6 ilusos", y entre ellos la famosa "reo Carranza". Ciertas condenas evidencian que se quemaba por quemar. Los delincuentes del Santo Oficio, hombres ignorantes y duros de corazón, ni por asomos presentían los casos de vesanía a que aplicaban la cura del fuego.

yendo potros y vacadas, con que se aumentó la hacienda cerril fugada de los rebaños conducidos de Charcas al Paraguay (1) muchos años antes, y la importada por disposición de Hernandarias.

El ganado era fiscal; los campos sin dueño; los faenadores muníanse de especiales licencias, pagando al fisco un tercio de las utilidades. Las matanzas se hacían en medio del campo, a la manera bárbara, desperdiciando todo, si se exceptúa grasa y cueros, siendo así que la carroña infectaba los aires, no bastando a devorarla las nubes de cuervos, halcones y aguiluchos, que en tales casos ni aun disputaban con perradas salvajes, jaguares y gatos monteses. Grandes fortunas ganaron los oscuros desolladores, tintos en sangre y bosta, y sus vulgares nombres quedaron a muchos arroyos, lugares y colinas (2).

---

(1) Zárate y sus importados andaluces, que no dejaron más huella que el viento, resultan justificados por las vacas y ovejas de Zárate que Nuflo de Chaves y Juan de Garay trajeron de Charcas, iniciando, frente a los aduares salvajes, la gaandería en el Plata.

(2) La primera vaca que entró al país, representa el primer paso de civilización. Para asegurar la cría de la vaca, se arrojará lejos al tigre, aunque ella misma no se defiende mal con sus cuernos.

Los primeros individuos, portugueses y de Holanda, que vienen por cueros, al tratar con el hijo de la región le hablan de otros países, de una vida más cómoda, y aunque también le den a beber la primera ginebra que bebe, poco importa, si por ellos concibe una vaga cuidadanía universal.

Después de arrojar lejos al tigre, el colono, más o menos transitorio, perseguirá al indio ladrón. Batido el indio, será tratado como las fieras, según también ocurre entre

civilizados. Hombre o fiera, el derecho de conservación, cuando no el de conquista, conduce a esos extremos. Desdichada condición humana que la serena luz filosofal haya sido impotente a suprimirlos!

Día vendrá para el país en que los europeos o el criollo medio salvaje, cometerán el crimen libertador del libre cambio, y sentirá el criollo la aspiración a vestir bien y el gusto por necesidades nuevas.

Sentirá, para entonces, cosas no sentidas antes y pensará pensamientos nuevos, antes nunca pensados.

Y la vaca, venida del remoto Bajo Perú, en el concepto socialista parirá la independencia.

## ESPAÑOLES Y PORTUGUESES

La antigua rivalidad de campanario de portugueses y españoles, bruscamente zanjada con la reducción de Portugal a provincia española (1), renació muy enérgica en cuanto los conquistados recobraron sus libertades y las aseguraron aliándose, y políticamente avasallándose, a los ingleses. Inglaterra, interesada en comerciar con las colonias españolas, clausuradas por durísimas leyes (2), sir-

(1) 1580.

(2) Uno de los títulos de la recopilación indiana "contiene 28 leyes destinadas a cerrar herméticamente el interior de la América del Sud al extranjero no peninsular."

"La ley 7.ª imponía pena de muerte al que trataba con extranjeros. La ley 9.ª mandaba limpiar la tierra de extranjeros, en obsequio del mantenimiento de la fe católica."

Unicamente los españoles podían comerciar con las colonias y hasta 1717 sólo por el puerto de Sevilla. Los negociantes de Sud América debían trasladar sus mercaderías a Panamá y de allí a Portobelo, para trocarlas por productos peninsulares. En Portobelo se veían y trataban los delegados de los comerciantes de España y de común acuer-

vióse de su débil aliado, tal como el mono de la fábula de la mano de su amigo, y fuerza es reconocerle, al par de habilidad, grandes servicios prestados al adelanto general con esa conducta.

Un puerto o factoría en el centro de los dominios españoles, por el cual pudiese el comercio de contrabando, libre de inquisitoriales guardacostas y bárbaras leyes, hacer circular las enormes riquezas estancadas; inundar el continente de mercaderías más baratas y mejores que las españolas, tal era el programa de los ingleses. Por eso véis, el 1.° de enero de 1680, al heroico gobernador de Río de Janeiro, el maestre de campo D. Manuel Antonio de Lobo, que ha venido sigilosamente con su escuadra, desembarcar, con infantería, artillería y colonos, junto a un buen puerto, en solitaria ribera, cercana a Buenos Aires; echar los cimientos de la Colonia, que se llamó del Sacramento; alzar murallas, emplazar baterías y conquistar islas y riberas.

Era el portugués, en parangón con los castellanos, un verdadero civilizador, pues mientras éstos se ocupaban en levantar plazas fuertes y no se cuidaban ni

---

do fijaban el precio de sus mercaderías.

Sin embargo, hubo ocasiones en las cuales la corte, reconociendo la casi imposibilidad de que sus colonos del Plata fuesen por mercaderías hasta Potosí, el mercado más próximo, los autorizaron a comerciar libremente con la península. Tal ocurrió a fines del siglo XVI (real orden de (1587) pero el privilegio, como otros posteriores, estuvo en vigor pocos años, renovándose en 1594 la providencia de que si fuese posible, nada ni nadie entrase o saliese por el Plata.

de encender una luz en las costas, aquél, al fundar una ciudad, lo hacía teniendo en cuenta otros fines que los meramente militares. La Colonia, enclavada en tierras de Castilla, en la confluencia de unos ríos llamados a ser arterias comerciales en unas comarcas de cientos de miles de kilómetros, estaba, en el designio de sus fundadores, destinada a ser un puerto franco, por donde entrara y saliera el torrente de la producción de dos mundos. Si el portugués puso murallas y cañones, hízolo a intento de conservar lo conquistado, pero sin olvidarse de construir un faro, guía del navegante en las desiertas aguas.

Cuando las autoridades españolas reclamaron, contestóles Lobo que aquellos lugares caían dentro de sus dominios, y para mejor acreditar el aserto, mostróles un mapa falsificado y esperó los hechos.

3000 guaraníes de las Misiones sitiaron a los forasteros. Pronto vino de Buenos Aires un jefe militar, con corto número de veteranos nativos y españoles, y quiso dar el asalto y, a la manera asiática, lanzar al mismo tiempo manadas de toros y caballos contra la plaza, a lo cual se opuso el cacique de los guaraníes, haciéndole ver que a los primeros metrallazos, las bestias, dando coces y cornadas, se volverían contra los atacantes. El consejo fué escuchado y esa misma noche la pequeña ciudad caía rendida por asalto (1).

---

(1) Agosto de 1680. El rey de Portugal al tener noticia de esta pérdida, puso tropas en la frontera de España, amenazando con la guerra. España pasó por todas las hu-

La región de las vaquerías, o sea la Banda Oriental, es la obra de la naturaleza y de los faenadores.

Las riquezas naturales del suelo, habían llenado el ojo de ingleses, franceses, holandeses y lusitanos, pueblos activos que vieron el negocio y alguno el modo de explotarlo, acabando lo que empezara en rapiña y contrabando fronterizo, en ambicioso ensueño: la presa de la costa Sud, desde la isla de los lobos marinos, hasta la base misma de las futuras operaciones comerciales. La fundación de la Colonia obedecía a este objeto: introducir negros y mercaderías; sacar cueros, grasa, carnes y demás productos de la comarca. El gobernador Lobo, después de ver caídos a 200 de los suyos, tratando de repeler el asalto, había quedado prisionero. Los vencedores

---

millaciones y devolvió, en calidad de depósito, la pequeña ciudad (Tratado de Badajoz, 1681), y castigó el celo patriótico del gobernador de Buenos Aires, Garro, trasladándolo al gobierno de Chile.

Puede afirmarse, sin embargo, que la dura lección hizo más cautos a los gobernantes ibéricos, y que en lo sucesivo hubo en la corte mayor preocupación por las cosas del lejano Sud. Hasta mediados del siglo XVII el Plata había sido una especie de reino de sombras, donde la ley llegaba muerta y los mandones, sin freno ni contralor alguno, degeneraban en déspotas sombríos. Uno de ellos, el maestre de campo Jacinto de Láriz, guerrero de Flandes, designado gobernador de Buenos Aires, en 1646, dondę mandó durante 7 años, en el juicio de residencia que se le formó tuvo que responder a 66 cargos graves.

En la fuerza de la edad, pues no contaba arriba de 35 años al asumir el mando de la aldea, que 20 años después contaría 1.000 habitantes libres y 3.000 de servidumbre, debió sentirse un superhombre, obedecido de los 150 sol-

arrasaron las murallas de la que presintieron poderosa factoría, siendo positivo que en torno de esa aldea se debatirían los intereses lejanos y los intereses inmediatos de ambos imperios coloniales. La conservación de la Colonia significaba para España la Banda Oriental, más el principio monopolista. Portugal, aparte del apoderamiento inmediato de las fuentes del comercio en el Plata, vislumbraba el gran desarrollo de Buenos Aires y aspiraba a situársele enfrente, en las vaquerías, para poder competir en lo futuro con los vaqueros del Oeste.

*
* *

Muerto sin sucesión Carlos II, aun cuando legara sus 22 coronas al joven duque de Anjou, deudo de

---

dados de la guarnición, al modo de los señores de las ciudades italianas del medioevo.

A un fraile a quien mete en el cepo y que protesta, lo calla gritándole: — ¡Sepa, vuesamerced, que yo soy el Papa! Cuatro años de trabajo debe a su barbero y le paga arrancándole los pelos. Manda ahorcar sin apelación. No se la concede a un menor ni a una esclava encinta. Anda excomulgado, y enemistado con el Cabildo y con sus oficiales. El mismo conduce al cadalso a sus enemigos. Pieza de hierro, fuerza de toro, mata a palos con su brazo a Pedro Alfonso, soldado de su guardia, Da de estocada a la tropa; pega a los hombres. A 6 escribanos — saludable medida — los echa del país. Desfalca, contrabandea, roba, trampea en el juego con baraja marcada. Extensas y minuciosas son las acusaciones y tal vez no todas veraces; quizá algunas enteramente inventadas. Pero de todas suertes, no debía ser poco el coraje ni mucha la responsabilidad de tal rajacorazas.

Luis XIV, los cazadores de tronos se disputaron sangrientamente su herencia.

Triunfante el duque, inauguró la dinastía de los Borbones de España (1) y por más que se propuso entenderse con Portugal no consiguió otra cosa que el aplazamiento de la guerra.

La creciente prosperidad del Nuevo Mundo y la holgazanería de peninsulares y criollos, o descendientes puros de gente española, que reputaban viles y propios de esclavos y extranjeros los "oficios mecánicos", hacía cada vez más sensible en las colonias la carencia de brazos, estado que el nuevo rey creyó remediar concediendo a los negreros franceses de la Compañía de Guinea la libre introducción de esclavos al Río de la Plata, tráfico que más tarde, por el tratado de Utrecht, pasó a manos inglesas (2) para abastecer a las colonias españolas, y que al serles quitado, por que de él se aprovechaban para importar y exportar enormes cantidades de mercaderías, dió lugar a una guerra. Los ingleses tuvieron en diversas ciudades depósitos o "asientos de negros", uno de los cuales, el de Buenos Aires, era provisto hasta por 4 buques cada año, que al retorno podían

(1) Si la Francia no hubiera cedido su duque, es muy posible que hubiese tenido por rey a nuestro buen Carlos III y en ese caso ¡cuán diversos los destinos del mundo! Tocóle a Felipe una nación en bancarrota. Mismo en las letras de España, al llegar a la influencia galicana, se penetra en un páramo, o confusión de dos decadencias.

(2) Favor no inmerecido. En otro tiempo un inglés, sir Hawkins, había adquirido el honor y el provecho de ser de los iniciadores del tráfico.

llevar el precio de la mercadería humana en productos del país. ¿No habían pensado, los concedentes, de lo que son capaces multitud de negreros, con 4 buques de registro? Pensáranlo o no, el hecho fué que en cierta ocasión uno solo de los buques extrajo del país 2.000.000 de pesos oro, producto de artículos de contrabando, suficiente a alarmar a todos los financistas españoles de la época, para quienes el oro estancado constituía el secreto del poder y de la riqueza.

En cuanto al lúgubre comercio, nada tenía entonces de deshonroso.

Hipersaturada de aristotelismo la Europa culta, no podía dejar de poner en práctica, por medio de sus conquistadores y comerciantes, la tesis del estagirita acerca de la esclavitud. El culto europeo de entonces a la pereza y al militarismo, la autorizaba, y lo propio la hipótesis de que arrancar a los negros del salvajismo e "iluminarlos" con preceptos religiosos, o pasarlos de una idolatría a otra, era darles un alma, o por lo menos salvársela. Siguiendo el fatal consejo de Las Casas, fueron los míseros africanos cazados como bestias, sin que, empero, la servidumbre indiana desapareciera. El resultado del gran crimen de los esclavócratas, fué llenarse a la larga, de gárrulos mulatos (1) la América tropical,

(1) Los mulatos, poniendo en olvido su inferioridad étnica, llegaron en su soberbia a mayores pretensiones que los blancos y cuando la corte, para hacerse de dinero, comenzó a dispensar de la calidad de mestizos a los mestizos y aun a venderles títulos de hidalgos, dichos mulatos se apresuraron a querer dorar su abolengo, no sin tentar la

y aun otras zonas menos calientes, sin excluir a la América de los sajones, donde todavía subsiste íntegramente el problema negro (1). Y esto sin contar que si algo elevaba al africano la esclavitud, al ponerlo en contacto con la raza esclavizadora, mucho más descendía ésta con aumentar sus hábitos de injusticia, holgazanería y despotismo, no siendo menor el descenso estético (2).

---

ironía o hacer vibrar la indignación de los hidalgones de vieja cepa y proverbial aristocracia.

(1) El sajón tuvo asco del negro y no llegó a cruzarse con él. No ocurrió otro tanto en las colonias latinas.

En las clases cultas, el señor enamoraba reservadamente a la esclava negra o mulata; en las clases humildes, las cosas se hacían sin mayor miramiento.

Todavía, al mediar el siglo XIX, una Aspasia negra hacía perder la cabeza a los lechuguinos montevideanos. La pobre "paloma calzada", tal era su mote, acabó sus aventuras asesinada.

(2) La existencia de tanto negro como en las Antillas y en el Brasil había, creó una corriente comercial de las más intensas. Las carnes secas y saladas del Plata (charque, charqui para la Academia) formaba la base de alimentación de los esclavos. En retorno traían las naves de la Habana, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos, cargamentos de tabaco y alcohol, fomentando así dos de los viejos vicios rioplatenses. Mientras ese tráfico estuvo en auge, y fué por más de un siglo, la caña constituyó la bebida nacional de estas tierras y produjo un alcoholismo batallador que acabó, unido a la guerra, con los negros y con mucha parte de las clases pobres. Terrible azote, ese alcoholismo pálido, dejó además de tendales de muertos, tendales de tarados.

A causa del gran consumo de negros en el Brasil, Cuba

El tráfico duró todo el tiempo de la dominación española, y hacia 1791 el rey lo autorizó a sus vasallos y a los extranjeros.

*
* *

La cesión de la Colonia que les hiciera Felipe V (1), no bien subido al trono, no había sosegado a los portugueses. Ellos, tras rechazar el arbitraje pontificio para el arreglo de las cuestiones coloniales, daban muestras de desconsideración hacia la nueva dinastía española; pero preciso es convenir en que la mala fe no era singular y que el estado bélico persistía en las fronteras de las respectivas posesiones del Nuevo Mundo.

---

y la Florida, la mercadería humana escaseaba en el Plata. De ahí, la libertad de tráfico. Por premio de la importación de negros, se permitía exportar frutos del país "a puertos extranjeros de Europa". En esa ocasión, un natural de Buenos Aires, se lanzó al Africa, con una fragata de 300 toneladas, y retornó "con 425 piezas, fuera de 116 que perdieron la vida en la travesía."

Pobres morenos, considerados a modo de "piezas" por un deán cristiano, el tortuoso serpentón Funes, que todavía tiene elogios para "el genio vasto y emprendedor" del negrero criollo.

Emancipada la América, heredaron los negros la cadena del trabajo, como si la maldición de algún viejo dios hubiese caído sobre ellos y su descendencia, sin importar manumisión el haber perdido la piel africana. Dominando Rozas en Buenos Aires, todavía se vendían esclavos en pública subasta.

(1) 1701.

Se quejaban los españoles de que sus vecinos hubiesen armado y arrojado contra las Misiones a los indios guenoas, y a su vez los lusitanos aducían motivos de queja, siendo lo cierto, que el rey Felipe escribía al superior de los jesuítas de Misiones, su proveedor de soldados en estas latitudes, mucho antes del estallido de la guerra, que, cada 4 meses, le enviase al Plata hasta 300 guaraníes ejercitados en el manejo de las armas, que tarde o temprano acudirían a los muros de la Colonia, impontentes para defender su propio puerto.

El trabajo de penetración portuguesa se hacía cada vez más intenso por las fronteras orientales. Desde la gran invasión de 1652, en la cual corrieron peligro de desaparecer las reducciones jesuíticas ante bandas de aventureros heroicos y feroces, seguidos de una nube de indios tupíes, las incursiones habían ido creciendo en entuasiasmo, hasta adueñarse de tierras que veinte años atrás no hubieran soñado poseer, pudiéndose aún hallar en la Banda Oriental nombres geográficos impuestos por esas oleadas de gauchos portugueses, tal el del río Olimar, que la fantasía de los invasores nombrara primitivamente "Os limares", aludiendo a los arbustos de nívea flor de sus riberas (1).

Al finalizar el siglo XVII, toda la Europa, excepto Francia, era hostil a los españoles, y al comienzo del

(1) Notable la facilidad con que dominaciones lusitanas se fijaron en la comarca. Baste a este propósito recordar que el padrino de Montevideo fué un portugués y que él vino en una espedición española.

siguiente temía Felipe que el Austria, valiéndose de supuestos misioneros, tentase, con papeles subversivos, la fidelidad de los colonos americanos.

Cuando se creyó oportuno (1), el virrey del Perú ordenó a las autoridades bonaerenses el rescate de la Colonia, a cuyo asedio, cruzando el río con 6000 combatientes, casi todos tapes de las Misiones, pasó el gobernador Valdez Inclán, quedando encendida la guerra. A la intimación de rendirse, "Dejo la palabra al cañón", respondió el hidalgo que allí mandaba (2). Y empezaron los pequeños combates entre navíos cuyas banderas ostentaban quinas lusitanas, y barquichuelos tripulados por porteños del Bajo, hasta que los navíos, recogiendo a su bordo a los sitiados, abren sus velas a los vientos. Los sitiados han repelido asaltos y resistido al sueño y a las necesidades durante seis meses, con bravura espartana.

Su general, al irse, seguido de espectrales soldados, pega fuego a la plaza, respetando, empero, los fuertes (3). Mucho han luchado y sufrido estos oscuros súbditos de Braganzas y Borbones por un pedacito de tierra; pero, ¿qué valen los acampamentos bajo los astros, el hambre, las heridas, la muerte, si al cabo interviene la diplomacia con su cara de zorro? La diplomacia interviene y Felipe vése compelido a largar, por el tratado de Utrecht (4), tie-

(1) 1704.
(2) La plaza sólo disponía de 700 defensores.
(3) 1705.
(4) 1715.

rras al portugués arrebatadas, y la Colonia con ellas. No desea largar estos limpios arenales, situados a cosa de 34° 30' de latitud meridional, y viendo que una cláusula del convenio establece que a vuelta de 18 meses podrá proponer el rescate de la plaza por algo equivalente, ordena al Consejo de Indias no cumplir lo pactado, en cuanto sea posible.

Portugal entró, con todo, en posesión de la ciudad del contrabando, en la primavera de 1716. Gómez Barboza, el encargado de ocuparla, pretendía 200 leguas de costas, a título de "adyacentes", y otras 200 hacia el Norte.

El gobernador de Buenos Aires sostuvo con firmeza la correcta interpretación de los pactos, negándose a la entrega de un solo palmo que no fuesen "los suelos que cubriese el tiro del cañón".

Las extensas costas uruguayas, con ser su dominio cuestión no de convenios, no sustentaban la más leve población española. Cuando tal desventaja fué comprendida, la corte mandó por gobernador de Buenos Aires a un general de probadas energías, con orden de erigir ciudades y fortificarlas. Bruno Maurico de Zabala, apenas llegado, aunque sólo disponía de 300 hombres, mostróse intolerante con los intrusos. 300 hombres en armas, nada más, y éstos no conformes. ¿Ni como seres humanos podían mostrarse de otro modo con la tacañería española?. ¡2 pesos al mes en un país en que la fanega de trigo valía 8! El mariscal les asignó un real de prest al día, pero asimismo no querían jugar el pellejo—pellejos estimados en menos que los cueros vacunos—

y preciso fué esperanzarlos con promesas y atemorizarlos con amenazas.

El ganado era faenado por saladeros angloportugueses, diseminados en los arenales, en cualquier sitio, donde pudiera atracar un buque. Al abuso el mariscal respondió mandando quemar las barracas y depósitos de la costa (1).

No concebía este soldado déspota y altanero, que alguna vez los portugueses de las costas pudiesen llegar a ser súbditos de España, de la cual, a sus ojos, el extranjero sería siempre enemigo.

Era el mismo criterio, bóxer, excluyente y antiprogresista, que dos siglos atrás arrojara de la península a los árabes que la honraban y embellecían.

Allá al Este, quedaba un enemigo no tan inofensivo como las barracas: Esteban Moreau, capitán de mar y jefe de una expedición francesa (2). En Castillos, donde las peñas batidas por el océano dijéranse pueblo de atalayas, tenía su paradero y de allí se lanzaba, ora en seguimiento de una vela; en veces, a las islas de Rocha, donde él y sus torvos compañeros se entregaban a la matanza de lobos marinos. De dos ataques de los españoles saliera victorioso. La tercera expedición, marchando a través de pantanos, acabó con él y su banda.

---

(1) Entre las barracas incendiadas por bandas de tapes al servicio de la Corona, también las había de vecinos de Buenos Aires.

(2) Los historiadores platenses, patriotas zabalistas, lo presentan como pirata.

*
* *

Algo después, un práctico del río, habiendo notado algunas velas en la bahía de Montevideo y en tierra carpas y soldados afanados en levantar un fuerte, llevó el aviso a Buenos Aires. Inmediato pedido de explicaciones del recio mariscal al gobernador de la Colonia. A ello siguió una guerrita y la evacuación del invadido paraje, y allá fué Zabala y con los materiales abandonados acabó de fortificar la playa (1). Recursos pedidos al Perú y otros ofrecidos por España, con que poblar los puertos, no venían, de suerte que para no dejar en el aire sus instrucciones, hubo de echar mano de otros medios, como ser ofertar títulos (2), tierra, casa, carretas, herramientas, pasaje y provisiones para un año, a cuantos se aventurasen a fijar su residencia en la Banda Oriental, por un término de no menos un lustro.

Inútil fué mandar agentes a las más pobres viviendas bonaerenses, aquéllas donde se comía bagre sin sal; a la Asunción, a las rancherías cordobesas; escribir al Perú y a Chile. Nadie se animaba a venir a la heredad de los charrúas, y por último, con

(1) 1724.

(2) Hidalgos de linaje y solar conocido. Las preocupaciones nobiliarias no debían ser excesivas entre los vecinos del Oeste, cuando tan pocos optaron por la doradura.

siete familias de Buenos Aires hubo de dar por fundada a Montevideo (1).

Pasado un tiempo volvió al villorrio el mariscal viéndolo, con sorpresa, crecido, gracias a 50 familias traídas de España (2), y de qué modo, a las siete casitas se juntaban otras en los pedregales. Allí el mar es azul, y en la noche, al elevarse sobre él las constelaciones, imponente hasta el terror; allí, el cielo

(1) Desde su origen la naciente aldea vióse amagada y atacada por los indios. En las cercanías de Montevideo, al tiempo de plantar allí sus tiendas D. Bruno, vivían algunos hombre de raza europea, y uno que otro mestizo, probablemente bandidos e insociables. Debe suponerse que tales sujetos, encabezarían, a poco, las agresiones charrúas contra el pueblecito.

La irrupción de 1731, se originó de haber dado muerte un portugués a un indígena. La tribu, en número de 300 a 400 guerreros, se desparramó por las tierras vecinas, matando una veintena de personas, demás de destruir algunas viviendas y arrear los ganados. No bastando a vencer a la indiada los recursos propios y otros llegados de Buenos Aires, los vecinos buscaron la paz y al año siguiente la obtuvieron, por una especie de tratado, que por cierto no ponía fin al duelo de razas, ya entonces dos veces secular. No podía esperarse que la naturaleza suprimiese el peligro indígena, como que los indios, no siendo en la guerra, morían de senectud. Les eran, a esa fecha, desconocidas las endemias y epidemias, importadas o transportadas por los europeos, y no hacían uso del alcohol.

Estos salvajes peleaban a campo abierto. No atacaban los fortines como no los ataca la fiera. Atacaban al español, semejantes a las fieras que, coleando, los embestían.

(2) Tratábase de pelagatos, oriundos de Galicia y Canarias. En adelante, la región convirtióse en Jauja de la gallegada.

sereno, de profundas combas, evoca otro cielo que permitía al antiguo ateniense ver a lo lejos refulgir la lanza de Palas; en el horizonte, en las tardes muy límpidas, como otro Olimpo, alza su testa el Pan de Azúcar; en los suburbios florecen violetas, deja oir sus notas estridentes la cigarra, tiende su vuelo de cardo en cardo la lechuza familiar, faltándole sólo a la región para ser otra Atenas, la cadena de islas del Archipiélago, como un collar roto.

Primer cuidado del mariscal a su retorno: dar al villorrio autoridades. El vecindario eligió, pues, su Cabildo o Ayuntamiento (1). Del cumplimiento de las leyes, de la higiene, de la policía, de garantizar vidas, intereses y libertades, se encargaba el Cabildo. Intervenía, por facultad propia, en el nombramiento de ciertos empleados y elevaba quejas y peticiones a las demás autoridades y al rey. Se renovaba anualmente; los cabildantes salientes elegían a sus reemplazantes entre los vecinos mejor reputados. Sus individuos eran 7 (2): alcalde de primer voto, gobernador civil, y en caso de acefalía, militar; alcalde de segundo voto, o vice—estos alcaldes asesorados por letrados juzgaban en primera instancia en causas civiles y criminales—alguacil mayor; alférez real; alcalde provincial, perseguidor de

(1) 1.º de Enero 1730. El mariscal declaró a la ciudad libre de impuestos a perpetuidad y prohibió, según era costumbre, se confiriesen cargos públicos a negros, mulatos, moros y judíos y a sus descendientes.

(2) El número de miembros del Cabildo variaba, según la importancia de la ciudad. Algunos tenían hasta 12. Las villas, por lo general, no tenían sino un alcalde.

bandoleros; regidor fiel ejecutor, y alcalde de la Santa Hermandad, que entendía en los delitos perpetrados en la campaña.

Los acuerdos del Cabildo tenían fuerza de leyes locales. En casos, tratándose de asuntos de carácter político de suma importancia, o de la común defensa, el pueblo intervenía con voz y voto en los acuerdos. Estas asambleas tomaban el nombre de cabildos abiertos.

A la autoridad civil se unía la del comandante militar, resultando del doble juego de autoridades perpetuos conflictos, originados a las vegadas por los testarudos y solemnes capitulares y, con mayor frecuencia, por los mandones de espada, hechos a mirar el gobierno con los ojos de la disciplina.

En ese año arreciaron los portugueses por levante, arreando tal cantidad de hacienda que los campos quedaron sin la suficiente para el consumo, y el alcalde provincial hubo de salir a ellos en aire de guerra, con varios vecinos armados, no pudiéndolo hacer con tropas que, a punto de sublevarse, a nadie obedecían. En igual fecha, los charrúas avanzaron amenazadores hasta los suburbios. El comandante militar, que no era ningún Hernán Cortés, hizo salir algo así como 230 soldados, y, vencidos éstos en el primer choque, otros 330 (1), a quienes no les fué mejor. De esta suerte inauguraba su historia la ciudad guerrera. Charcos de sangre eran las visiones de los tiempos.

---

(1) Los contemporáneos y los historiadores debieron contar esos soldados a la manera portuguesa.

No mucho después descendieron del Brasil hordas paulistas y se apoderaron del Río Grande, tan dilatado como un reino europeo.

El abandono y soledad en que los españoles tuvieron a sus tierras del Este, incitaban a su conquista. Zabala, aunque atrasado y violento, poseía el espíritu bélico de la raza, y si no hizo más por la defensa teritorial, debido fué a la multiplicidad de sus tareas. Por su orden, fueron de continuo atacados los de la Colonia, y aun cuando más de una vez las navecillas españolas sufrieron el ultraje de los corsarios y de los comerciantes intérlopes, procuró cerrar el estuario al comrecio del mundo, con tenacidad vascongada. Los portugueses, a pesar de estar obligados por el tratado de Utrecht a no proteger el comercio ilícito, lo fomentaban de todos modos, siendo el Sacramento, antes que factoría de Portugal, escuela de los principios económicos que fundamentarían la grandeza de Inglaterra.

De orden de Zabala, fundada en prácticas usuales, estando declarada la guerra a los ingleses, fueron apresados los de esta nación, residentes en Buenos Aires, y confiscados sus bienes (1); bienes y libertad que recobraron con la firma de la paz.

Los comerciantes de Cádiz que sólo podían cargar en sus navíos de registro hasta 500 toneladas con destino al Río de la Plata, incapaces de competir con aquéllos, ni en el precio ni en la calidad de los productos, no cesaban de poner el grito en el cielo contra el comercio clandestino que era su ruina.

(1) 1727.

Por esta época el Cabildo avaluaba los cueros a razón de 12 reales, adjudicando a cada uno de sus miembros 400 pesos por la tarea de avaluar. La industria local resultaba perjudicada en beneficio de unos pocos accionistas privilegiados que especulaban de acuerdo con los tiburones de Cádiz.

Fuera de duda, el monopolio tendía a empobrecer a los colonos. Quien sembraba trigo, tenía, en ocasiones, que tirarlo, como aquel animoso vecino que rellenó con él los baches de las calles bonaerenses, al no hallarle salida, por más que al año siguiente — acobardados los cosecheros — hubiese de importarse de Chile. El estanco del tabaco, los naipes, la sal, favorecían el incipiente socialismo de Estado que los criollos apellidaban tiranía económica, y ponía trabas al capitalismo, limitando su esfera.

*
* *

Envió Zabala expediciones contra los indios bravos, a quienes trataba con furioso rigor, y no dejó de representar al rey contra abusos locales, como los privilegios conferidos a los descendientes de los primeros importadores de ganado vacuno, que iban degenerando en rapiña.

Elevado a presidente y capitán general del reino de Chile, pasó, antes que a su destino, a combatir a los comuneros del Paraguay, cuya revolución triunfante en 1735, había costado la vida al gobernador legal.

En la capital paraguaya, foco de ambiciones y

asonadas, había estallado al fin un conflicto institucional. Cerca de 20 años de tumultos, prisiones, destierros y combates, tenían anarquizada la tierra, al presentarse en Zabala la imagen de hierro del poder absoluto, implacable para unos teóricos que proclamaban el derecho natural de los hombres a darse gobierno.

Vasco de recio y monárquico corazón, con alguna tropa reglada y 6000 tapes, bien pronto dominó la anarquía, ajusticiando sin piedad a los caudillos rebeldes, tomados prisioneros en el campo de batalla (1).

El vencedor restaura la orden de Loyola; declara abolidas las libertades otorgadas por Carlos V; manda que cesen las resoluciones populares.

Los portugueses seguían evolucionando alrededor de las Misiones, pero no avanzaron por el Norte, más allá del Yacuy, hasta 1733, y aun en esa ocasión una fuerza española obligólos a repasar el río. Era la guerra de fronteras con sus mesnadas, precursoras de la guerra de las banderolas.

---

(1) Del fracasado intento de Antequera, chispa que pudo incendiar la maleza centenaria, sólo resta al fin, el recuerdo de una angélica criatura, la hija del ajusticiado Juan de Mena, que al saber la ejecución del gran caudillo, se quita el luto y viste de blanco, "porque — palabras suyas — la muerte de los mártires de la libertad, no debe recibirse con duelo".

Es la voz de la alondra americana, en medio de la gendarmería espiritual de la Orden ignaciana.

*
* *

Habiendo entrado a gobernar Salcedo, nada temible, los de Portugal se crecieron en arrogancia en la medida que mermaba la de los españoles. Por de pronto, el destacamento de San Juan, que vigilaba los movimientos de la Colonia, quedó reducido, y con esto los lusitanos, contenidos hasta allí dentro del tiro de cañón de punta en blanco, se derramaron por las inmediatas campiñas, cual aguas de un río, roto el dique, y ya ni al Real de San Carlos respetaron. Fué entonces que Salcedo recibió órdenes (1) de poner sitio a la Colonia. Para ello hizo bajar de la región jesuítica 4000 tapes aguerridos que, en unión de un millar largo de soldados hispanoargentinos, en la primavera abrieron trincheras alrededor de la ciudad (2), sin que la cosa pasase de simulacros navales y terrestres. En 1737 duraba todavía el asedio. En ese tiempo intervinieron Holanda, Francia e Inglaterra para hacer cesar las hostilidades, localizadas en los yertos arenales del Sacramento. Se ajustó la paz en París, disponiéndose en uno de los artículos del tratado, que las cosas permaneciesen en aquel estado en que se hallasen al recibirse en los dominios órdenes de suspender hostilidades. Los portugueses obraron fraudulentamen-

(1) 1735.

(2) Vinieron, además, fuerzas de España y dinero del Perú.

te, pues el gobernador de la Colonia, en el mismo navío en que le llegaban aquellas órdenes, enviaba fuerzas que ocupasen el Río Grande.

*
* *

El Cabildo montevideano vivía en plena discordia, dándose el caso de ser prendidos unos cabildantes por otros y aún de batirse en la vía pública. Perdida la autoridad moral, única fuerza de los débiles, aquellos pobres hidalgones vinieron a ser juguete de los militares, y cuando intentaron señalar precios a los artículos de consumo, para evitar que los soldados, exclusivos dueños de los negocios, con precios discrecionales hicieran imposible la vida, el comandante militar de Montevideo y el gobernador de Buenos Aires les quitaron el derecho de libre reunión y encarcelaron a varios.

La verdad es que el Cabildo velaba por los fueros comunales, y hasta en sus momentos más difíciles se le ve proclamar el derecho de los agricultores a vender su trigo y su maíz a quien mejor les pague, contra la pretensión de autoridades empeñadas en que no pudiesen venderlos sino a determinado acopiador favorecido (1).

La jurisdicción de Montevideo comprendía las tierras del Oriente del arroyo Cufré, Oeste de la se-

(1) A consecuencia de este feo negocio y otros desmanes, el gobernador de Buenos Aires, brigadier Salcedo, fué destituído, encercelado y privado de sus bienes, de orden del rey.

rranía de Maldonado y Sud de las cabeceras del Santa Lucía (1). Aguas, pastos y bosques eran comunes; la inquisición no figuraba en la aldea, ni en el Plata, de filiación liberal, si se compara al resto de las colonias ibéricas. Sin embargo, el reinado de la superstición, allí donde no entraba libro sin previa censura, quitaba el sueño a mucha gente y las ánimas tenían un procurador oficial y algunas fuentes de recursos (2). Ni periódicos ni festejos; cada año un buque, y por fin ni siquiera guerras.

Triste era para los montevideanos esta vida de comer y dormir. Los más intranquilos iban al pie de las fortificaciones y allí se pasaban horas y horas presenciando su lento avance hacia los cielos.

En estas circunstancias apareciόse la emocionante novedad de que un tal Petivenit (3) acababa de descubrir a pocas leguas, en las abruptas sierras de Minas, un yacimiento de piedras preciosas, tamañas como puños, ante cuyo esplendor palidecían los tesoros de Aladino. La novedad tomó vuelo y se presentó en la corte, donde, no ya los duques y moscas palaciegas, la misma Majestad de España tuvo en sus manos los ejemplares más peregrinos y los mandó analizar por el mejor relojero de Madrid. El re-

(1) La jurisdicción de Montevideo llegó hasta el río Negro en la época colonial. Más al Norte se extendía el desierto, dependiendo de Yapeyú, con el nombre de gobierno del Uruguay.

(2) Parte de lo que se salvaba de los naufragios, etc.

(3) Este sujeto, mineralogista equívoco, pasaba destinado a la Casa de Moneda de Potosí. De orden real, hizo el reconocimiento de los cerros minuanos.

lojero, que entendía en asuntos mineralógicos lo que cualquier sastre, declaró que las piedras superaban a cuantas crían las entrañas del mundo, y en virtud de este peritaje se contrató en Europa multitud de ingenieros, mecánicos, peones; se compraron máquinas, e iniciados los trabajos de exploración, excavaronse profundos fosos y se abrieron largas galerías en aquellas montañuelas graníticas. España y otros lugares del globo, volvían la mirada al país de los charrúas. Petivenit era comparado al griego del Vellocino; los montevideanos, de habitual negro humor, se paseaban ufanos y ya no iban, como cuando pobres hidalgos, a contemplar el lento elevarse de los fuertes.

## GUERRA GUARANITICA

Las cuestiones coloniales dijéranse resueltas por el tratado de Madrid (1): los portugueses devolvían à España la Colonia, en permuta de parte de la América del Sud. El límite en el Plata arrancaría de Castillos Grandes, siguiendo la orilla oriental del lago Merim, y más al Norte las altas cimas de las sierras; las Misiones orientales, con "los siete pueblos" (1), pasaban a ser portuguesas. Una cláusula del convenio obligaba a las dos coronas a auxiliarse en el caso de resistir las poblaciones el nuevo señorío. Para hacer cumplir lo pactado por su rey D. Fernando VI, vino al Plata el marqués de Valdelirios. Aquí lo abordaron los jesuítas y el gobernador de Buenos Aires, Andonaegui, para que no pusiese por obra las instrucciones que traía, antes de que el rey se expidiese en un pedido de revisión

---

(1) 1750.

(1) Santo Angel, San Francisco de Borja, San Juan, San Lorenzo, San Luis, San Miguel y San Nicolás. La población de estas aldeas y sus territorios pasaba de 30.000 habitantes.

del tratado, con cuyo cumplimiento, añadieron, España perdería su comercio mediterráneo, sin contar la sublevación de los indios echados de sus tierras.

El marqués, hombre conciliador, convocó junta de personas notables, y entre ellas el provincial de los jesuítas, deseosos de ganar tiempo y estarse a posibles cambios en el cuadrante de los vientos políticos; cambios que sobrevendrían barriéndolos al tratado y a ellos. La junta en cuestión se dilató con trabas y más trabas de los representantes de la Compañía y sin mayor impaciencia de los lusitanos, que nada perdían con retener la ciudad del contrabando; pero al fin, el marqués, sabiendo que en las Misiones se incitaba desde el púlpito a los indígenas a no aceptar las tierras que se les cedían al Oeste del Uruguay y a la resistencia armada y que se levantaban ejércitos, declaró su decisión de cumplir sin más dilaciones el tratado.

Mediaba 1752. Al pie de Castillos Grandes, unidos departían los comisionados de las naciones contratantes. Iniciada la demarcación, graves contratiempos salieron al paso de las comisiones, no siendo el menor el alzamiento de los indios de Santa Tecla, ante cuya actitud las partidas demarcadoras huyeron.

Valdelirios, autorizado para llevar la guerra a Misiones, apeló, con intenciones pacifistas, a la oratoria sacerdotal (1). Inútil expediente por cuanto las resoluciones reales, leídas en los púlpitos del dilatado

(1) No jesuítica, por cierto, pues los de la Compañía habían sido separados de los siete pueblos.

territorio, acabaron por ser arrebatadas y quemadas en público, y el último lector y predicador por poco fué echado al río.

Habiendo, pues, estallado la lucha, movida por la mano de la Compañía, que nada hacían los indios espontáneamente, fuerza era aceptarla, debiendo pelear españoles y portugueses, los unos al lado de los otros.

*
* *

Lejos de toda perturbadora influencia, lejos mismo del mundo, como en solitario asteroide, en la isla de Martín García, juntáronse entonces el comisionado de Portugal, Gómez Freire, el marqués español y el Capitán General Andonaegui, acordando el plan de campaña. El gobernador de Buenos Aires, con 1200 soldados, atacaría a San Nicolás, y Gómez Freire, general a lo Cicerón, haría lo propio con Santo Angel. La campaña empezó, mas por lo malo de los tiempos, a la altura de Casupá, ¡salve rientes colinas! vióse Andonaegui impedido de seguir e incomunicado en medio del campo, mientras las bestias se le morían entre el lodo (1). En esa situación envió 6 hombres a Yapeyú, en demanda de cabalgaduras con que pudiera salir de la soledad y del invierno; mas, los yapeyuanos, aunque su aldea no estaba

(1) Fué para él no pequeña suerte que los charrúas acabasen de invadir el Brasil, llevando el terror hasta más allá de San Pablo.

comprendida en la permuta, haciendo causa común con los otros pueblos, mataron a los comisionados, excepto uno que pudo traer al campamento la nueva destinada a encender en ira el alma cruel y fogosa del gobernador de Buenos Aires.

Los generales de la alianza no se entendían, con lo cual ni la campaña prosperaba ni las tropas respetaban a sus jefes, siendo así que por habérseles vuelto a sus pagos los correntinos y santafesinos, quedó el español reducido a 600 plazas, clavado a orillas del río Negro.

Aquí, junta de guerra, bajo las arboledas sombrías. D. Joaquín de Viana (1), recién llegado al ejército y ya muy prestigioso en sus filas, hombre de dulces palabras y recio corazón, está por el avance, y así se resuelve, pero antes es menester engrosar las fuerzas, para lo cual se reclutan nuevos soldados.

Entre tanto, los portugueses no podían vanagloriarse frente a Santo Angel y hubieron de pedir tregua, ofreciendo mentirosamente a los indios la reconsideración del tratado, mientras mandaban chasque tras chasque al español. Andonaegui, que estaba enfermo a orillas del Daymán, hasta donde pe-

---

(1) Coronel de los reales ejércitos y primer gobernador de Montevideo. Al llegar al país lo había hallado en alarma por la revuelta de los charrúas a quienes derrotó en dos sorpresas, gracias a que, en el suplicio, un indígena reveló el paradero de las tribus.

Montevideo, elevada a gobernación desde el 2 de Diciembre de 1750, dependía, en lo militar del gobernador de Buenos Aires.

nosamente avanzara, hácese conducir hacia el Norte, en hamacas, seguido de sus tropas. Un año entero se pasó en escaramuzas, sorpresas y combates antes que los aliados llegasen al centro de la resistencia indiana. Ya cerca de él, capturaron a un escucha y en el suplicio le hicieron declarar la posición de los campamentos, y en particular el del cacique Ñanguirú (1), Nicolás I, emperador de las Misiones, coronado por los jesuítas, según la leyenda.

A medida que avanzaban los aliados—unos 3000 — iban hallando las señales del suicidio colectivo: campos arrasados, chozas reducidas a escombros, selvas carcomidas por el fuego. El 30 de enero (2), el capitán general presentóse con sus grandes aires en una aldea india, y como le preguntaran con qué autoridad entraba en aquellas tierras —¡Con la autoridad del rey! respondió el soldado. A lo cual los indígenas le observaron que el suelo era de ellos y Dios se lo había dado.

Entre Santa Tecla y Batoví, hallábase Shepé, uno de los más famosos caudillos. Sale a su encuentro Viana con 300 soldados y habiendo matado, personalmente, de un tiro al cacique, que estaba a caballo, dispersa a sus amarillentos guerreros.

El grueso de las fuerzas indianas—de 1700 a 2000 indígenas— se atrincheraba en Caaybaté, alto y escarpado cerro. Allá marcharon los aliados, y los míseros indios, en cuanto vieron los estandartes, soli-

(1) De tres modos: Nanguirú, Ñanguirú y Neenguirú, háse escrito el nombre de este cacique.

(2) 1756.

citaron tregua y acaso dijeron que estaban prontos a la obediencia. El español contesta al cacique Nicolás Ñanguirú que en el espacio de una hora abandonen sus posiciones y vuelvan a sus pueblos, sin armas, tropas, caciques, corregidores, curas, si no quieren ser pasados a cuchillo. Los tapes, sin sí ni no, según los cronistas y los vencedores, se refuerzan y aperciben a la lucha. Mas, por imposición de Viana, los blancos se arrojan sobre ellos. Los indios se dejan matar como ratas; conocen ahora cuán terriblemente verídica era la amenaza del soldado y reciben, en montón, en un claro día de febrero del año de gracia de 1756, sepultura al pie de sus mismas trincheras. Batalla apellidaron los cronistas a esta degollina, en la cual perecieron de una parte de 1200 a 1300 amarillentas criaturas y 4 soldados de la otra.

Andonaegui proclamaba de antes "el bautismo de sangre".

¿Qué extraño, pues, que secundado por Viana y por los portugueses, resueltos a todo, no escatimara el extremo rigor?

En Caaybaté terminó la guerra.

San Miguel fué incendiado por sus moradores y San Lorenzo, que no quiso oir las cartas dirigidas por el capitán general a los pueblos, invitándoles a rendirse, fué batido y subyugado por Viana.

Al regresar al Sud, los vencedores vinieron encontrando amenazas de muerte, ya en cartas fijadas en postes, a la vera de los caminos, ya escritas con carbón o jugo de plantas en cueros de vacuno estaqueados en medio del campo.

La campaña fué de tan manifiesta impopularidad que al saberse la sustitución del gobernador de Buenos Aires por el general Pedro de Ceballos (1), en quien se veia la promesa de una política opuesta a la de los últimos años, el regocijo fué tal que no parecia sino que la felicidad inauguraba su reinado en el Plata.

(1) Esta designación (1756) fué obra de los ministros de Fernando VI, caído en la demencia.

## GUERRA DE FRONTERAS

Los portugueses, después de 6 años, aun no habían devuelto la Colonia y la cuestión de límites no llevaba miras de acabar. Así estuvo empantanada hasta que Ceballos, con un millar de guerreros, fué a situarse en la región convulsionada, reducida, si así puede decirse, a cenizas y escombros.

No son ahora los indígenas quienes dificultan la demarcación, sino Gómez Freire, que al fin se marcha dejando a Saa de Faria instrucciones para delimitar las fronteras.

Ceballos permanecía en San Borja, aislado, aunque cargado de truenos. Los aliados ya no se entendían ni querían entenderse. Verdad que muerto el rey Fernando (1) habíale sucedido, con otras ideas, el de las Dos Sicilias, un francoitaliano, por la pareja que lo engendrara.

Hombre liberal, rodeado de liberales, imprimió nuevos rumbos a la política española y el país pareció salir de su tradicional marasmo. El rey odiaba a Inglaterra. De ella había recibido su nación ultra-

(1) 1759.

jes repetidos, siendo entonces costumbre de los ingleses embanderar e iluminar a Londres cada vez que una calamidad caía sobre los españoles. En orden a tales antecedentes y con el propósito de engrandecer a los suyos y abatir a los británicos, entró en el "Pacto de Familia", liga de los Borbones, a la que invitó a Portugal. Portugal se negó y vió sus fronteras invadidas (1).

El tratado de 1750 habia sido denunciado y en el Plata se esperaba la guerra. Por el lado del Brasil, el portugués levantaba fortines, en sus fronteras, y también en tierras de la corona de España. Tal el fuerte de Santa Teresa en los arenales.

Al fin la guerra fué declarada en estos países, por bando y a toque de tambores. Ese día Ceballos y Carlos III fueron aclamados en el sitio de la Colonia.

El caudillo español, aunque sin el auxilio de la flota, cuyo jefe no quería entrar en lid por cobardía, estrechaba el asedio, y él que podía repetir con el guerrero antiguo:

> Mis arreos son las armas,
> Mi descanso el pelear,

rugía de furor viendo faltarle lo más útil. Con todo, antes de dos meses, capituló la plaza (2) y las inac-

(1) Pitt, ministro inglés, quiso declarar la guerra a España, atacar sus colonias, atrapar sus galeones que surcaban el mar cargados de oro y plata; mas su consejo no fué escuchado y a la sombra de la paz España fomentó y auxilió la rebelión de los colonos de la América del Norte.

(2) 6 de Enero 1763.

tivas naves españolas entraron empavesadas al puerto. Altanería corta, pues habiéndose presentado en son de guerra once navíos angloportugueses (1), el marino aquel, ordenando al contramaestre echar a pique la capitana, porque de ella no se apoderase el enemigo, decía, huyó a tierra y desde un pantano, con agua y lodo a la cintura, pudo oir el combate entre aquéllos y los fuertecillos de la plaza.

Recio combate de horas, hasta caer de costado, con el incendio a bordo, el "Lord Clive", navío inglés de 64 cañones. El jefe de la expedición quiere perecer con su nave. Bravo e infortunado Macnamara, ¡cómo te adoran tus soldados, cuando se olvidan de sí propios y no se echan al agua para ganar la costa, mientras no lo haces tú al par de ellos! Estéril empeño, pobres soldados; tarea ineficaz, rojo grumete! Macnamara en mitad del río os abandona y voluntariamente se encamina al misterioso Orco (2). Pero entre esto y ser fusilado en Londres, previo paso ante un consejo de guerra, esto es preferible.

La victoria indujo a Ceballos a expedicionar a las fronteras, acabadas de repasar por el enemigo. En abril ordena sus tropas y en una semana llega a Castillos Grandes y se aproxima al fuerte de Santa Teresa, donde está Luis Tomás Osorio con 1.500 sodados, que se desertan en la noche. El abandonado

(1) Al decir de algún cronista, Portugal e Inglaterra habían convenido la conquista del Plata, debiendo el marino inglés Macnamara guarecerse en la Colonia, a espera de refuerzos del Brasil.

(2) Del *Lord Clive*, tripulado por 500 marinos, salvaron 80 a nado y 20 en un bote.

general resiste tres días y al rendirse se le deja en libertad, en homenaje a su bravura (1).

Rápidos destacamentos, desprendidos del ejército hispano, se apoderan, con fulmínea celeridad y sin disparar un tiro, del fuerte San Miguel y sus 55 cañones y de la plaza del Río Grande. Funda Ceballos, con familias portuguesas, el pueblo de San Carlos (2), y en el apogeo de sus triunfos, cuando se proponía extender las operaciones hasta más allá del río Pardo, vése compelido a contramarchar, con la noticia de la paz europea, que cede a España el dominio de Río Grande y la obliga a devolver la Colonia (3).

Los portugueses siguieron sus conquistas. Quiso atajarlos Bucareli (4), y no empleando sino palabras, Saa de Faría, fortificado en los Tapes, le respondió con palabras. Entonces marcharon al Este 800 españoles, sin más resultas que la derrota.

---

(1) Osorio fué, algo después, sometido a juicio en Oporto, condenado a muerte y ahorcado por la rendición de Santa Teresa.

(2) En campos de España, pero sin españoles.

(3) Tratado de 10 de febrero de 1763. Francia perdió en esta guerra casi todas sus colonias, que pasaron a los ingleses.

(4) Gobernante de ocasión, designado para alejar a Ceballos a quien no podía confiarse la expulsión de la Compañía de Jesús por sus afinidades con ella, como que siendo gobernador se resistiera a mandar a España 9 frailes acusados de acaudillar la sublevación indígena. La idea del honor en Ceballos, parece un tanto literaria. Virrey contrabandista, utilizó en ese comercio a sus subalternos e hizo otros negocios de reconocida turbiedad, acorde con la Com-

*
* *

La guerra de fronteras constituye un fenómeno ordinario durante todo el siglo XVIII en los territorios del Plata. En el interinato del caballeresco D. Juan J. de Vértiz, gobernador de Buenos Aires, Inglaterra, arrojada de Puerto Egmont por los españoles, disponíase a pelearlos, coyuntara que los portugueses aprovecharon para lanzar desde San Pablo, a título de reprimir la barbarie de los salvajes, una expedición contra Misiones. Aun cuando no fuese el áspero pelear incentivo de Vértiz, pues propiciaba con grandeza de miras la agricultura, la ganadería, las artes, la mayor libertad comercial y cualquier otro progreso, no descuidaba la defensa del país, y para

---

pañía de Jesús o de los yerbales.

La expulsión y confiscación de bienes de los frailes jesuítas se llevó a efecto en 1767. Del Plata salieron unos 400. Marcharon a los Estados pontificios.

Así como Ceballos fué sustituido por Bucareli, también fuélo Viana por el coronel de la Rosa, en Montevideo. Traía el tal, facultad de gozar la tercera parte de los provechos que con el cargo le cupiesen; de entender en causas civiles; de nombrar sus lugartenientes, que no podrían ser hijos del país, y, por último, de desterrar a quien le pluguiese, sin otro requisito que fundar las causales ante la autoridad civil.

Su primer acto fué levantar "de firme" una horca. Enemistado con los partidarios de la Compañía, se le acusó de rapiñas y mala conducta. Perdió honores y cargo, subrogándolo su antecesor.

mejor proveerla, escaso de recursos, ideó un empréstito voluntario que permitióle reforzar las fronteras y fortificar algunos lugares estratégicos.

España, no deseando romper con los ingleses, compróles la paz, restituyéndoles el helado Puerto Egmont, y entonces amainaron los lusitanos; pero al poco tiempo, partidas de ladrones de ganado, salidas de San Pablo en verdaderas bandas guerreras, tornan a entrar y salir en tierras castellanas, acompañando sus depredaciones, al decir de los cronistas españoles, textualmente copiados por los cronistas platenses, de asesinatos, incendios, violaciones, señalándose entre todos esos merodeadores Pintos Bandeira, un héroe a los ojos de sus compañeros.

Para proteger sus avances, establecen los de Portugal guarniciones y fortines en algunas sierras y en las orillas meridionales de los ríos Grande y Yacuy. Contra ellos expediciona Vértiz, partiendo de Montevideo, en la primavera del 73. Marchan con él 1400 hombres, reclutados en su mayoría en la ciudad nombrada. Llega a Santa Tecla que halla en ruinas; sigue de ahí al Norte y en el verano próximo bebe de las aguas del Piquirí en cuya margen se atrinchera el enemigo.

Deseoso de no derramar sangre, el buen gobernador intima en persona, al jefe de aquellas fuerzas, desaloje el país, recibiendo en respuesta un tiro a quemarropa, disparado por el comandante, no con pulso sereno. Atacan entonces los nuestros y huye la gente portuguesa, abandonando estancias, ganados y fuertes, yendo militares y civiles a refugiarse en la guardia de Tabatinguay de donde también, atrave-

sando el río, arrójalos el vencedor hacia las tierras de Río Pardo. Dos veces vinieron a las manos unos y otros, durante la retirada.

Los portugueses, si bien rechazaron el primer envión — carga de jinetes correntinos — la segunda vez rodaron en el polvo sangriento. Habiendo avanzado ya muchas leguas en aquellos selvosos desiertos y viejas serranías, retrocede Vértiz al Tabatinguay, en cuyas orillas alza sus tiendas; y luego avanza, sin hacer caso a los pedidos de las autoridades portuguesas, hasta las inmediaciones del Yacuy, dejando restablecida la soberanía española, tomando, al fin, la vuelta por la ruta del Río Grande, en el verano del 75.

Pero, ¿qué valían sus hazañas en país tan extenso y desguarnecido y contando apenas con un puñado de tropas? Remendaba una capa vieja.

Mientras vencía en el Norte, el portugués se metía en el Sud. Ya sus fuerzas de tierra amagaban la capital de la provincia; ya sus naves dominaban la barra de Río Grande y otras realizaban el crucero a lo largo de Santa Catalina. El coronel Tejada, con 1900 españoles, no creía poder resistir en la plaza de Río Grande y estaba por irse cuando llegó el coronel Morales, con una flotilla. Tenía orden de Vértiz para cerrar la entrada al puerto, y él fué quien persuadió a Tejada a la defensa. Portugal, entre tanto, fingía deseos de paz y hacía caer a la corte de Madrid en la trampa de su fingimiento, mandando ante ella un embajador.

Los españoles del Plata recibieron, pues, órdenes

del tratado, con cuyo cumplimiento, añadieron, España perdería su comercio mediterráneo, sin contar la sublevación de los indios echados de sus tierras.

El marqués, hombre conciliador, convocó junta de personas notables, y entre ellas el provincial de los jesuítas, deseosos de ganar tiempo y estarse a posibles cambios en el cuadrante de los vientos políticos; cambios que sobrevendrían barriéndolos al tratado y a ellos. La junta en cuestión se dilató con trabas y más trabas de los representantes de la Compañía y sin mayor impaciencia de los lusitanos, que nada perdían con retener la ciudad del contrabando; pero al fin, el marqués, sabiendo que en las Misiones se incitaba desde el púlpito a los indígenas a no aceptar las tierras que se les cedían al Oeste del Uruguay y a la resistencia armada y que se levantaban ejércitos, declaró su decisión de cumplir sin más dilaciones el tratado.

Mediaba 1752. Al pie de Castillos Grandes, unidos departían los comisionados de las naciones contratantes. Iniciada la demarcación, graves contratiempos salieron al paso de las comisiones, no siendo el menor el alzamiento de los indios de Santa Tecla, ante cuya actitud las partidas demarcadoras huyeron.

Valdelirios, autorizado para llevar la guerra a Misiones, apeló, con intenciones pacifistas, a la oratoria sacerdotal (1). Inútil expediente por cuanto las resoluciones reales, leídas en los púlpitos del dilatado

(1) No jesuítica, por cierto, pues los de la Compañía habían sido separados de los siete pueblos.

Norte, sin lucha, porque los portugueses garantizan a los indios que van allí para restablecer a la Compañía. En enero del 76, todavía el embajador lusitano hablaba a la corte de Madrid, frente a los retratos de tantos reyes españoles, de pacíficos avenimientos y del mandato de su monarca a las autoridades del Brasil para que volviesen las tropas a sus fronteras. ¿Qué extraño si, 13 días después de la toma de San Pedro, el general de los portugueses, D. Juan Bohm, escribe a Vértiz, dándose por entendido de cuanto pactaron las cortes el año antes y exigiéndole que se ajuste a los pactos?

*
* *

La corte hispánica, fatigada al cabo de un juego a pura pérdida, rompe toda negociación y se prepara, con el ímpetu propio de las naturalezas irreflexivas, a llevarlo todo a sangre y fuego. Los portugueses hablan de acogerse a los tratados; pero sin dejar de arrimar leña al incendio. Vértiz pasa a Montevideo y de allí a las arenas del Este, para asegurar Santa Teresa. A su regreso a la citada ciudad, donde prosigue la recluta de tropas, recibe unas letras del virrey del Brasil, amenazándole que apresará la escuadra contra él equipada en Cádiz. Primera noticia de la expedición de Ceballos. Entrado febrero (1) arriban a Montevideo 5 naves que han separado las tormentas del grueso de la flota española, en viaje

(1) 1777.

desde el 13 de noviembre, con la rivalidad y la victoria a su bordo.

Venía de primer virrey del Plata D. Pedro de Ceballos (1). Traía 9000 y más hombres, en 116 transportes, escoltados por 17 naves de combate.

Gran servicio dispensaba España a estos países al concederles un virrey, pues el del Perú, se desantendía totalmente de una parte tan lejana de su sede. Particularmente en la Banda Oriental, era grande el atraso por dicha causa: las fortificaciones de Montevideo y Maldonado, venían paralizadas de años atrás; la falta de autonomía administrativa, donde

(1) El Virreinato se creó el 3 de julio de 1776. Algunos hacen arrancar el hecho de la Real Cédula de 8 de agosto. Comprendía: Chile, Charcas, el Paraguay, la Banda Oriental, Buenos Aires, Cuyo y demás tierras del Sud del Perú y poniente del Brasil.

El cargo de Virrey estaba rentado con 40.000 pesos anuales. El virrey tenía sus guardias; ejercía el poder supremo en lo civil y militar; nombraba sus empleados. No podía tener casa propia, contratar, servirse de los indígenas, entender en las armadas y descubrimientos, abogar, recibir dádivas; ni él ni sus hijos contraer matrimonio en América. Algunas de estas prohibiciones de la ley se extendían a otros funcionarios.

El Virrey, por lo general, duraba un lustro en el desempeño de su cargo. La esfera de su poder, como delegado y por así decirlo, encarnación del monarca, no podía ser intervenida sino por el Consejo de Indias y la inspección de las Audiencias, algunas de las cuales, como la de Charcas, estaban formadas por la vanidad más loca y la rapacidad más temible.

En ocasiones eran dispensados del juicio de residencia, hecho plausible, tratándose de sujetos honorables, como lo fueron casi todos nuestros virreyes.

la administración haciase consistir en rodajes inútiles, imposibilitaba cualquier iniciativa de mejoras; la inseguridad de las fronteras, impedía que el país se poblara, por más que la preocupación de los cabildos locales fuese crear el mayor número de villas y de establecimientos pecuarios.

Basta, en estos coloniales días, un grupo de individuos que deseen fijarse en un lugar, para que se forme pueblo.

Con unos pocos indios tapes se erige Paysandú, que toma su nombre de Sandú, misionero que adoctrinaba la aldeíta, siendo *Pay*, corrupción del portugués *pae*, padre. Familias gallegas y canarias, enviadas en antes a la Patagonia, no pudiendo resistir a la dureza del clima ni a los asaltos de los tehuelches (1), pedían poblarse en los campos orientales, y por tratarse de gente laboriosa, se les dió tierras de cultivo. "Gente laboriosa" háse dicho, y ha de agregarse que a la América española sólo podía venir "homes buenos", si se exceptúa, naturalmente, a mu-

(1) Terror inspiraba a los colonos la ignota Patagonia. Desde los tiempos de Ruidíaz, el historiador, circulaban acerca de ella referencias espeluznantes. El refiere, contando la expedición de Magallanes, que habiendo saltado a tierra siete arcabuceros, "hallaron unos gigantes" y se llevaron tres de ellos a las naos, "de donde se les huyeron dos".

Conducido el último a la capitana, "tuvo temor de verse en un espejo, y por ver las fuerzas que tenía, le hicieron que tomase a cuestas una pipa de agua, la cual se la llevó como si fuese una botija, y queriendo irse, cargaron sobre él ocho o diez soldados, y tuvieron que hacer para atarle, de lo cual se disgustó tanto que no quiso comer, y de puro coraje murió. Tenía de altura trece pies"...

chos de breviario y de espada y a regular número de funcionarios. Los pícaros sin favor solían, sin embargo, ganar las bodegas en los puertos de embarque y no abandonarlas ya sino en alta mar. Cuando subían sobre cubierta, no quedando otros arbitrios que echarlos al agua o traerlos, como lo primero no se ajustaba al uso, a la ley o al simple sentimiento de humanidad, no quedaba sino lo segundo, y así arribaban los "llovidos" (1). Tampoco, sin especial licencia, podían venir inmigrantes, bajo pena de muerte; pero tal ley entraba en la categoría de los espantapájaros. Imposible que el Nuevo Mundo permaneciese cerrado a gentes e ideas y se le pudiese considerar largo tiempo el desierto español. Por todos los puntos se filtraban extranjeros e ideas, y la ley tenía legañosos los ojos, paralíticas las piernas y la mano tembleque.

*
* *

La armada de Ceballos (2), repleta de hombres jóvenes y fuertes—bien que destinados a la guerra que apenas desfloraron—llamada estaba a cambiar la fisonomía del Plata, por cuanto esos nueve mil y

(1) Dabáseles tal nombre y también "polizones". Muchos de ellos, debían entenderse con los capitanes de buques, y nada más fácil, llegados a puertos americanos, que paisanos, amigos o parientes, cuando no ducados, intercediesen por ellos.

(2) Personaje parte hecho aquí, parte, en España; parte, en Roma.

tantos varones, oleada de fuerza viril como jamás recibiera de una sola vez otra región alguna de América latina, aseguraría el triunfo del tipo caucásico sobre el indio y el negro. 9000 guerreros, transfigurados en agricultores pacíficos, en mercaderes e industriales, en jefes de familia, que harían refulgir fraguas si herreros, y cobrar rumor de trabajo al aire si carpinteros, batihojas, lomilleros, plateros, alarifes, calafates, etc., revolucionarían bien pronto las costumbres y el ambiente de una sociedad en cierto modo anémica.

Cuando, entregada a las olas y a los vientos, navegaba hacia el Sud la grande armada, mandaba las naves, y en apariencia también el ejército, el marqués de Casa Tilly, personajón fofo y molesto. Venía, desde la salida de España, peleado con él, el virrey, por que el nobilucho, hecho a oro y seda, apelaba a la filosofía cautelosa, enemiga de guerreros lances, y reputaba al general por loco impulsivo.

Este, desde lejos, divisara su presa en Santa Catalina; aquél, oponía, por más cómodo, no parar hasta enfrentar la Colonia. Los dos, serios y cambiándose despreciativos visajes. En alta mar, bajo el grado 24 del Sud, formó el marqués consejo de guerra y mandó decir a D. Pedro que la resolución de tal junta era evitar una lucha llena de dificultades e ir derechamente al rescate del Sacramento.

Tronó el virrey, como sue'e al salir de su silencio la fuerza. Que había las dificultades apuntadas por el marqués, y otras mayores, no lo dudaba; pero que por eso mismo el rey enviaba la flor de sus tropas. Le declara su intento de conquistar Santa

Catalina en febrero y parte de marzo; su mira de desembarcar en San Pedro del Río Grande, hacia abril, para rendir recién en mayo la Colonia (1). Que el rey permite al marqués hacerle las representaciones que le dicte su celo, en cualquier lance que parezca desesperado, pero, ordenándole que si él, Ceballos, insiste, le obedezca, y en consecuencia manda se dirijan las proas hacia la isla que piensa atacar, "sin las dilaciones que experimento y sufro con mucho dolor". "Es Vd., le dice, un teniente general de mar", "y por ello me niego a responder a las reflexiones que me hace sobre operaciones correspondientes al ejército de tierra". "Yo he de responder a su tiempo a Dios y al rey".

Con esto, vése relegado el marqués a su condición de jefe técnico de la flota, sin voto en lo atañedero a agresión y guerra, y place ver, en este bajo mundo sublunar, tal cual vez, el milagro de que se envíe a un zapatero a sus zapatos...

*
* *

El 20 de febrero 100 naves españolas dan fondo en Santa Catalina. El virrey, "en un pequeño bajel", reconoce a tiro de pistola la costa. Desembarca tropas. Sin resistir se rinden fuertes y castillos. En

(1) Durante todo el viaje, los dos jefes vinieron dirigiéndose nota tras nota. Ceballos, locuaz y grafómano, llevaba en la polémica gran ventaja al marqués, y era que sus oficios unían a su contenido mental, persuasiva violencia.

tres días, suya Santa Catalina; suyos 200 cañones silenciosos, como 200 fierecillas domadas. Algunos fuertes estaban defendidos de agrios desfiladeros, casi inaccesibles a hombres; accesibles al brío.

El 25 de marzo queda la isla, por capitulación, a nombre del rey de España (1). De allí el vencedor escribe a Vértiz se ponga en actitud de atacar por el Sud, y allá marcha Vértiz, con dos millares de veteranos y buen golpe de jinetes del país, fijándose en Santa Teresa. Leva anclas, a fines de marzo, el virrey, y no pudiendo ganar puertos ni tomar la boca del río, por los furores del viento, se ampara en Maldonado. Viene luego a Montevideo (2) de donde, seguido de 4.000 guerreros, parte al sitio de la Colonia.

Rendida esta Troya insignificante (3), el virrey

---

(1) Antes de eso había desbaratado una flotilla que se ocultaba en la ensenada de Garupas y cuyo paradero le fuera revelado a bordo de algunas naves portuguesas, apresadas durante el viaje.

(2) Aquí, "por un exceso de ambición" el vanidoso virrey despoja de todo mando a Vértiz y asume la plenitud del poder, dando a los diablos las reales órdenes en contrario. 500 y más portugueses que tenía prisioneros, confinólos a la provincia de Cuyo. Estos vencidos, convirtiéndose en viñadores en San Juan y Mendoza, dieron gran impulso a la elaboración de vinos y aguardiente.

(3) La decisión del virrey era tomar la Colonia antes por ingenio que por armas. El 22 de mayo estaba allí, abriendo trincheras e intimando al gobernador que presenta condiciones fantásticas para abandonar la plaza. Es un fantasista este portugués, que ora se desalienta, ora medita volar con barriles de pólvora a sus rivales. Ceballos re-

mandó cegar el puerto con pontones, escombros y peñascos y demoler las murallas. Iba ya para las fronteras, cuando se reprodujo el caso de la vez pasada: la paz, el arreglo de nuevos límites. Ahora, éstos serían: al Norte el Piquirí; al Oriente el lago Merim y laguna de la Manguera; las confusas fuentes del Piratiní, Ibiminí y Negro, ríos que midieron con sus pasos los españoles, determinarían los respectivos dominios. Una faja de tierra, de tres cuartos de legua, serviría de cordón; nadie podía cruzarla; quién lo hiciera incurriría en la pena de los contrabandistas; ni podía alzarse un fuerte a lo largo de ella.

Las partidas demarcadoras se integraron; pero los portugueses, al decir de los españoles y sus vás-

---

pulsa las proposiciones del "fidalgo", quien, después de haber pedido el cielo y sus astros, se rinde a secas el 4 de julio.

Era la cuarta y última vez que los españoles conquistaban la plaza, que ya no volvería a salir de sus manos, sino con la comarca entera y para otras gentes.

La expedición de Ceballos traía, expone Mariano Moreno, en una interesante *Memoria*, 2.000.000 de pesos, en onzas de oro, para pagar las tropas, "única vez" que hubiera enviado España dinero a las Américas. Otros 3.000.000, en plata, existían en la Tesorería de Buenos Aires. Hubo de apuntalarse el edificio, pues se temía "que el peso de aquella plata abriese las paredes".

Dos grandes hombres, el marqués de Pombal y el conde de Floridablanca, se disputaban la posesión de la Colonia bajo Carlos III. Al salir de Cádiz la armada de Ceballos, seguíanse negociaciones diplomáticas, en París, para ajustar las diferencias entre España y Portugal, bajo la mediación de Francia e Inglaterra. Con el fallecimiento del rey José

tagos, opusieron en el terreno mil trabas. Verdad es que el contrabando angloportugués, con ayuda de la misma población castellana, estaba en su apogeo y que fijar claramente las fronteras era poner dificultades al comercio libre. Hasta allí el monopolio de los españoles había sido estrecho e inconsiderado.

Equiparado el libre cambio a los crímenes, hubo épocas en que el extranjero no podía comprar ni vender en las colonias, so pena de la vida, y en lo tocante a los colonos, no sólo se llenaron de guardacostas puertos, cabos y playas, sino que se les prohibió plantar olivos y vides y manufacturar lanas, sin otro alcance que proteger las fábricas e industrias peninsulares y también ¡ay! la pasión de lucro o rapiña de unos pocos acaparadores que pasando

---

de Portugal, el embajador de esta nación, Ignacio de Souza, propuso a Floridablanca tratar con él lo relativo a límites en América, a lo que contestó el español hallarse pronto a ello, siempre que se descartara la intervención de los mediadores, que en rigor tenían interés en la libertad comercial. Entabladas sobre esas bases las negociaciones, se arribó al tratado de 1.° de octubre de 1777, que, además de restituir, bien que a cambio de Santa Catalina y el Río Grande, al rey español la Colonia, con Fernando Po y Annobón, cerraba el Sud a las banderas. Por el tratado "fueron excluídas del Río de la Plata todas las naciones", dice triunfalmente, en su *Memoria* presentada al rey, el conde.

Al atribuirse el triunfo de la definitiva recuperación de la lejana aldea , Tiro o Sidón resucitada, gloríase Floridablanca, no ya de haber destruído "el abrigo del contrabando extranjero en el Plata", sino de haber quitado a los enemigos de España "los medios de perturbar la tranquilidad de nuestras provincias, excitándolas a la insurrección". Palabras graves y reveladoras.

miserables al Nuevo Mundo, se marchaban ricos y altaneros como virreyes del Perú.

Cumpliendo, sin duda, instrucciones de su gobierno, liberal y progresista, se anticipó Ceballos a los decretos del rey, permitiendo la libre introducción y exportación de mercaderías. Con esto floreció el virreinato.

Las vaquerías de la Banda Oriental estaban casi aniquiladas por las repetidas "licencias" de cuereo, las arreadas de los portugueses y el anterior estado de guerra. El virrey levantó su brazo contra los abusos, sin alcanzar a suprimirlos (1). Las indiadas, lo mismo que los blancos del Plata y aún de Chile, dice Azara, exterminaban sin límite los ganados silvestres. Desjarretaban los vacunos en medio del campo; les sacaban el cuero, y cuando más, cuero y grasa. Para ello se organizaban en cuadrillas; esperaban la primavera y seguía una loca carrera de 4 meses. "Los ternerillos, no pudiendo seguir a las madres en una carrera tan dilatada, quedaban abandonados y perecían y las vacas abortaban con la fatiga". Había contratistas establecidos que compraban grasa y cueros. Quedaban en un sitio los montones de cueros, que luego se traían en carretas, y seguía adelante, armada de lazos y facones la he-

(1) Otro que combatió enérgicamente los abusos de los exterminadores del ganado, fué D. Nicolás Cristóbal del Campo, marqués de Loreto, nombrado virrey en 1784. Era hombre austero, puro, una nieve, "intratable, misántropo, de difícil acceso y respuestas ambiguas", incorruptible, de implacable odio y virtud glacial.

dionda banda de faenadores, ensangrentados y sucios de bosta, como tártaros.

Bastantes años más tarde de pasar Ceballos por el mando, los hacendados de las praderas argentinas y orientales, protestaban ante el gobierno español(1) contra tales rapiñas y matanzas, que iban por igual en daño de la hacienda cerril y de la que tenía dueños. Se mataban, así, alrededor de 600.000 vacunos al año.

(1) 1794.

## BAJO LOS VIRREYES

En 1778 el rey dió sucesor a Ceballos en D. Juan José de Vértiz, ya teniente general. Era Ceballos, un hombre todo sed de gloria y riquezas; gastador, rumboso, muy capaz de cobrarse a costa del fisco los emolumentos proporcionados a su labor, "violento, arrebatado", siéndole, al decir de Funes, indiferentes la verdad y la mentira. Aun cuando el grito, argumento de débiles, compitiera en él con el silencio, signo de ánimo fuerte, su aire y sus modos, en las horas de serenidad — para él las del peligro — recordaban los de un gran señor de sí mismo y de los otros. Vértiz, en cambio, distinguíase por sobrio, modesto, silencioso; y si fuese posible hallarles semejantes, en hombres que culminarían con el andar de los tiempos, y salvar las distancias, diríase que en la escondida fuerza de Vértiz había mucho de D. José de San Martín, y en la petulancia de Ceballos bastante más del segundo Director de las Provincias Unidas.

En parte por propia doctrina, en parte con el

objeto de aumentar las rentas fiscales (1), cada día más insuficientes a causa del sistema monopolista, el exceso de gastos militares y la decadencia mercantil e industrial, los ministros de Carlos III acabaron por expedir un reglamento que se llamó del comercio libre (2), que permitía a los súbditos españoles de uno y otro continente, comerciar con casi toda clase de frutos, habilitándose para ello varios puertos de América y 6 en la península, además del de Cádiz, antiguo centro del monopolio.

Las franquicias comerciales fueron obra, en gran parte, del áspero marqués de la Sonora, ministro universal de Indias, a cuyo excesivo favor a sus conna-

---

(1) Impuestos había muchos; pero en América o se percibían en un mínimo o se escurrían entre las manos de los recaudadores.

Restrepo menciona los siguientes:

Alcabala de tierra; Alcabala de mar; Almojarifazgo; Armada y armadilla; Consulado, Destilación de aguardientes, Diezmos, Producto de empleos vendibles; Id. de Papel sellado; Id. de Lanzas; Id. de Bulas de cruzada; Estanco del tabaco. Uno de ellos, el diezmo, concedido a los reyes de España sobre América por el papa Alejandro Borgia, al principio invertido en fabricar iglesias y pagar a los ministros del culto, ya en 1541, por mandato de Carlos V, quedó divido en 4 partes: una para el obispo; otra para el cabildo eclesiástico, y las restantes a repartirse entre el fisco, curas y sacristanes, sin olvidar la construcción de templos y hospitales. En algunas partes, con el correr del tiempo, el fisco llegó a percibir la totalidad de los diezmos, asignando rentas a los eclesiásticos.

(2) Fué expedido el 12 de octubre de 1778. Ceballos falleció el mismo año, en Córdoba, España, en un convento de franciscanos.

cionales, se debió, asimismo, la renovación de las leyes que prohibían el cultivo de la vid y del olivo y la fabricación de paños y sombreros en Hispano-América; la obligación de vender sólo al fisco la lana de vicuña y lo que entonces era peor, el alejamiento de los nativos de las funciones públicas, injusticia que él halló establecida, pero que extremó.

Si los españoles hubiesen, desde un principio, tolerado la libertad de trabajar, comprar y vender (1), con más algunos cargos importantes a los hombres del Nuevo Mundo, el movimiento emancipador de las colonias hubiera sido probablemente monárquico, pues la teoría republicana parecía cosa de ilusos, y acaso fallara la oportunidad de oponerla, como un bien a un mal, al hecho monárquico y al prestigio dorado de la realeza.

La América —un continente en estado de sitio—

---

(1) La Casa de Contratación de Sevilla — databa de 1553 — había sido "el eje del monopolio: ella expedía las mercaderías para América y recibía los artículos de retorno".

-Venían las naves de la Compañía del Monopolio escoltadas de flotas guerreras, al principio, y el Río de la Plata debía proveerse en el mercado de Potosí, pagando las mercaderías 600 % sobre su valor primitivo.

En Portobelo y Panamá celebrábanse ferias periódicas a las que acudían multitud de artículos nobles. ¿Pero, qué iban a ir allá nuestros vaqueros, con sus bárbaros productos pecuarios?

No sólo España: también el Perú oponía su veto a las franquicias comerciales del Plata.

En el siglo XVII, el régimen varió: disminuyó el comercio de flotas y galeones por Panamá o fué extinguido del todo.

sin ideas, que tampoco eran toleradas en la península, hubo de buscar los rumbos de su libertad en los pensadores de Francia e Inglaterra y afiliarse a sus tesis, en ocasiones exageradas, a falta de cualquier sistema mental, no digamos político ni siquiera religioso, tratándose de rutinas y rutineros.

El 2 de junio de 1794 se intalaba el Consulado de Buenos Aires, institución monopolista, que llegó a oponerse a que los buques negreros condujeran frutos del país de retorno, y a sostener que los cueros no eran frutos del país. Contra tal rémora combatieron los nativos, tratando de convertir su tierra en algo bien diferente de las tierras muertas. La población del virreinato no era ya tan nimia que se pudiese dejar de lado, y hacia 1788 excedía ya de 1.100.000 habitantes. Sus minas de oro y plata, por habérsele anexado Potosí y otros centros mineros, rendían 5 millones anuales (1). La importación, en la misma época, rayaba en 3.500.000 pesos. Por antiguo convenio entre el rey y el papa, la décima parte del producto de las tierras cultivadas había pertenecido a la iglesia; pero con el tiempo y el creciente regalismo español, el fisco fué adquiriendo cada día mayor participación en el diezmo.

El sueño patrio de poblar y poblar, que desvelaría hasta el desenfreno a Sarmiento y Alberdi, no entraba en cabezas españolas. No era que pensasen o dejaran de pensar en el crecimiento indefinido de su propia

(1) La quinta parte de lo que producían las minas explotadas por particulares, correspondía al monarca. Sal, naipes y tabaco, estaban monopolizados por el fisco.

raza, ni siquiera el temor de que se les fuese su imperio al contacto de los vientos del mundo. Lejos del miraje del porvenir y del empeño de crear centros poderosos de actividad y riqueza, complacíanse en disfrutar los bienes que el Destino les otorgara.

Podían estar en error los poseedores de tan inmensas tierras, más dilatadas que cuantas recorriera Alejandro; pero, dado es interrogar si vale la pena la creación de grandes y poderosas naciones y si el hacerlo no comporta sacrificios mayores de felicidad y de belleza.

*
* *

Habiéndose insurreccionado la América del Norte, España apresuróse a reconocer la independencia de las colonias en armas (1), sin que fuese parte a torcer este designio la oposición del conde de Aranda, personaje genial, enteramente imbuído en las ideas filosóficas francesas, entonces en boga.

Emancipados Estados Unidos, la Florida y Méjico se perderían por absorción y lo demás de América por el ejemplo. Ello era evidente para el conde, pero no hallando quien creyese en sus temores, se anticipó a los hechos y propuso a Carlos III la formación de los reinos de Costa Firme, Perú y Méjico, sin retener sino Cuba, Puerto Rico y alguna otra isla, para escala del comercio libre en el imperio libre. Carlos se proclamaría emperador y

(1) 1783.

siendo posible daría a las nuevas naciones reyes de estirpe borbónica, la suya. Ese título nominal de emperador de América, conciliaría el orgullo español y el interés de las colonias emancipadas. ¿Qué mejor, argüía, que evitar la guerra latente, inconjurable, de vasallos y señores, asegurando a España una situación feliz en lo futuro? Ella sería reina del mundo por sus comerciantes, como fuéralo en lo antiguo por sus aventureros. Pero en una nación con un adarme de liberalismo por cada tonelada de orgullo, ignorancia y terquedad, las ideas del conde fueron las semillas del Evangelio sobre la roca (1).

La muerte de Carlos III, si no llevó también a la tumba al liberalismo español, hizo esperar tiem-

---

(1) Lejos de ser un mal, resultó ser un hecho afortunado el fracaso de los planes del conde. Triunfantes, la influencia española habría prevalecido en la política y conceptos económicos de América, cuando lo útil era reaccionar contra las prácticas vetustas y vetustos axiomas peninsulares y hacer política de puertas abiertas.

El liberalismo y las formas republicanas — por cuanto que caudillos y presidentes siguieran siendo semejantes a virreyes y las repúblicas semimonarquías — tenían que ser obra de un rompimiento definitivo con el pasado. España, endeble y miserable en los grandes días de la Enciclopedia, si podía momentáneamente ser deslumbrada por el ideal, carecía de condiciones para hacer prácticos unos principios que la misma Francia no tardaría en repudiar.

Era además cuestión de colocar a una parte de la humanidad en posesión de sí misma, de no seguir siendo reflejo de España ni siquiera de Europa, con la capacidad de realizar ella también una parte de la historia del mundo.

pos de decadencia, precipitados por el rey nuevo más aficionado a las cocinas que al trono (1).

En la ruda colonia, se vivía la vida vegetativa de las sociedades que aun no han sentido el aletazo de ambiciones extraordinarias ni el acicate de la necesidad. ¿Emociones en la plaza fuerte de Montevideo? Esta o aquella reforma local, origen de discusiones, juicios, disputas y comentarios sin término. De cuando en cuando, una corrida de toretes, o alguna sesión del Cabildo. La bahía desierta; los tigres venían hasta la Aguada; altos muros, con fosos exteriores, circuían la ciudad; al Este elevábase la Ciudadela, el Acrópolis; al Sudoeste, el Fuerte, palacio de los gobernadores. Al campo se salía por

(1) Carlos IV fué proclamado en Montevideo con grandes fiestas. Las proclamaciones eran muy populares: de la plaza mayor, magistrados y muchedumbres se encaminaban al Fuerte, y una vez allí, el requerido gobernador poníase al frente de la columna, precedida por 100 soldados de gala: "sombrero de galón de plata, bandolera nueva con escudo". Ya frente al Ayuntamiento, el alférez real, sacando de un cofre el pendón de Castilla, lo daba al viento y con tres golpes de regatón, voceaba desde un tablado: — Silencio! Oíd! Escuchad! y al hacerse el silencio: — Castil'a y las Indias! Castilla y las Indias! Castilla y las Indias! Por el rey, que Dios guarde! A esto nadie dejaba de responder: Que viva! y desde ese instante dábase comienzo a descomunal algazara: del tablado se arrojaban a la plebe saquitos repletos de monedas; venían después bailes callejeros; imitativcs combates de moros y cristianos; fuentes de que fluían leche, aguardiente y vino; cucañas, arcos de triunfo, rimas de similor de los poetastros de solemnidades; paseo de un rey y una reina de aparato, en carroza con un sol, y otras boberías para solaz del vulgo.

tamañas puertas, cerradas a la caída de la tarde. Sombríos centinelas paseábanse durante la noche sobre las murallas. Las familias de arraigo formaban una especie de patriciado, revestido de la grave dignidad española; el honor mirábase de iguales puntos de vista que en los dramas calderonianos; los esclavos, siervos domésticos, tomaban el apellido de sus amos; la pena de azotes en auge, se aplicaba a los pequeños delincuentes, ya de orden del Cabildo, ya por mandato de la ley (1), amarrándolos a un cañón afirmado en la plaza pública; y demás de estas azotaínas, los esbirros de la autoridad menudeaban por su cuenta cuantas les placía en la calle, y no siempre sobre pobres diablos. El Cabildo era al poco tiempo una corteza sin vida (2). La vida era lánguida de por sí en la hastiada ciudad coronada de bronce (3).

En guerra nuevamente España (4), el virrey Melo, en pos de haber hecho erigir un fuerte donde más tarde surgió la ciudad de su nombre, quiso inspeccionar las fronteras, sorprendiéndolo la muerte en la marcha.

Con razón, el malhumorado, talentoso y viril Ni-

---

(1) No es de extrañar: el viejo Fuero Juzgo disponía se azotase a calzón quitado aun a los jueces, cuando prevaricaban.

(2) Sus cargos, antes electivos, vinieron a ser materia negociable y tres de ellos estaban comprados a perpetuidad por profesionales del cohecho.

(3) La defendían cerca de 300 cañones.

(4) En 1794 declaró la guerra a los ingleses.

colás de Arredondo (1), al entregarle el virreinato que regía, habíale hecho duras alusiones, al referirse a los vecinos del Este: "Quizá la diestra política de V. E. sabrá abrirse paso con el sombrero por donde yo no sabría entrar sino con la espada". Los audaces jinetes del Río Grande siguieron asolando las campañas y llevándose en cada invasión innumerables vacas y miles de potros. La cuestión de límites estaba paralizada. Inútilmente enviaba España sus hombres más notables para ultimar la demarcación. Una de esas comisiones la mandaba el capitán de fragata D. Diego de Alvear; otra, el de igual grado D. Félix de Azara; mas ni uno ni otro alcanzaron su objeto, por cuanto los portugueses todo podían desear menos límites definitivos. ¿Obedecía ello al plan de aproximarse, de un lado a las vaquerías del Plata, y de otro a la plata del Perú? ¿O acaso ese viejo pleitista cedía más bien a la necesidad orgánica de tener cuestiones pendientes en que desplegar su astucia, perdida ya la antigua pujanza? Todos los virreyes, desde Ceballos hasta Arredondo se preocuparon sin éxito de pasar del papel a la tierra el tratado del 77.

En veinte y tantos años de dilaciones, las fronteras se volvieron de más en más movedizas, empujando siempre hacia el Oeste el portugués a sus rivales.

La política económica de los españoles seguía sujeta a las incidencias de su política militar y al mu-

---

(1) Cuarto virrey del Río de la Plata, designado en 1789.

dable criterio de cada ministro, constituyendo sus concesiones liberales y sus reacciones restrictivas, el más confusísimo capítulo.

Los hijos del país defendían y reclamaban la libertad comercial y se les oye con frecuencia dirigirse ya al Cabildo, ya al virrey, ya al monarca.

Tal sucede con los labradores bonaerenses cuya "Representación" de 12 de noviembre de 1793 — año en que España estuvo unida a Inglaterra contra la Francia revolucionaria — pidiendo la libre exportación de granos, constituye un modelo de sana doctrina. Los peninsulares, por el contrario, mostraban un furioso interés en no permitir otras manos que las suyas en el comercio, y habiéndose agriado los ánimos, bajo el gobierno de Arredondo, el virrey oyó en juicio a unos y otros e hizo "enmudecer la codicia" de los españoles. El buen virrey poco estuvo en el mando. A todos ellos, al cesar, sometíaseles a juicio de residencia, o severo examen de su administración, medida honrosa para la nación española; a éste se le dispensó de semejante formalidad, lo cual significa que si las opiniones liberales podían alarmar el interés de los comerciantes monopolistas, ya iban dejando de ser intolerables a la corte misma. Como siempre, el problema era más cuestión de hombres que de leyes y sólo podrán negarlo aquéllos que se representan a la humanidad de otras épocas al través de los documentos oficiales, tomándolos, por añadidura, en el sentido literal y no íntimo. Los españoles habían, en rigor, establecido un régimen económico en cierto modo igualitario, que si por una parte impedía la formación de numerosas gran-

des fortunas individuales, por otra, hacía más llevadera la vida de las clases menesterosas, omitiendo encarecer los artículos de primera necesidad. En cuanto al error fiscal de suponer que el oro salido de las colonias no volvía, él era frenéticamente apoyado por mercaderes que veían en la concurrencia comercial la muerte del comercio.

Al cabo España, sintiéndose débil para seguir combatiendo a la Francia republicana, hizo la paz con ella (1), y los ingleses, desde entonces, preparan

(1) 1795. La paz fué obra, no de Carlos IV, el Menelao español, sino de su joven favorito y ministro todopoderoso Manuel Godoy. Este personaje, mitad español, mitad portugués, había nacido en Badajoz, en 1767. Dedicado por su padre, pobre nobiliucho, a la carrera de las armas, el muchacho, que era afable y "de hermoso rostro", a los 21 años pasaba por el más vistoso oficial de la Guardia Española, y eso que en la Guardia resplandecía la más brillante mozada.

Sucedió, pues, un día, que yendo en la escolta del rey y de la reina, se le desbocara el caballo y lo lanzara a tierra cuan largo era. El incidente arrancó un grito a María Luisa y la caída del jinete, desde aquel instante, fué la caída de la reina, o una nueva caída de tan poco interesante persona. Amigo íntimo de la real pareja, al poco tiempo recorrió la escala de todos los honores: duque, señor de distintos lugares, secretario de Estado, grande de España, capitán general de los ejércitos, generalísimo de mar y tierra, Príncipe de la Paz. Jamás en un sueño oriental cayeron tantos honores sobre un hijo de la Tierra. Vivía en un espléndido palacio, gastando más lujo que los reyes. Favorito desde 1788, ministro en 1793, inició la guerra contra Francia, firmando dos años después la paz de Basilea que le valió lo de Príncipe. En adelante, dueño de España, con guardia personal, antes parece un califa que un europeo

la lucha contra su perdida aliada, mediante un serie de ultrajes y agresiones. Al año siguiente los ibéricos les declaran la guerra, cosa que también hacen con Portugal.

Gran Bretaña, en sus repetidas contiendas contra los españoles, aprovechaba de ellas para comerciar en las colonias, y a veces las promovía con ese solo objeto. Ahora, bloqueados los puertos peninsulares y, por decirlo así, las Américas, el cuarto Carlos autorizó a los buques de las naciones amigas o neutrales a comerciar con el Nuevo Mundo y ser des-

---

del Occidente. Casi al término del siglo, mete a su país en guerra con los ingleses. En 1801, salta del poder, al que vuelve bien pronto, a pesar de la ojeriza del pueblo. No gusta de superioridades. Separa de la cosa pública al conde de Aranda y a Floridablanca; destierra a Saavedra y a Jovellanos. Su política, arrastra a la nación a Trafalgar.

Napoleón hizo de él un instrumento y aun parece que lo engatusó con la corona fantástica de los Algarbes, así como, con otra intención, encatusara con Baratarias a su escudero, D. Quijote. La alianza con Napoleón quedó hecha y Portugal supeditado a los británicos, fué invadido por el mismo Godoy al frente de 60.000 españoles y 15.000 francos. Un combate sin gloria, el ofrecimiento de los lusitanos a acceder a las pretensiones del Emperador y el regreso del favorito, para cruzarse sobre el pecho una banda azul bordada por la reina.

Napoleón, queda dicho, jugaba con este joven calavera y con el viejo Carlos IV, y a su exigencia se firmó el tratado de Fontainebleau — 1807 — permitiendo el paso de tropas francesas por tierras ibéricas para agredir a Portugal, señal primera de la caída de España.

Peleados Godoy y el príncipe heredero, el corzo leonesco, con cuatro ejércitos metidos en la península, finge incli-

objeto de aumentar las rentas fiscales (1), cada día más insuficientes a causa del sistema monopolista, el exceso de gastos militares y la decadencia mercantil e industrial, los ministros de Carlos III acabaron por expedir un reglamento que se llamó del comercio libre (2), que permitía a los súbditos españoles de uno y otro continente, comerciar con casi toda clase de frutos, habilitándose para ello varios puertos de América y 6 en la península, además del de Cádiz, antiguo centro del monopolio.

Las franquicias comerciales fueron obra, en gran parte, del áspero marqués de la Sonora, ministro universal de Indias, a cuyo excesivo favor a sus conna-

---

(1) Impuestos había muchos; pero en América o se percibían en un mínimo o se escurrían entre las manos de los recaudadores.

Restrepo menciona los siguientes:

Alcabala de tierra; Alcabala de mar; Almojarifazgo; Armada y armadilla; Consulado, Destilación de aguardientes, Diezmos, Producto de empleos vendibles; Id. de Papel sellado; Id. de Lanzas; Id. de Bulas de cruzada; Estanco del tabaco. Uno de ellos, el diezmo, concedido a los reyes de España sobre América por el papa Alejandro Borgia, al principio invertido en fabricar iglesias y pagar a los ministros del culto, ya en 1541, por mandato de Carlos V, quedó divido en 4 partes: una para el obispo; otra para el cabildo eclesiástico, y las restantes a repartirse entre el fisco, curas y sacristanes, sin olvidar la construcción de templos y hospitales. En algunas partes, con el correr del tiempo, el fisco llegó a percibir la totalidad de los diezmos, asignando rentas a los eclesiásticos.

(2) Fué expedido el 12 de octubre de 1778. Ceballos falleció el mismo año, en Córdoba, España, en un convento de franciscanos.

je, y cuando, por causa de la guerra, no escapaban ni los buques correos a la zarpa británica y en el hemisferio occidental escaseaban los víveres. En tal situación, una escuadra española surta en la Habana, no se atrevía a darse a la mar, en tanto que los ingleses escoltaban a los barcos contrabandistas propios y de otras naciones, sin excluir a los de España.

El infeliz Carlos, que no pudo mantener su cédula buena, todavía permitió a sus favoritos, Godoy y sus amigos, enriquecerse con el monopolio de las harinas, mientras los patriotas españoles se hacían matar, invocando el honor, y España se caía a pedazos.

Los portugueses también ganaban en esta lucha, y en pos de la conquista de San Miguel por uno de sus aventureros (1), se completó la de las Misiones Orientales, cumpliéndose, de hecho, el olvidado pacto de permuta, sin que armas ibéricas, ni el haber el virrey Aviles libertado el año anterior cientos de familias indígenas, dándoles tierras en aquella región, pudieran evitar la conquista.

Habiendo pasado Avilés a virrey del Perú, lo subrogó del Pino. El Este no cesaba en su avance. La población misionera, reducida (2), desorganizada, entregada al vagabundaje, no podía oponer re-

(1) 1801.

(2) La población de todas las reducciones, no llegaba a 46.000 habitantes, según censo levantado por D. Joaquín de Soria, gobernador del territorio. 34 años antes, excedían de 100.000.

sistencia ni aún a los charrúas y demás indios silvestres. Contra los indios bravos envió Pino al oriental Jorge Pacheco, dándole por residencia Batoví, que, al igual de otras aldeas, no tardó en caer, por fuerza, en manos lusitanas.

En Europa, la suerte de las armas no favorecía a Portugal y hasta lo obligaba a demandar la paz, con pérdida de algunas ciudades y compromiso de cerrar sus puertos a Inglaterra (1). En el Plata alcanzaron igual cesación de hostilidades, concedida por Pino, contra el parecer del inspector marqués de Sobre Monte. El virrey olvidó tanto sus deberes que ni siquiera exigió la devolución de los territorios arrebatados.

En tiempo del gobernador Bustamante y Guerra, brigadier de la Real Armada, honorable y orgulloso, Montevideo, embellecida y arrebatada a la suciedad propia de las ciudades españolas, vió crecer su casco, poblarse de naves su bahía, multiplicarse su comercio: pero a este período próspero siguieron días de calamidades, determinados por los abigeatos de los riograndenses y una sequía terrible (2): la agricultura estaba yerta; los terrenos grietados; la campaña, en vez de verdor, cubierta de asfixiantes nubes de polvo; los ganados, sedientos, flacos y embravecidos, abandonaban en tropas el país cubierto de esqueletos y de podredumbre.

Para conjurar estos males, el Cabildo no encontró

(1) Tratado de 6 de junio de 1801.

(2) Verano de 1799.

mejor expediente que ordenar un público rogatorio a los santos patronos de la ciudad (1).

Negros y mulatos constituían media población montevideana. Hasta 1803 habíanse mantenido sumisos, mas en este año, tras ultimar algunas personas, pasaron en confusión a los campos (2), dispuestos a formar población aparte en odio a la raza esclavizadora. Sin embargo, a fuer de hechos a la servidumbre, no bien se levantó una horca y se ahorcó a algunos, retornaron a su antigua vida.

La ciudad contaba con 30 naves encargadas del servicio de vigilancia y del de correos, hasta Patagonia. Como plaza fuerte y puerto de mar, no sólo superaba a Buenos Aires, sino que le disputaba la supremacía en las operaciones comerciales (3); ventajas prontamente perdidas y pretensiones declinadas por no haber tenido al tiempo de su independencia

---

(1) Grande era la superstición de estos idólatras. El entierro de un niño — "angelito" o carne de limbo — daba lugar en las clases pobres a saturnales en pequeño. Durante el velorio, mate, bebida y baile "corrido". A son de clarín se llevaba al pequeñuelo, con luces y jarana, a su último asilo, alegre mascarada fúnebre, en la cual la concurrencia hacía lo posible en honor del muerto, por que no quedara sin reemplazante.

(2) Hasta los perros experimentaron este afán de emancipación. Muchos se hicieron cimarrones y formaron bandas que causaban grandes detrozos a la ganadería. Tal fué su número que el Cabildo hubo de obligar a los vecindarios campestres a cazarlos a escopetazos y ofrecer premios en dinero por los que matasen.

(3) Las de Montevideo excedían de 2.000.000 de pesos.

una clase social suficientemente numerosa, unida e ilustrada.

El resto del país, guarnecido por los "blandengues" (1), se vigorizaba y se poblaba (2).

(1) Milicias criollas de caballería, para contener las incursiones de los salvajes. Al pasarles revista, por primera vez, en Buenos Aires, el gobernador Andonaegui, blandieron sus lanzas. De ahí su nombre. El cuerpo de "Blandengues de la campaña de Montevideo" fué de posterior creación.

(2) A la villa de San José, fundada en 1781, habíanse seguido Belén y la Florida. Fundó a Belén — 1800 — Jorge Pacheco, con indios de Misiones.

## ASALTOS INGLESES

DESDE fines del siglo XVIII planeaba Inglaterra — desquite e interés — producir movimientos separatistas entre los colonos españoles. En ese sentido Mr. Dúndas, ministro de Relaciones Exteriores de S. M. B., daba instrucciones (1) a sir Tomás Picton, gobernador de Trinidad, y entre mira y mira mercantil, le escribía: "En cuanto a las esperanzas que Vd. tiene, de excitar el espíritu de aquellas personas con quienes está en correspondencia, para animar a los habitantes de Costa Firme a resistir a la autoridad opresiva de su gobierno, nada más tengo que decir sino que ellas pueden estar seguras de que siempre que se hallasen en tal disposición, recibirán de manos de Vd. todos los socorros que pueden esperar de S. M. B., ya sean tropas, ya armas y municiones en cualquier número. También puede Vd. afirmarles que las miras de S. M. B. no son otras que asegurarles su independencia, sin pretender ninguna soberanía sobre su país ni intervenir en los privilegios de los pueblos, ni en sus

(1) Abril de 1797.

derechos políticos, civiles y religiosos". Por ese tiempo andaban ingleses y españoles en agarradas feroces y todo autorizaba a míster Dúndas al empleo de procedimientos enérgicos. Terminó esta guerra sin consecuencias inmediatas y no tardó en sobrevenir otra en que figuraron españoles, bátavos y franceses contra la Gran Bretaña, en cuyo "soberbio aislamiento" sus políticos maquinaron, no ya la emancipación de las colonias ibéricas, sino su conquista, a cuyo efecto, hacia 1801, hallábase lista en Santa Elena una flota.

Diferido el proyecto por la paz de Amiens (1), ni se apaciguaron los ánimos ni mejoraron las relaciones, y antes aquéllos se inflamaron de más en más en las islas anglas, por haberse comprometido el rey español a subvenir a Bonaparte con gruesas sumas de dinero (2). En esas circunstancias, sin declarar la guerra, los británicos atacaron a los españoles en el mar. Inútil fué que D. José Bustamante y Guerra (3), en sus cuatro galeones se resistiese como un león en aguas de Cádiz. Inútil que con barras

(1) 1802.

(2) El ministro Godoy había comprado la paz a Napoleón mediante un subsidio de 6.000.000 de francos.

(3) Reemplazado en Montevideo por el general Ruiz Huidobro. A consecuencia del ataque a los barcos de Bustamante sobrevino la guerra (1804) y la alianza franco-española, desbaratada en Trafalgar.

Con motivo de la guerra, el virrey Sobre Monte, a mediados de 1805, autorizaba el corso contra los británicos y los montevideanos Berro, Errausquin y otros, armaron dos naves, que apresaron en las costas de Africa 8 buques ingleses cargados de negros.

de plata cargue sus cañones y los dispare al adversario. Al fin, él y los suyos y los caudales peruanos — más de 3 millones de pesos que conduce desde el Plata — o son tragados por el mar o atrapados por los atacantes.

En tal época, hallábase en Londres un agitador caraqueño (1), para tentar, por segunda vez, un

(1) El renombrado Francisco Miranda.

A pesar de sus años — había nacido en 1756 — desoía los dictados de la experiencia.

En Francia, frente a la coalición europea, había mandado el ala izquierda del ejército de Dumauriez, en la batalla de Neerwinder. Procesado por un tribunal revolucionario y condenado a deportación en la Guayana, bajo la inculpación de conspirar contra el Directorio en favor del futuro Luis XVIII, huyó de Francia, pasando a Londres, a principios de 1798, en compañía de otros hispanoamericanos, que, en fuerza de desear la independencia de sus pueblos, se decían sus enviados, lo propio que Miranda, ante las cortes europeas.

Armas y naves pide Miranda con que tentar un movimiento separatista en Costa Firme, asegurando que los Estados Unidos le darán 10.000 hombres, a trueque de las Floridas e islas, excepto Cuba, del mar antillano. Dos años después, anda todavía detrás de Pitt, con un proyecto de Constitución para el Estado que piensa formar con toda la América hispanolusitana. Será un imperio constitucional, con un inca por soberano, y una Cámara de caciques, sin que falten instituciones greco-latinas... Ofrece, para lo futuro, a Inglaterra, por los buques y armas con que lo auxilie, cascadas de libras esterlinas y la alianza de América. Como se comprende, el negocio no era más fácil que la venta del ave Fénix, tratándose de una persona sin ninguna especie de poderes. Pitt limitóse a darle vagas esperanzas.

Peor le fué aún en Norte América al caliginoso precur-

movimiento insurreccional en la América del Sud.

Desventurado *jetattore*, a quien se ve vagar de isla en isla en las Antillas británicas, hasta reaparecer en la hora oportuna como el genio infeliz de las colonias ibéricas, ahora se tornaba en oráculo del Nuevo Mundo, e iban a él, tal como en otros siglos a Delfos, los creyentes en vaticinios y los in-

---

sor, pues habiendo escrito al presidente Adams, Adams se negó a contestar a sus proposiciones.

Ahora, con la guerra de 1804, sir Picton, que continuaba en el gobierno de su ínsula, púsose al habla con algunos revoltosos de Sud América y republicanos españoles, logrando inundar, por el momento, la Costa Firme con papeles incendiarios, contra la dominación y miles de ejemplares de *Los derechos del hombre*. Nuevamente marchó Miranda a Inglaterra y Pitt confió a Melville, lord del almirantazgo, y a sir Home Popham la tarea de arreglar el negocio.

Era la expedición un hecho: Popham la ayudaría con una nave, tratando de apoderarse de un pedazo de América donde poder comerciar libremente.

Años después, el enjuiciado Popham, afirmará que la expedición al Plata, había entrado en los cálculos de ambos lores, a fines de 1803, y Melville, citado como testigo, declarará que "efectivamente", en aquel tiempo, había creído importante valerse de las negociaciones de Miranda para abrir mercados en Sud América y que, "efectivamente", algo de ello se había conversado con Pitt. Lo que hizo que el vivaz Popham arguyese que el continuarse oficialmente su empresa dejaba ver la hilacha británica. La nave de Popham no partió en 1804, por temor a un conflicto con Rusia, pero corridos dos años, el oro inglés permitía a Miranda organizar sus prematuras trágicas tentativas. Cosa natural, en este soñador y miope, el fracaso. La faltaba el arte de contagiar a los pueblos, según ocurre al mayor número de conspiradores.

teresados: de aquéllos Bolívar, San Martín y otros jóvenes americanos; de los últimos, tal cual inglés, y en particular sir Home Popham, valiente marino, un poco brusco, "asociado" a la empresa del caraqueño. Del fundar logias emancipadoras, del editar folletos pomposos y sonoros, del idear independencias, pasó el general Francisco Miranda, un tanto simple, visto a través de tanta distancia y de nubes de elogios (1), a ser instrumento de la política británica, alucinada ella también con los grandes mercados, y en particular con la región de las "montañas de cueros" (2).

En el otoño de 1805, partía Popham a la conquista de la colonia del Cabo y, consumada, pedía a Baird, jefe de las tropas, una parte de ellas con que atacar las posesiones de España.

Había sabido Baird, por boca de unos marineros, en otro tiempo residentes en el Plata, lo descuidadas que estaban militarmente las costas y ciudades del virreinato. Por esos mismos días (3) se puso al habla con el propietario de una nave negrera, frecuentador por su negocio de los puertos platenses,

---

(1) Por las dificultades, entre otras, que opone la distancia, sea en kilómetros o en años, la historia, si no una novela con fechas, viene a ser una ciencia conjetural y por decirlo así, la descripción e interpretación simplemente verosímil de los hechos humanos.

(2) Los rebaños del Plata ascendían, a fines del siglo XVIII, a 18.000.000 de vacunos y 3.000.000 de caballos, sin contar los ganados silvestres. Es posible que haya cierta exageración en estas cifras de D. Félix de Azara.

(3) Febrero de 1806.

el cual le dió seguridades de no ser difícil la rendición de Montevideo o Buenos Aires, y de que los nativos, en odio al dominio español, ayudarían al primer conquistador que se presentase.

Estos informes influyeron sobre el soldado, persuadiéndolo a ceder un regimiento, un destacamento de artillería y otra poca tropa (1), al mando de su segundo W. Carr Beresford, individuo culto y va-

---

(1) Núcleo de esta fuerza, que algunos estiman en 1635 hombres, el regimiento 71, mandado por el coronel Denis Pack, después uno de los generales de Waterloo. Belgrano, que peleó contra los invasores, les atribuye poco más de 1400 individuos y admira el valor y sangre fría del general Beresford, bien que en parte explica su éxito por la indisciplina española, tan inconcebible que, con el enemigo a la vista, las compañías de reclutas disputaban "con el mismo virrey", sosteniendo "que ellas estaban para defender la ciudad y no para salir a campaña".

Esta versión del gran Belgrano, bien diferente de las de todos los historiadores del Plata — llámeseles tal por complacencia — permitiría presentar a Sobre Monte, no como acobardado viejo, sino cual mandatario que después de haber intentado lo imposible, esto es, obligar al deber a una soldadesca voluntariosa e inobediente, se vería en la alternativa de caer prisionero o de abandonar la capital.

Como es sabido hizo lo último, y aun intentó reconquistarla con buen golpe de milicias que su antigua reputación agrupara en torno de su persona. Al regresar, seguido de su turba bélica, ya no había que hacer en la recuperada Buenos Aires, y lo que era peor para él, entregada a dictador heroico. A esta baja de su crédito, el hombre añadió el error de irse a meter en la Banda Oriental, acometida en esos precisos momentos por fuerzas muy superiores a las de Beresford, bien pertrechadas y por lo mismo irresistibles, si no se les oponía otra cosa que tropas colecticias.

leroso. No por menos valiente ni por menos culto ha de reputarse a Popham, aunque su temperamento y sus cualidades intelectuales eran contradictorios, haciendo de él, individuo de la Sociedad Real y autor de notables trabajos astronómicos e hidrográficos, un aventurero de los más audaces y sin contrapeso de juicio. En abril se hizo la expedición a la mar y al Oeste (1); llegaron a Santa Elena y allí Popham, con su verborragia contagiosa, obtuvo del gobernador insular un pequeño golpe de tropas. Al mediar 1806, anda reconociendo las costas de Castillos, peñazcos que dijéranse tallados por titanes, y más allá, dunas con el aspecto de la desolación, frente al eterno mar resonante. Busca desembarcar y, en intrépida marcha, sorprender a Montevideo.

Si tal hubiese hecho, las invasiones inglesas se recordarían como el arrebato de locura, aislado y estéril, de un hombre de mar, ajeno a toda noción de prudencia; pero habiendo a bordo personas conocedoras de los recursos de la plaza fuerte que se proponía copar, y además libros que ilustraban el caso, el hombre desistió de su idea (2), y poniendo proas a

(1) Eran 6 navíos de guerra y 5 transportes.

(2) Una goleta española, atrapada no lejos del Cabo de Santa María, le valió de algo, pues el piloto de ella, un escocés, se resignó a servir de práctico a los aventureros y a darles informes sobre las fuerzas de Montevideo y la debilidad de la capital, en la que, añadió, existía muchísimo dinero fiscal. Con esto, el consejo de otras personas y nociones más exactas — que no es de creer fuese por el decir de un piloto atrapado — mudó el plan de atacar a Montevideo, ya entonces consignado en sus "instrucciones generales" y, previo consejo de guerra, rumbeó hacia cos-

pachados los navíos indistintamente de puertos peninsulares o extranjeros (1). Era condición, no llevar ciertos artículos, expresamente prohibidos, abonar los derechos que establecía el reglamento de 1778 e introducir los retornos de frutos a diversos puertos peninsulares. ¡Qué grita épica levantaron con esto los comerciantes de España! Diríase no ya vacilante el trono, la Tierra en sus ejes y el mismo sistema sideral. Grita y clamoreo tales, que a los tres meses, otra cédula prohibía en absoluto las franquicias concedidas, estando muchas naves en via-

---

narse al partido de Fernando.

El favorito, el casi rey de ópera bufa, trata, al verse perdido, de persuadir a Carlos a que, llamando a la nación a las armas, arroje de ella a los franceses.

Invadida su tierra, como por una plaga de Dios, procura el favorito salvar sus tesoros y disparar a Méjico con la real pareja. Están en Aranjuez, en preparativos; pero en esas horas, el pueblo de Aranjuez se subleva, pide la cabeza del privado en estruendosas voces, asalta su palacio, lleno de riquezas como jamás las tuviera virrey venido de las Indias; y en su efervescencia las incendia. El aventurero, más muerto que vivo, se está día y medio oculto en un rollo de esteras, del cual, al cabo, impulsado por el hambre, sale y se entrega a la guardia. Al ser conducido a la prisión, el populacho lo hiere gravemente. Carlos abdica en favor de Fernando, y para salvar al tarambana de la banda azul, le quita todos los honores y empleos, le confisca los bienes y lo hace encerrar en un castillo.

Godoy murió en Francia muy viejo, casi en la miseria, pues aun cuando le fueron devueltos sus títulos, a los 40 años de su caída, no se hizo lo propio con sus bienes.

En Francia escribió sus memorias apologéticas del reinado de Carlos, en media docena de tomos.

(1) Real orden de 18 de noviembre de 1797.

vo durmiendo al frío de las heladas, porque no faltasen soldados ni pólvora en los fortines castellanos, y previendo una invasión, llenó de cuantas naves pudo — desde lancha a fragata — la amplitud del estuario, y no se durmió sino en la muerte; Olaguer Feliú, su reemplazante "a virtud de pliego" que para tales casos se abría, hubiérase batido, de seguro, con Beresford; y lo mismo otro marqués y teniente general, Avilés (1799 a 1801), y el ingeniero del Pino. Todos hubieran dado pechos al riesgo, en forma más conducente a la popularidad que lo hiciera este etiquetero sevillano, virrey desde 1804, y de quien escribe el deán Funes: "Un ápice de ceremonias lo ocupaba en igual grado que un asunto de Estado". "Más diplomático que militar", con ribetes de servilismo. Laborioso, honesto: "sus manos siempre fueron puras". En tiempos de Vértiz empezó a figurar — coronel entonces — y su actuación en Córdoba, donde estuvo de intendente, fué tan eficaz que aun hoy se le recuerda en la ciudad teológica y se le cita por dechado.

Almibarado, bueno, decente, cuánta no sería su confianza, que la noticia de estar invadidos sus dominios lo sorprendió de fiesta! El, con su empolvada peluca en la Comedia, y los rojos soldados de Albión sobre la capital!

Toda su acción consiste, mientras permanece en Buenos Aires, en observar con sus anteojos, desde lejana quinta, rodeado de su guardia, el choque de los jinetes del pobrecito viejo Arce.

Tras lo cual, mandando poner a buen recando los caudales públicos, la hejira a Córdoba, con sus bellas

hijas, y 6 horas antes de entrarla, sin divisar aun las torres de esta nueva Medina, orden al gobernador de la diócesis para que se le reciba con *Te Déum* y pompa del ceremonial... ¡Qué días le esperan a D. Rafael! Ha de tornar a Buenos Aires y se ha de encontrar destituído; ha de ir a Montevideo, y mientras inspeccione personalmente las murallas, los atrevidos pilletes de playa, los "mataperros" del populacho, que motejan a voz en cuello de *cuervos* a los curas y de *tormentas* a las negras, le gritarán como animándolo: Avance! Avance! Ojo a los ingleses! demostrándole su caída en los fangales de la impopularidad popular (1).

Montevideo, al saber lo de la conquista, ardió en coraje y así que Ruiz Huidobro hubo anunciado al Cabildo su intento de reconquistar la metrópoli, el alma guerrera de la ciudad ya no tuvo otros pensares que oriflamas, cañones, piafar de caballos.

---

(1) Al abandonar su capital, había ordenado a los jefes militares se replegaran a la Fortaleza, para alcanzar una capitulación, que el vencedor no quiso conceder. Copada la ciudad, declaró Beresford la libertad de comercio, y previa jura de fidelidad a la persona de S. M. B., dejó a los funcionarios en sus cargos.

A una su enérgica intimación de que se trajeran los caudales, 1.400.000 pesos enviados a Luján por orden del virrey, volvieron a la ciudad. Casi la mitad de esa suma fué enviada a Londres, en cuyas calles y en carros tirados por seis cabalgaduras, fué paseada con la inscripción *Tesoro*. El primer carro iba cubierto con la bandera de España. Al frente y costados, tropas con banderolas en que se leía en transitorias letras doradas: "Popham", "Beresford", "Buenos Aires", "Victoria".

Funcionaban juntas de guerra; se proclamaba al público; se alistaba voluntarios y cada pudiente iba por las calles con sus negros a enrolarlos como libertos.

El regidor Gestal había tomado a su cargo meterse en el campo enemigo y estudiar sus recursos, y en eso andaba y de sus informes estaba pendiente la partida de la columna vengadora, cuando, al par de los informes arribó, venido de Buenos Aires, el caballero francés Santiago Liniers, capitán de navío en la escuadrilla montevideana, y pidió 500 valientes con que tentar la reconquista.

La empresa, por mandato del Cabildo, estaba encomendada al gobernador. Liniers se puso bajo sus órdenes y así marchara si en tales momentos no apareciera en el horizonte la escuadra de Popham: 17 navíos. ¿Cuántos soldados? Se ignoraba, y la fantasía se entregó a su aritmética estupenda. Se temió por la plaza y el Cabildo, invistiendo al gobernador con los poderes de virrey, le ordenó se quedara y confiase la expedición a Liniers, que si tal no ocurre, no alcanzara el virreinato. Son estas las casualidades de la historia. Mas con Liniers o sin Liniers, la reconquista se hubiera producido, bastando la bravura del pueblo para debelar la Aventura. Expuso, pues, Liniers su plan en junta de guerra, presidida por Ruiz Huidobro, el flamante "Jefe Supremo del Continente", título sonoro y vacío. Ya estaba de antes alistada una columna veterana y aprestada una flotilla de 17 velas — de goleta a chalupa — y aún existía un plan de reconquista, debido a los capitanes Gutiérrez de la Concha, Cór-

doba, Michelena y demás jefes de la marina de Montevideo, plan que desarrolló con leves variantes el caudillo reconquistador.

*
* *

No se sabía a ciencia cierta el número de los invasores, pues el viejito Arce, a quien Beresford aventara en las playas de Quilmes, los calculaba en 4000, y otros en más. A Liniers, como jefe de mayor jerarquía entre aquel grupo de marinos, confióse, pues, la expedición, yendo por su segundo y jefe de la escuadrilla, Gutiérrez de la Concha, el mismo que debía caer fusilado, años más tarde, al lado de Liniers...

Todos los hombres capaces de empuñar armas, y hasta los incapaces de hacerlo, querían ir "a la guerra", y para evitar quizá el fracaso por entusiasmo, hubo el caudillo de oponerse, recordándoles que podían hacer falta en la ciudad.

La columna se acercaba a 1000 hombres. Excepto 120 catalanes voluntarios, que metieron gran ruido, y 18 aventureros, formábanla soldados de la guarnición y jinetes del país, unos 300 entre "Blandengues" y "Caballería de la Colonia" (1).

Los marineros de la flotilla ascendían a 500. Con

(1) Entre la oficialidad oriental, iban los Balbín, Ellauri, Chopitea, Salvañack, Larreta, Chain, García Zúñiga, etc., y los capellanes Zufriateguy y Larrañaga. De asesor de guerra, un gran poeta porteño, el autor de *Siripo*.

ellos iban 73 franceses, mandados por el bravo Mordeille, a quien sus camaradas llamaban "el manco", por haber perdido un brazo en la guerra.

La columna partió por tierra (1). Al anochecer llegaron a las Piedras, bajo una especie de diluvio. Durante dos días, detúvola el Santa Lucía desbordado. Al llegar a la Colonia, con la última tarde de julio, los esperaba la flotilla. Allí el jefe proclamó a la tropa con injuriante salida, advirtiendo que si llegaba a haber cobardes, él tendría un cañón a retaguardia. Llegados a su destino (2) y oída la hombruna respuesta de Beresford, al intimársele rendición: "Lucharé hasta el caso que la prudencia me indique", todos, más otros que se les juntaron en la marcha, doblaron al enemigo: primero, en sus trincheras; luego, en el Parque, en la plaza, en el Fuerte (3), en el último reducto, tomado al asalto. No hubo capitulación.

---

(1) El 23 de julio.

(2) El 3 de agosto se dieron a las olas y el 4 amanecieron a la vista de Buenos Aires y de la flota inglesa.

Desembarcaron con felicidad, tanto por ser los marinos conocedores del estuario, cuanto porque la fuerte pampera da dificultaba las operaciones de las naves enemigas.

(3) 12 de agosto. Ya sobre el Fuerte, los francos de Mordeille trajeron escalas para treparlo. Entonces aparece Beresford en el parapeto y se iza la bandera parlamentaria. Sostiene Mordeille un diálogo en francés con el británico y le garantiza la vida a él y a los suyos, si se rinden a discreción. El vencido arroja desde lo alto la espada y Mordeille se la devuelve por medio de pañuelos atados. Este bravo Mordeille, caído después en un charco san-

Quien más de capa caída andaba en esto, era el señor de Sobre Monte, alma leporina para todos (1).

Al regresar del interior, trayendo a la rastra tres millares de milicianos, reclutados en Córdoba, Tucumán y San Juan, hubo de oir, próximo a Buenos Aires, de labios de una comisión salida a su encuentro, la nueva de su deposición, a la cual no opuso sino trémulo veto, marchando con sus soldados a Montevideo, poco antes de desembarcar Anchmuty, sin tratar siquiera de apalabrarse con los individuos de la Audiencia, confabulados en su pro, bien que con escasa energía, pues cerraron el pico en cuanto oyeron amenazas de muerte, y poco después, vista

---

griento, bien merece una estatua.

Oficial de la marina francesa, manda en 1793 la *Brave Sans Culotte*. Cae prisionero de España y a poco comanda el navío *Concurrent*. En los primeros años del sig'o XIX aparece en las costas de América, como corsario al servicio de los españoles aliados de su patria. En 1805, en un crucero por el mar africano, toma al abordaje 5 fragatas inglesas.

Al salir Beresford al encuentro de Liniers, no faltaron sujetos que se acercaran al rendido, y seguramente alguno de los que no pelean, pero acuden a participar del triunfo, mostraría por palabras el valor retardado. Entonces fué cuando Córdoba gritó: — ¡Pena de la vida al que insulte al general inglés!

(1) Al siguiente día de derrocado Beresford, la intervención del pueblo en la Junta que celebraron las restauradas autoridades, se produjo la deposición de Sobre Monte y el encumbramiento de Liniers, a quien se concedió el mando de las armas y poco después el virreynato. Fué ésta la primera de las pueblada platenses, y también el primer acto de soberanía.

su triste figura en la Banda Oriental, lo mandaron prender por una partida de 160 soldados, capitaneados por el oidor Velazco, sin que faltase hasta notario, para dar fe del arresto de la alicaída grandeza (1).

En cambio Liniers, el ídolo de aquellas horas, conoce cuán fácil es la popularidad si se defiende como primero a una sociedad amenazada, y sin fiar en la victoria más allá de donde se debe, y previendo nuevas invasiones, llama al pueblo a las armas, facultando a los individuos para designar sus jefes, oportuna manera de asegurar su crédito y resguardar al país, aunque se vió más tarde que aquello era poner una mina cargada debajo del poder español.

Se forma así una serie de cuerpos: los de una provincia con sus comprovincianos, ya sean de América, ya de España; los gallegos se dan jefe gallego; los vascos eligen un vasco; los porteños, un porteño, o un hijo del virreinato, y por el estilo los demás, con la circunstancia de que los criollos se juntan por tradición y por afinidad: el pardo con el pardo ó el negro; la mozada "bien" con sus iguales, que no es cosa de mezclarse con mulatos y compadritos la juventud dorada, aunque esto también vendrá después. Resulta una milicia nacional: el cuerpo de "Patricios" (2) con su arrogante caudillo Saavedra, persona capaz de regir un pueblo y de soportar con dignidad el dolor del ostracismo; el

(1) Habíase resuelto devolverlo a España; pero mediaron influencias y la disposición quedó sin efecto.

(2) La "patricia" en este cuerpo, la oficialidad.

cuerpo de "Arribeños", o provincianos del litoral arriba; el cuerpo de "Pardos y Morenos". La caballería, casi toda nativa, forma varios regimientos.

Los españoles, buenos patriotas, hasta rayar en "jingos", forman sus regimientos de "Vizcaínos", "Gallegos", "Andaluces", "Miñones", "Montañeses". No faltan artilleros ni arcabuceros. Los bandos están creados: ahora unidos, ante el espléndido coraje de los agresores rubios; mañana, prontos a la guerra civil. La tierra empieza a vacilar.

Nada extraño que poco antes, Liniers, Mordeille y tantos veteranos y reclutas, en parte por conocer las calles bonaerenses palmo a palmo, entraran por ellas, henchido el pecho de aquella fe arrogante, seña de triunfo en quienes llevan resolución de vencer; nada extraño, tampoco, su victoria sobre los soldados venidos de lejanos climas a pegar un zarpazo a una sociedad belicosa y organizada, como si se tratase de una negra tribu; pero, con no tratarse de hazaña excesiva, por el placer anticipado de nuevos y mayores riesgos y de más altos timbres de gloria, aquella sociedad sentíase poseída del vértigo del entusiasmo y del orgullo de la propia grandeza, semejante a generoso corcel que ha respirado el vaho de la guerra.

En su ojo habíase fijado — imagen profética — ondear de banderas; en su oído, hallaban eco simpático no se sabría decir qué rumores de truenos andinos dormitantes, como en el flanco de una nube, en la entraña del tiempo.

Popham, con rara terquedad, permanecía en aguas orientales y a la par que impedía el tráfico daba a

entender que esperaba nuevas escuadras. La primera en unírsele, trájole 1400 soldados e infundióle confianza para intentar un desembarco en el Cerro. Rechazado por la ínfima guarnición (1), en desquite disparó algunos cañonazos sobre Montevideo y aun no disipado el humo, vióse que sus naves tomaban hacia el Este y se temió por Maldonado, que en efecto cayó y fué entrada a saco (2).

*
* *

El triunfo de Beresford había causado en Londres entusiasmo casi frenético, dando lugar a grandes fiestas populares. El segundo acto, la reconquista, no quitó un ápice a la esperanza de otra América inglesa. En el gobierno, en la Bolsa, en todos los barrios no se hablaba sino del Plata y este nombre sonaba por igual en las altas clases y en las canciones de la muchedumbre. Ahora las miras del gabinete comprendían la totalidad de la América española. Sir Samuel Auchmuty, famoso en todo el

(1) 28 de octubre.

(2) Tomaron Maldonado, la isla Gorriti y, tras un combate, San Carlos.

Partidas blandengues, unas veces mandadas por José Artigas, otras, por José Rondeau, fingen ejércitos fantasmas; pegan zarpazos y arrean, tierra adentro, hasta la última vaca, viéndose el invasor en el caso de enviar columnas a campaña, para no perecer de necesidad.

reino (1), había sido enviado, al conocerse lo de la conquista, a reforzarla con 4300 guerreros. Venían, además, el contralmirante Stirling, para reemplazar al turbulento Popham (2), y centenares de artesanos y mercaderes (3).

Tras Auchmuty lanzóse otra expedición: 4200 soldados con el brigadier Craufurd, para conquistar el reino de Chile (4); pero habiéndose sabido, en tanto navegaba, la derrota de Beresford, rápidos veleros partieron de las costas inglesas y transmitiéronle la orden de dirigirse al Plata, para donde se

---

(1) Al salir la expedición Auchmuty, aun no se conocía en Inglaterra la caída de la situación inglesa en el Plata.

Era Auchmuty un sajón, nacido en New York, hijo de clérigo. Sus primeros estudios habían sido teológicos y hubiera vivido sobre la Biblia a no ser su ardiente carácter. Y ahora viene convoyado por el navío *Ardent*, a ponerse a las órdenes de Beresford, después de haber guerreado en la América del Norte, en el Egipto y en el Indostán, donde llegó a brigadier.

(2) En 1814 se le vuelve a ver figurar de contralmirante en las flotas de S. M. B.

(3) El inglés que tantas veces intentara abrir a cañonazos los puertos de América, mal podía dejar de enviar con sus generales mercaderes y mercaderías a cuya compra estaban hechos los colonos de España. Esta, con procedimientos chinos, había fomentado de tal modo lo que procuraba evitar, el trato con los extranjeros, que los mismos comerciantes ingleses se engañaron en esta oportunidad, al suponer que sus manufacturas producirían el efecto que en otros tiempos, entre los indios, los avalorios de Colón.

(4) Esta expedición había salido de Portsmouth. Mandaba las naves el almirante Murray.

expidió en seguida otra armada, con Whitelock (1), como jefe supremo de todas las fuerzas, cerca de 12.000 veteranos (2).

La presencia de las naves de Auchmuty en aguas de Maldonado, produjo la consiguiente alarma; Ruiz Huidobro que se hallaba enfermo abandonó el lecho y movilizó fuerzas, precaución no infundada, pues Auchmuty, que al penetrar en el Plata supo lo de Buenos Aires, habiendo hallado el vivac de Backhouse en la Punta de la Ballena, con tropas del Cabo, le propuso, lo mismo que a Stirling, la heroica locura de copar a Montevideo (3). Deliberan y en sus fogosas cabezas inglesas—que en empresas tales los ingleses son cabezas de fuego—resuelven venirse sobre la muralla de la plaza fuerte. Pronto diéronse a la vela y sus más de 100 naves hicieron su aparición a lo largo de la isla de Flores. Avanzando más, pudo en la tarde ver el inglés cómo en las playas hormigueaban los provincianos de Sobre Monte — cosa de 3000 jinetes — sin noción hasta allí de lances de guerra. Desde su buque intimó el sir a la plaza que se rindiera. — Montevideo no se rinde! contestó el marqués, y entonces los britanos, tras parsimoniosa espera, desembarcaron en las dunas del Este, recortadas por juncos y ásperos cac-

(1) El teniente general Jhon Whitelock salió de Inglaterra en marzo de 1807. Traía un refuerzo de 1.630 soldados.

(2) Vinieron también varios millares de civiles.

(3) Contaban con los "Rifleros", "Granaderos", una compañía del 71, 4 regimientos de dragones y las gentes de mar mandadas por Lumley. Total 6.000 hombres.

tus: El marqués deja el campo (1). La invasión avanza en tres columnas, encabezadas por tres bravos: Browne, Lumley, Backhouse, sin preocuparse de algunos cañonazos. Vienen por el camino que conduce a la plaza, cubierto de la vegetación del verano, bordeado de altos pitones y salvia silvestre, y como se les hace fuego a tercerola y a metralla, cargan al fin furiosamente a la bayoneta y pueden acampar tranquilos. Los jinetes de Sobre Monte van a dar a cuatro leguas de distancia.

El pueblo quiere correr al campo, batirse. Ruiz, que ha empeorado, a pesar de la fiebre va al Cabildo y cede a la locura pública. Vuela un chasque a las Piedras, a pedir el regreso de la caballería. Una nube de jinetes viene a revienta caballos, pero tan ajetreados y sudorosos, que es fuerza diferir la pe-

(1) El ex virrey, incorporado de propia voluntad a las fuerzas de la plaza, habíase dirigido hacia el Buceo con 800 infantes, 8 cañones y alguna caballería. Estas fuerzas y su jefe se limitaron a mirar como gansos desde unas lomadas. Después de un rato, algunos audaces se aproximan. Una nave hace fuego. ¿Son acaso salvas inglesas? Lo son, pero a bala.

Además de los jinetes sobremontinos, la plaza contaba con un cuerpo de valientes marinos españoles y un pequeño grupo de lobos de mar, los franceses de Mordeille, que éste había sacado de "El Oriente" y otro de sus buques. Tropa de tierra: los "Miñones", todos catalanes; "El Fijo", regimiento permanente de la guarnición, dos cuerpos de caballería y las milicias criollas "Voluntarios de Carlos IV".

Esta gente ha sido calculada en 2.100 individuos, pero es probable que fuesen bastantes más. Entre cañones, culebrinas y morteros, las murallas contaban con 180 bocas de fuego.

Buenos Aires, sus tropas bajaron en la playa de Quilmes (1) y de la playa, en 48 horas, se plantaron a las puertas de la metrópoli y entraron en ella, en tanto el virrey, en su carroza, se alejaba a tierras de Córdoba, donde esperaba, gracias a su antiguo prestigio en la localidad, levantar ejército y volver por el desquite.

Los avisos de Ruiz Huidobro de que la fragata *Leda*, vista por la guarnición de Santa Teresa, venía observando las costas de días atrás, y luego el anuncio de la presencia de la escuadra inglesa en el río, no habían alarmado al virrey. Pensaba el marqués que sólo se trataba de corsarios o contrabandistas. Era este marqués D. Rafael, brigadier desde hacía 11 años, pero antes que para la guerra, nacido para los salones. De los doce virreyes del Plata, de Ceballos a Elío, ninguno estuvo más desprovisto de arrestos militares. Ceballos (1777 a 1778) era un batallador fogoso y por sus calidades, más para rey que para vice; Vértiz (1778 a 1783), unía a la intrepidez serena, amplitud de miras y capacidad para los detalles; el avinagrado marqués de Loreto (1783 a 1795), dura mano, inaccesible al temor; Arredondo (1795), amaba blandir de lanzas y tremolar de banderas, sobrándole para la guerra bravura, y honradez en todo; el mariscal de campo Melo de Portugal (1795), con ser humano, cortesano, "septuagenario, voluptuoso, dulce y pulido", lleno de achaques andu-

---

tas argentinas, dejando a la *Leda*, en exploración al E. del estuario.

(1) 25 de Junio.

se vuelve, mísero viejo, capitán de los voluntarios del Uruguay, y lo volfea una bala (1).

La muchedumbre batida entra a la plaza y al ver al Cabildo en sesión secreta se alborota contra imaginarias traiciones. Hay que decirle que se trata de combatir así que lleguen refuérzos de Buenos Aires (2).

Dueños de los suburbios, avanzan los vencedores en porfiadas guerrillas, sin que les ofenda mayormente el fuego de las cañoneras, puestas junto a la playa del N. O., ni les impida levantar baterías.

Desde la Aguada inicia una de ellas el cañoneo, coreada por 11 navíos acoderados frente al Cubo del Sud. Un centenar de cañónes pega en el oído de la plaza, con ronco, prolongado trueno. Saltan, como juguetes, trozos de muralla y artilleros y cañones, entre juegos de luces y halos de humo fantasmagóricos. La corona de bronce de Montevideo vacila en sus sienes. Una segunda batería, tira bala rasa contra el Cubo Sud, desde 600 metros. Convergen allí los fuegos, pero notando el ancho espesor de la obra, alzan otra batería más próxima y le meten 8 piezas de bombardeo.

Pronto caen por tierra grandes trozos de muralla. Las brechas, y en particular la del portón de San Juan, son tapiados con sacos de arena y millares de

(1) Las bajas españolas oscilan, en los documentos, entre 600 y 1.000; las de los ingleses no pasaron de 200.

(2) Vinieron 450 jinetes con un brigadier. Liniers, que desembarcara con 3.000 hombres en la Colonia, no llegó a tiempo por falta de cabalgaduras.

cueros, hasta que todo se viene abajo el último día de enero, en que naves y fuertes abren un boquete como una calle. Llueve allí bala y es para quitar los escombros. La especie de aérea escoba metálica, limpia con resoplidos de muerte. Están barriendo ciento y tantos cañones, a 200 pasos. Por la noche, vuélvese a tapiar el siniestro agujero con un Pelión de pieles de toro. Ya no quedan en la plaza artilleros. Hálos volado sistemáticamente el cañón enemigo, que de igual suerte ha descabezado bastiones. Los asediados caen de sueño y fatiga. Auchmuty torna a exigir rendición (1). Que truenen todos los cañones. —No nos rendimos! Al otro día, el inglés acuerda el asalto. Las noches las vienen peleando desde el 20 de enero, y ¡ay! en ésta, como boca de lobo, se le da unos tragos de caña a la tropa sitiada para sostenerla, no para retemplarla, y el terrible alcohol, que embravece y ofusca, ha dormido a muchos, y ahora sueñan quién sabe qué ensueños junto a los fosos, sin oir el triste ¡Centinela alerta! ¡Es el 3 de febrero. Ya ha cantado el guardián nocturno: "Las dos han dado y sereno!" No tan sereno, amigo de linterna y chuzo! Los ingleses, agazapados, silenciosos, vienen a la hila en columnas. Erran, según algunos, un cuarto de hora sin dar con el boquete, bien guarnecido; pero otros hablan de unos treparroças que avanzan "por las rocas del Sud", imponentes y resbalosas, y entran al recinto, sin que se les sienta, y así corren ladrando y aullando hasta encontrarse en la brecha con un montón de solda-

(1) 1.° de febrero.

dos dormidos, que despiertan a culatazos y a tiros.

Hacia allí, veloz viento de muerte, corre por de fuera, una columna. El cañón español abrasa a esta masa exterior y a las sombras furiosas que pelean muros adentro. En ese jadear, un regimiento enemigo trepa el Pelión de cueros y pierde, sin parar, 240 hombres. El caballero Mordeille vela allí, en la brecha. Y por que se pierde tiempo en cargar los viejos fusiles, unos y otros se acuchillan y bayonetean, pataleando en el mismo charco de sangre, sin reconocerse amigos ni enemigos.

Mordeille, el Bayardo, ha sucumbido. Alrededor de cada cañón, hay para dos versos de Homero. Los batallones recuerdan salamandras de oro y sangre. La ciudad es toda ronca luz bajo el inaguantable trueno. Los cañones hacen el día. En las calles, en las azoteas, en la catedral, se pisa sangre. Al fin cae San José, la fortaleza fantasmagórica del poniente (1).

*
* *

El sol está alto y todavía tremola la bandera de España. A las 8 cae como águila herida. Ruiz, que ha parlamentado, para sí nada pide. Exige, en cambio, el respeto del culto y la garantía de la vida, honra y hacienda de los demás.

Bien, Ruiz Huidobro! aun cuando tú y tus bravos

(1) Las bajas de los vencidos fueron 1.400. El vencedor tuvo 540 muertos.

vayáis a los barcos y de los barcos a las prisiones de Inglaterra. Riguroso es el inglés, pues os conduce a sus amarillas brumas y por espacio de tres días hace apatrullar las calles y capturar sin distinción a quienes por ella se aventuran. 650 son los prisioneros mandados a Londres. Acompañado de qué tristes ideas irá el gobernador, en los instantes mismos en que su patria le envía el título de virrey! 3.000 soldados británicos acampan en la plaza y 2.000 comerciantes y aventureros en carpas, en los sitios baldíos. Auchmuty juramenta a la autoridad civil y 48 horas después dicta una "proclamación" que obliga a evocarlo con severo pensamiento (1).

---

(1) Texto del bando:

"Del Excelentísimo señor General, caballero don Samuel Auchmuty, comandante en jefe de las tropas de S. M. B.

PROCLAMACION

Por la presente proclamación se ordena y manda que cada Barón, vecino de esta ciudad, y su vecindario, comparezca en la Plaza Mayor y en presencia de los Magistrados, y, otros oficiales británicos que serán nombrados para tomar el juramento de sumisión, fidelidad y obediencia a S. M. B. y su gobierno, a este efecto deberán presentarse los vecinos entre las horas de las ocho, por la mañana, y cuatro de la tarde, de los días seis y siete del presente mes.

Queda también ordenado y mandado que los dichos vecinos traigan consigo y entreguen al mismo tiempo, y en la Plaza, todas las armas de fuego, y todas las demás armas de ataque y defensa, como también cualquier especie de munición, a los oficiales que serán nombrados para recibirlas; y queda públicamente y ampliamente notificado a todos los que pueda pertenecer, que cualquiera persona de cualquier condición y estado, que desobedeciese u evadiese esta orden será embarcada como prisionero a Europa; y

Bandos por ese estilo menudeaban, pegados en las esquinas, según costumbre de los tiempos. Disponen que las casas de comercio cierren a las 8 de la noche, bajo pena arbitraria; que las gentes coloquen sus nombres en tablillas, sobre las puertas de sus casas, so pena de perder sus bienes; que nadie deje pernoctar a persona alguna de fuera en su domicilio, así sea hermano o padre, sin previo aviso a la autoridad. Quien esto haga, pierde su hacienda, y si no tiene hacienda se le deporta. Y tú, mísero pernoctante, serás tratado "por la ley de las armas". El desacato del esclavo a su señor queda penado con la muerte.

Al servicio de la conquista pone un órgano de publicidad, *La Estrella del Sud*, que en jerga bilingüe entona himnos a la situación nueva. No te desgañites, ¡oh *Estrella del Sud!* Nadie oye tu voz. Tu es-

además de declararse por la presente, que un premio de 500 pesos fuertes serán pagados a cualesquiera persona que dé información de cualesquiera habitante o persona que tenga armas escondidas; y que todo esclavo que diese tal información será remunerado con su emancipación o libertad.

Además queda ordenado y mandado, que todos los jefes de las oficinas y demás departamentos que hayan huido de Montevideo, y que no volviesen entre el día de la fecha o antes del día 12 de este mes, con sus libros, papeles y saldos de cuentas, no serán permitidos de residir en ningún tiempo debajo de la protección del gobierno británico y su propiedad de cualesquiera descripción será confiscada.

Todos los poseedores de casas en Montevideo que no vuelvan a reclamar lo mismo antes del día primero del próximo mes, no serán después permitidos de volver y sus casas y propiedades serán confiscadas.

Dada al cuartel general el día 5 de febrero de 1807."

tilo mercantil y bíblico no suena bien a estos latinoamericanos (1).

En el Oeste y en San José opera Pack (2), cuya cabeza ha puesto a precio el Cabildo de Buenos Aires, porque después de jurar no empuñar armas contra estos países, falta a su deber de caballero. A entenderse con él vá el presuntuoso coronel Elío.

Con los 500 hombres que Liniers le ha confiado asalta la Colonia. Pack huye al campo; pero rehaciéndose cae con intrepidez sobre el español y le quita la plaza.

---

(1) Aparecía los sábados. Entre otras verdades, llamaba a España "el esqueleto de un gigante".

(2) Prisionero de Liniers, evadido.

Liniers, había firmado a Beresford, para salvar su reputación militar ante las autoridades inglesas, un documento secreto, según el cual los rendidos habían capitulado. Beresford y otros oficiales prisioneros en la Guardia de Luján, en la relativa libertad que se les permitía y llegaba al punto de que organizasen fiestas campestres, diéronse a divulgar especies contra la dominación española y a incitar al elemento criollo a emprender su emancipación.

Descubiertos, se dispuso su traslado a Catamarca; pero sabedores de ello, faltando a su palabra, fugaron a Montevideo, mediante la complicidad de dos sujetos americanos: Manuel A. Padilla y Saturnino Fernández de la Peña, antiguos agentes del general Miranda en Río de Janeiro, y pensionados con 300 y 400 libras anuales por el gobierno de S. M. B.

Montevideo ya había caído en manos de Auchmuty y los fugitivos, en el deseo de justificarse, intentaron hacer valer el documento aquel y aun se quejaron de malos tratamientos, amenazando a la Real Audiencia de Buenos Aires con el envío a Inglaterra de los prisioneros españoles si no daba inmediata libertad a los prisioneros británicos.

En Montevideo se conspira a toda hora. Descubierto un complot, sus agentes son condenados al suplicio.

Sin embargo, cuando el tambor bate, Auchmuty, político o magnánimo, ¡quién puede saber cómo sentía aquel rudo corazón británico, aquel sir salteador de ciudades, visto como un procónsul al través de sus bandos! conmuta la pena.

Corriendo mayo arriba Whitelock a Montevideo, munido de poderes políticos y militares, casi a la manera de un virrey (1), y al mes parte al asalto de Buenos Aires, cuyos defensores son en su mayoría criollos, bisoños (2). Los invasores desembarcan

---

(1) Sus instrucciones le mandaban no innovar nada y respetar a los habitantes. El hombre, no bien desembarcado, publicó una proclama en *The Southern Star*, la hojita semanal citada, en la cual hacían de traductores del texto inglés, el boliviano Padilla y el español Cabello Segundo de Whitelock, Levison Gower. El 14 de junio arribaron, con 32 trasportes, las tropas de Murray y Craufurd.

(2) Las fuerzas inglesas partieron de la Colonia, en número de 7.822 hombres, fuera de jefes, oficiales y marineros. Pisaron tierra argentina el 28 de junio, en el rigor del invierno. Sobre el efectivo de los atacantes, los historiadores patrioteros no vacilan en afirmar: 11.500 soldados. Historiadores de otra especie rebajan en uno, en dos y hasta en tres y cuatro millares ese efectivo.

En las tres plazas orientales quedaban guarniciones. En el gobierno de Montevideo, Gore Browne. Las 4 divisiones de asalto las mandaban: Craufurd, Auchmuty, Lumley y Mahon.

Liniers había conseguido organizar un ejército de 8.584 plazas; de ellas, unas 13 centenas veteranas. Fuera de las guarniciones disponía de 7.000 para la batalla. Formólas

en Barragán y avanzan hasta los Corrales, aventando a su paso las fuerzas del país. Derrotado el virrey (1), alienta a la multitud el enérgico alcalde de primer voto D. Martín Alzaga. El Cabildo resuelve defender la ciudad y aunque no hay tiempo para abrir fosos ni formar barricadas, hace zanjeár calles, colocar baterías a la entrada de la plaza mayor, retroceder las divisiones que volvían e iluminar la gran aldea, donde cada hogar intenta convertirse en fuerte. Jovenzuelas, madres de familia, suaves ancianas, andan bravas como enjambre de avispas.

---

en tres brigadas al mando de los coroneles Balbiani, Velazco y Elío. La reserva la regía Gutiérrez de la Concha.

(1) Investido por la Real Audiencia, tribunal establecido en Buenos Aires desde 1785, con la jefatura política y militar del país, Liniers había salido de la ciudad con sus fuerzas y hallando en el Riachuelo, sobre un puente, a la columna de Gower, o sea la vanguardia enemiga, de apenas 2.000 hombres, dejó escapar la victoria, en la mañana del 2 de julio.

Habiendo pasado el virrey el puente de Barracas — cuenta uno de los capitanes, Martín Rodríguez, en sus frágiles *Memorias* — y notando que el inglés hacía un movimiento de flanqueo, en vez de presentarle batalla, mandó el grueso de sus tropas para la ciudad, y con unos 2.000 tomó el rumbo de los Corrales.

Quienes volvían a la ciudad, desde el puente, como llevasen 48 horas sin dormir ni comer, al entrar a ella sentábanse en los umbrales y quedaban dormidos, "sin que hubiese poder humano que los hiciese marchar". A las 10 de la noche no quedaba nadie en el ejército, "a lo que contribuyó la noticia de la derrota del señor Liniers en los Corrales de Miserere". Derrotado, perdido en la oscuridad y abandonado de los suyos, el caudillo "pasó la noche en un rancho".

No ven en el inglés al conquistador, ven al "hereje" que se burlará de sus santos, altares y ramas de olivo (1).

Liniers llega a la capital y acaba de organizar la defensa. Comprende que esa debió ser su primer tarea, sin dejarse llevar de sus impulsos franceses. El, que ya ha conocido la derrota en Trafalgar y el triunfo en América, toma la resolución de los discretos: enfila la artillería en las calles, distribuye hábilmente sus tropas, sin olvidar las azoteas, y espera tranquilo.

Cada azotea se convirtió en atrincheramiento. Las calles se llenaron de cortaduras.

Los invasores, salvo la brigada de Mahon, inmovilizada en Quilmes, sin pedir ni recibir órdenes, hasta después que Whitelock hubo capitulado, se concentraron en los Corrales durante los días 3 y 4. Desechado el proyecto de bombardear la ciudad y

---

(1) Al fin podían tener razón, aun del punto de vista del progreso, si se considera que las sectas protestantes, por su apariencia de liberalidad o de libre examen, prolongarán algunos siglos la agonía del cristianismo.

No pelearon tanto los españoles por la patria, ni por el rey "que Dios guarde", cuanto contra la impiedad: lo propio que hicieran antes en la hueste del Cid o bajo las estrellas mejicanas. Por la piedad esta vez, y por el monopolio.

Las tropas invasoras, desoyendo las instrucciones de sus generales, no respetaban gran cosa las creencias del pueblo que venian a embravecer. Durante su marcha, al pasar por la estancia de Martín Rodríguez, "echaron abajo la puerta de la capilla (nos dice el general), tiraron los santos, los arrojaron al patio, hicieron pedazos el altar, sacaron los ornamentos y anduvieron con ellos burlescamente puestos".

el de sitiarla, triunfó la proposición de Gower: el asalto, fijándose para su ejecución el 5. Durante la acción, Whitelock y Gower se quedaron en el cuartel general, con la reserva, sin noticia de los cuerpos entrados a la plaza.

Esto redujo el efectivo del ataque a poco más de 6000 individuos (1).

---

(1) El ataque se inició de madrugada.

"La división que emprendió la marcha por la calle de la Ranchería, no pudo llegar sino hasta la casa de la virreina viuda, aunque la artillería llegó a la plazoleta. Allí quedaron muertos todos los artilleros y las bestias que tiraban los cañones. Sólo un inglés se avanzó hasta la puerta del Correo y allí murió. En la casa de la virreina, donde se asilaban muchos ingleses, "por los caños de la azotea corría la sangre a la calle". (Martín Rodríguez, *Memorias*).

Whiterlock, después de haber tenido más de 1.000 muertos y otros tantos prisioneros, pidió capitular desde su cuartel del Retiro. En esa situación, Alzaga manifestó al virrey que debía exigírsele el abandono del Plata, sin excluir a Montevideo. "Es un disparate", contestó el alto mandatario, pero como el alcalde insistiera, acabó por ceder y Whitelock lo mismo.

(Rodríguez, que sería un pésimo historiador, no hizo otra cosa, en esto, nos parece, que recoger una versión alzaguista, quizá bastante posterior a las horas de la lucha).

En la tarde, ya firmadas las capitulaciones, grupos de pueblo piden a gritos la talentosa cabeza de Pack, que está a la mesa del vencedor, en el Fuerte, y a tanto llega el clamoreo que el virrey tiene que pegarle un guantón a uno de los gritones.

El 17 de julio, los ingleses abandonan a Buenos Aires y poco después F. Javier Elío, nombrado por Liniers gobernador provisorio de Montevideo, parte para dicha ciudad, y permanece 8 días sin recibirse del mando, a la espera del

Los invasores, exigida la rendición, llegan, batiéndose furiosamente, a 600 pasos de la plaza mayor. En su poder, varias iglesias y el Retiro. Ya tocan al asalto de las últimas trincheras.

En ese instante el pueblo se echa a la calle. De todas las azoteas se disparan tiros, se arrojan piedras, muebles, líquidos hirvientes.

El asalto degenera en desbande. Unos, huyen por la ciudad desconocida; otros se meten en las casas y piden piedad a las mujeres que ese día no conocen el miedo y andan con sables y trabucos; chicos de diez años abocan pistolas a la cara de los oficiales de Whitelock. Al otro día, el generalísimo británico, capitula, comprometiéndose a evacuar el Plata.

Así desapareció el poder inglés de estas regiones, yendo sus agentes a purgar en su país la mala ventura de sus armas: Popham, pasó por un consejo de

---

reembarco de la guarnición británica.

Al cabo, el 9 de septiembre, mientras yanta Elío en compañía de Martín Rodríguez, estando la flota anclada frente a la plaza, oyen el trueno de un cañón. "Salimos corriendo á ver lo que era, y ya vimos la escuadra toda a la vela. Era una ciudad en medio del mar".

Muy honrados fueron por España los vencedores de Inglaterra. La primera vez, con motivo de la derrota de Beresford, el monarca concedió a Montevideo, por su iniciativa, título de "Fiel y Reconquistadora"; a Liniers el rango de brigadier de marina; a Ruiz Huidobro, el de virrey y jefe de escuedra; pero cuando llegaron estas nuevas, ya el último no estaba en el Plata.

Con motivo de la segunda invasión, ordenó la corte a Liniers premiase a cuantos se hubiesen distinguido en la lucha. A Martín Rodríguez le tocaron, "como 60 leguas de campo en la Banda Oriental".

guerra; Beresford, quedó oscurecido, aunque reapareció después, sirviendo a las órdenes de Wéllington; Whitelock, fué echado del ejército.

La victoria trocó a Liniers árbitro del Plata, y entendiéndolo así, el gobierno confirmó su dignidad de virrey interino. También lo promovió a jefe de escuadra, siéndole conferido más tarde por la Junta Suprema, título de Castilla y pensión anual de 100.000 reales de vellón. El tomó el título de conde de Buenos Aires (1).

---

(1) Al anunciar su ennoblecimiento oficial ¡triste condición de los humanos, desconocer su intrínsico mérito y pagarse de papeles! manifestaba (en circular de mayo de 1809) que lo usaría con esa leyenda, "en tanto Su Majestad" no resolviera otra cosa. ¿Qué iba a hacer, en esto del título, la majestad prisionera? La Junta no era quién para decretar semejantes distinciones y sólo, medio siglo después, cuando ya no tenían valor en el Nuevo Mundo estas pamplinas, a instancias de interesados, Isabel II ratificó aquel decreto.

Contra la adopción del título de conde de Buenos Aires protestó con gran energía el Cabildo de la época, cuya primer figura, Alzaga, llegó a odiar a Liniers por la preferencia que los ciudadanos le demostraban. Lógico que así sucediera. Que a un envanecido comerciante, enriquecido con el monopolio, prefiriese el pueblo al hombre de mar, habituado a las tormentas, tratable, bueno, liberal, aunque a bordo tuviese la cámara llena de imágenes de santos. Elío y Concha fueron también recompensados. Al primero se le nombró jefe de escuadra. Al segundo capitán de navío y se le promovió al gobierno de Córdoba, que vino a ser como su sentencia de muerte.

lea. La noche pasa en agitación. Al alba de enero (1) sale de la plaza el pequeño ejército (2). Marcha por el bajo de la Aguada, evitando el fuego del mar que barre la pelada loma por donde corre ahora la principal calle de la ciudad. A las 7, llegan a *El Cristo*, entre charangas y banderas, yendo de frente al enemigo por angosta senda. Calle española de 10 metros de anchura, con zanjas a derecha e izquierda; con pitas e inclinadas higueras y espinosas opuncias. Siguen así, entusiastas, una milla adelante, arrollando a las avanzadas rivales; mas he aquí que de pronto, 1500 ingleses, que están panza en tierra en un maizal, se yerguen eléctricamente y fusilan la columna a 15 metros. Sobre la sorpresa arremolinada, saltan, fusil en mano, las rojas casacas y hacen una espléndida carnicería. Lecocq hinca espuelas a su caballo hasta sacarle sangre y dispara sin alientos a la campaña. ¿Qué extraño que el general Huye, o sea el marqués de Sobre Monte, haga lo propio, ya que no ha nacido para morir peleando, como acaba de hacerlo el capitán Francisco Maciel, a quien llaman "el padre de los pobres"?

Tras el bayoneteo, los ingleses tiran metralla sobre los fugitivos.

Los bravos de Mordeille y los del "Carlos IV", en vano gritan, al salir del atolladero, pidiendo ayuda a las gentes del virrey. Uno, uno solo de los jinetes,

---

(1) 20 de enero.

(2) Algunos le asignan 2.372 plazas; otros 3.000; quien, el doble. Lo mandaban el brigadier Bernardo Lecocq y el mayor de plaza F. Javier de Viana. Dos ineptos.

más inevitable que se traduzcan. Confirmados los poderes de los gobernantes platenses, la discordia estalló entre las dos tendencias: la española, acaudillada por Alzaga y Elío; la nacional, por el virrey.

Elío, basado en sus cañones (1), aspiraba secretamente a un régimen absolutista. ¿Cómo lograr esto, sino desacatando a Liniers? Con todo cálculo, esparció la especie de que el virrey pensaba destituirlo y elevó no al virrey, al Cabildo de Montevideo, renuncia de su cargo (2).

Virrey y Cabildo debieron creer que el hombre estaba loco, y cuando sus parciales se lanzaron a la vía pública, dando vivas y mueras, y fueron al Ayuntamiento a pedir que continuara en el poder su semidiós, allí se les informó que el virrey nada había resuelto en su contra. Con esto se serenaron, mas habiendo venido una nota virreinal, ordenando se enjuiciara a los promotores del motín, Elío tomó pie para contestarla con insolencia y manifestar que "en el terreno de las reclamaciones" estaría con los del alboroto. En ese terreno ¿qué buscas, exaltado blasonador Elio? Si buscas la caída del virrey, en lugar de detener la marea revolucionaria, la apresuras, porque una vez caído este virrey, respetado de los nativos, ¿cuál vendrá a reemplazarlo con el suficiente ascenso sobre el país? Tus arranques, tus enojos, sean bienvenidos: ellos, contra tu pensar, están sir-

(1) Había traído de Buenos Aires a Montevideo dos regimientos, "Voluntarios del Río de la Plata", formados casi exclusivamente de nativos.

(2) 2 de noviembre de 1808.

viendo a la causa del Nuevo Mundo. Sonríate, pues, el Nuevo Mundo.

Principillos ineptos habían pasado por el escenario de España; y de éstos, los últimos, uno que dijérase una glotona rata, otro que dijérase coronado cerdo. Ocupada España, bajo formas pacíficas, por Napoleón, éste después de haber hecho abdicar a la rata en favor del cerdo, se los llevó a los dos a Bayona y allí les arrancó una nueva abdicación, quedando por rey José Bonaparte, que realizara un reinado feliz a no tropezar con el fiero patriotismo de los españoles.

Abdicada la corona, prisionero Fernando VII, hubo en Madrid un levantamiento popular contra la dominación extranjera, seguido de la formación de Juntas de Gobierno, con la pretensión de representar al monarca sin reino y al reino incendiado.

Mediaba julio cuando arribó a Montevideo un portugués con secretos pliegos de su corte (1), que

---

(1) Huída la corte portuguesa, ante la invasión napoleónica, vino a dar en enero de 1808, a Río de Janeiro, donde estableció su sede.

Los ambiciosos y degenerados que la inspiraban, no tardaron, a tenor de exigencias de Inglaterra, en demandar del Cabildo de Buenos Aires — nota del ministro Souza Coutinho — la entrega del virreinato platense a Portugal, "por ser cosa fuera de duda la completa sujeción de la monarquía española a la Francia". Aunque el portugués invocaba los recursos de su "poderoso aliado Inglaterra", el Cabildo no buscó palabras suaves para rechazar la exigencia y pidió al virrey tomara las medidas conducentes a la seguridad del país, y venganza del ultraje "a las sagradas personas del

no se atrevió a mostrar por el mal semblante que le pusieron los españoles; pero, con la salida de este agente coincidió la llegada de otro, que traía para el partido patriota y el Cabildo de Buenos Aires la propuesta de que el Río de la Plata se pusiera bajo los auspicios de la princesa Carlota, grosero marimacho, hermana del rey prisionero y mujer del de Portugal, a título, manifestaba, de recaer en ella los derechos al trono, propuesta rechazada por el Cabildo y aceptada por algunos prohombres del bando patriota (1).

---

rey de España y del emperador de los franceses."

Estos hechos que hoy causa fastidio recordar, tuvieron preocupadísimo a Liniers que llegó a trazar un plan de ataque al Río Grande y se lo comunicó a Elío, rajacorazas, que probablemente no creía en la guerra y que lejos de acompañarlo en sus patrióticos temores, puso en duda el derecho que tuviese para emprenderla. La gravedad de la situación, entre tanto, era enorme, pues el programa belicoso de Juan el Regente, no respondía a desvaríos de fantasía lusitana, sino a positivas sugestiones de Inglaterra que meditaban la tercera invasión. Designados estaban Sidney Smith y Beresford para la operación cuando de pronto, por el alzamiento del pueblo ibérico contra los franceses, viró la proa de la política, y de rivales pasaron a la alianza isleños y peninsulares, sin que por ello abandonaran los británicos la tutela de Portugal, a cuyo regente, necesitado de dinero como buen príncipe portugués, hizo diversos préstamos Jorge III. Uno de ellos, por valor de 600.000 libras, en 1809.

(1) Acusa Saavedra en sus *Memorias* (escritas en la vejez) a Belgrano, a Vieytes, a Nicolás Rodríguez Peña, a Castelli, de haber llamado a la Carlota en 1808 y 1809, y se dice injustamente acusado por ellos en la época de su

Al virrey le faltaba talla política. Su excelente corazón habíalo inclinado a ser amigo de los hijos del país (1) que lo apoyaban, mas en manera alguna de su independencia. Y culpa no fué suya el no ver el abismo que separaba a esas horas a españoles y americanos. Su inseguro criterio político, fué causa también de que firmase una proclama, escrita por otro, invitando a la población a no plegarse a España ni a Francia, "para poder acatar aquél en quien recaiga la soberanía", palabras que eran un progra-

---

desidencia con Moreno. Belgrano, en su trunca *Autobiografía*, manifiesta que trató de "buscar los auspicios de la infanta Carlota y de formar un partido a su favor". "Solicité, pues, la venida de la infanta y siguió una correspondencia, desde 1808 a 1809."

No era el general hombre que se entregara fácilmente a la esperanza y él mismo refiere que un día, hablando con el prisionero inglés Craufurd, le decía: "Queremos el Amo viejo o ninguno", y que Craufurd, aconsejante de ideas de emancipación, acabó por estar de acuerdo con él en cuanto a las dificultades de alcanzarla, y "diferió para un siglo su consecusión."

(1) La reconquista de Buenos Aires y la defensa de Montevido — dos glorias de España, puesto que hasta allí eran españoles los de aquende y allende el mar — habían tenido como consecuencia la formación de un verdadero ejército patrio.

Solamente los "Patricios" pasaban de 2.500 ciudadanos y los "Arrribeños" eran 9 centenas. Los españoles no dejaron de alarmarse con ello y una vez idos los británicos, muchos solicitaron la disolución de los cuerpos criollos, ofreciéndose a hacer el servicio de guarnición sin sueldo, (al soldado nativo se le pagaban 14 pesos) alegando que de no accederse a sus deseos la agricultura y las industrias quedarían abandonadas.

ma de indiferencia y para los españoles de traición (1). Y esto no fué todo, sino que vino un agente de Bonaparte con notas para el virrey, lo cual tal vez no trascendiera si al francés no se le hubiese ocurrido en Montevideo, donde los españoles estaban atareados en levantar un tablado — a intento de jurar a su cautivo monarca — reirse del artefacto y manifestarles lo mal que harían en jurar a un rey en hipótesis.

Estas observaciones no gustaron a Elío, que echando al imperial agente poco menos que a golpes, se incautó de algunas de sus comunicaciones y luego de violarlas e informarse de su contenido, y de rabiar y patear como furioso muchacho, las enderezó a Liniers, con una nota de su puño y letra, pidiéndole inmediatas explicaciones (2). La pretensión fran-

(1) El Consejo de Indias llegó a pedir se obedeciera a Napoleón, cosa que reputaron por felonía de "afrancesados" los españoles residentes en América.

(2) El enviado, marqués de Sassenay, traía diversos impresos de Francia y España que reflejaban la situación de la península, y además, con promesas de armas y recursos del emperador, oficios de la Junta de Madrid para las autoridades bonaerenses. El hombre, a causa de fuertes temporales y de un par de perros de presa, o navíos ingleses, puestos en persecución de su nave, hubo de tomar tierra en Maldonado, montar a caballo y seguir viaje hacia el Oeste, sin más equipaje que su valija. Elío lo recibió de mala manera y los demás españoles, peor. Subió, pues, otra vez a caballo y se dirigió de nuevo al Oeste, acompañado de un oficial, guía y corchete. ¿Os imagináis a este aristócrata, tratando de llegar a la Colonia, tiritando de frío, aunque satisfecho de servir a *l'empereur?*

Su conferencia con el virrey fué secreta y nocturna. El

cesa fué rechazada por Buenos Aires y el virrey, creyendo acaso paliar la negativa de los españoles, escribió al emperador, hablándole de otras cosas. Elío, en cuyo poder cayó la carta, la abrió, la leyó

---

virrey quejóse, a lo que parece, de la ingratitud de la dinastía derribada, mostrándose propicio al nuevo orden de cosas de la península; pero vacilante en decidirse, por respeto a la opinión de sus gobernados

La nocturna conversación se realizaba el 13 de agosto, y a esta altura de los tiempos eran sabidas, por cierto impreso, además de la "forzada" abdicación de Carlos, la designación de Murat, por lugarteniente del reino, y el mandato de la Suprema Junta de que las autoridades de España y las Indias acatasen esas novedades.

Elío, misoneísta por vasco y por perspicacia incrédulo, previno sus dudas a las autoridades bonaerenses — luego coronadas por el éxito — en cuanto a la misión del marqués. Sassenay, entrado de incógnito a la capital, vistos sus papeles, fué en el acto echado del país, en tanto que Alzaga marchaba a conspirar a los dominios de Elío. Ambos interpretaban correctamente lo de las sublevaciones "parciales" en la península, y lo del 2 de Mayo, y en su tenaz españolismo, dieron en rebeldes, desacatando las órdenes recibidas.

El 19 de agosto llegaba de vuelta Sassenay a Montevideo, y el gobernador de la comarca, echándole mano lo encerraba en la Ciudadela, fortaleza de tan despótico aspecto como el soldado que así procedía.

A esas mismas horas, arribaba a la ciudad el arequipeño Goyeneche, con la misión de excitar a estos países contra la Francia; y que antes de aceptar tal cometido traía a América otro de todo punto contrario. Sucedió, pues, que al pasar por Sevilla, la recién establecida Junta, logró atraerlo, elevándolo a brigadier, de simple capitán de milicias, y convertirlo en corredor de noticias e instrucciones,

y la volvió a leer, y si antes abrigaba dudas sobre lo que él llamaba "traición", ya no las tuvo.

Después de esto, Elío cometió la locura de declarar la guerra a Francia (1) y el desacato de aconsejar al virrey que renunciase. En respuesta se le

---

siendo lo curioso del caso que dos virreinatos, el del Perú y el nuestro, aceptasen por su intermedio los mandatos de la autoridad sevillana.

Una vez en Montevideo, dió el intrigante por consumados algunos hechos que en España, al tiempo de su salida, se reputaban probables: tal el levantamiento del bloqueo de sus costas por los ingleses y las vociferaciones andaluzas como formal declaración de guerra al imperio. Dos dias no más permaneció en la ciudad, pero en tan pocas horas tuvo tiempo de atizar todas las hogueras. Pintó como una monstruosidad la presencia de un francés al frente del virreinato. Tuvo para la reciente proclama de Liniers los más odiosos comentarios, por aquello de aconsejar a los colonos esperar "la suerte de la metrópoli para obedecer a la autoridad legítima que ocupe la soberanía." Elío no le hizo demasiado caso y lo dejó irse por la Colonia. En Buenos Aires abrazó a Liniers, que lo instaló en el Fuerte, y lo trató a cuerpo de rey semanas enteras. Demás será decir que ante el virrey el majadero denigró a Elío y que en los grupos de Alzaga no dejó de murmurar contra *ese francés* en cuya mesa comía y del cual adquirió el coronelato de los "Arribeños" y la misión de dirigirse al Alto Perú donde alcanzaría imborrable mala fama.

(1) 6 de septiembre. Esta bravata no es imputable a Elío, sino a la pseudo junta de Sevilla que así lo insinuara en nota de agosto.

Elío envió a Buenos Aires las dos piezas de su furibunda literatura, por intermedio del síndico, con el encargo de que se abriesen en presencia de la Real Audiencia, virrey y Cabildo. Así se hizo, no sabemos si entre sonrisas irónicas o enojado silencio del auditorio.

ordenó ir a Buenos Aires, y como no lo hiciese se le envió un sucesor en la persona de Michelena, brillante capitán de navío, con orden de remitir encadenado al rebelde. Michelena llega de noche, reúnese para oírle el Cabildo; corre el rumor de las novedades; los españoles se amotinan y el gobernador en ciernes se salva gracias a un buen caballo y a su destreza en manejarlo, no obstante su profesión de mar.

*
* *

La independencia americana se venía elaborando en las entrañas de los tiempos. Como el viento a las palmas, la idea de libertad agitaba los espíritus. El paso de un estado de ánimo en las multitudes de América — antes puramente pasivo — a otro estado de ánimo, todo actividad, pasión,deseo, iba a traducirse en resoluciones. Los principios de la Revolución Francesa no habían penetrado en las campañas, donde por mucho tiempo seguiríase hablando el español arcaico de los primeros conquistadores (1).

(1) El gaucho, en medio de su tesoro de voces antiguas, fué, y aun es, revolucionario en materia de lenguaje. En las ciudades de América, el europeo y sus descendientes constituyen una continuación de Europa. Si era en España acaudillado el léxico por algún tibio Moratín, no se hablaba ni se escribía en estas regiones, por la gente culta, sin apelar al eufemismo, ni en materia de vocablos, tropos y hasta razonamientos, se resistia a la especie de vasallaje impuesto por los escritores en boga. Verdad, también, que todas las jergas poéticas han encontrádo suelo fértil en este llamado

Conocíanlos las ciudades, pero si se enamoraron de ellos, eso lo ignoraban los gauchos, los indios, no obstante prontos a la revuelta, no en odio al brazo de hierro de sus autoridades, sino porque los jine-

---

Nuevo Mundo, al igual de las simientes traídas de España o de Australia.

Si al morador de las ciudades le era suficiente el vocabulario oficial, al gaucho no. Entre ellos florece el arcaísmo como en su natural refugio: el "de juro", de que el paisano ha arrancado el adverbio "dejuramente"; el "vide", el "mesmo", el "ñublar". Y con todo, donde le faltó palabra para ser más claro, él, que estaba aislado y sin modelos, la sacó de dentro de sí, pujando, pero la sacó. Sus locuciones oxidadas acusan carencia de contactos intelectuales; su novedad, quizá denote lo mismo; por eso se ve cierta rudeza primitiva en el decir gauchesco. Pulir la frase, infundirle colores, tornasolarla, hacerla en ocasiones nave, telescopio con que acercar los astros, o disco en manos de un atleta, o risa del sol en el agua; servirse de ella para dar el matiz de una sensación, ¿no es incapacitarla para decir cosas primitivas y soberbias? Ni de pulirla ni de cambiarla en diamante se percataban los poetas descálzos del Evangelio. Y aun la Musa homérica, si alguna vez anduvo entre dioses, casi nunca dejó de usar el vocabulario de los ejércitos.

El hombre habla como siente, y el gaucho siente mejor que las clases del bajo pueblo. Siente más y mejor y tiene como un natural anhelo de gracia, de parecer bien, a las veces puesto de manifiesto en el vestir o en los arreos del caballo. El "compadre" lo imita servil, y así se ha visto el habla gauchesca penetrar en su cerebro y ascender por grados a las clases cultas. El gaucho sirvió en el ejército y estuvo en los cuarteles, y aquél, en odio a la cultura, se apoderó de las voces de los soldados, gauchos o no, quitándoles su perfume, para tener la mala suerte de formar una jerga colindante con la de los ladrones.

El idioma antisocial es artificioso, grosero; el del gau-

tes, cada uno de ellos, como dice el poeta de los gauchos,

"Capaz de montar un potro
y sofrenarlo en la luna",

amamantados por la Naturaleza, criados entre toros y caballos salvajes, no se consideraban españoles, y

---

cho, pintoresco, sobrio, a veces amargo. Así "dar la biaba seca," o "mojada", que recuerda la sangre, matar, en el caló "lunfardo", en el equivalente gauchesco "desgraciarse" alcanza un alto sentido filosófico, porque ¿no es desgracia para un hombre matar a otro hombre? Entre "andar misho", por "carecer de recursos", nada como idea traducible, y "andar cortao de la bandada", ave sola, perdida, no cabe parentesco. Y ¿qué decir de "pibe", menor de edad, entre lunfardos? ¡Cómo contrasta con "charabón", el lindo y vivaz avestruzuelo!

El gaucho dice "pa", en vez de para. ¿No tendrá el apócope por causa la antigua costumbre de abreviar esa preposición en la escritura, lo que daría lugar a que lectores ignorantes leyeran como veían escrito, y más tarde hablaran como habían leído?

En lugar de don y doña, suele decir "ño" y "ña". A los apellidos les antepone con frecuencia el don:

"Velay, tome el cojinillo
Don Laguna, sientesé."

A las formas verbales esdrújulas las convierte en agudas: "vayasé", "veanló"; a los participios pasivos, y en general a toda voz terminada en ado, le suprime la d de la última sílaba: "asao", "finao"; cuando encuentra dos consonantes juntas, de difícil pronunciación para él, hace saltar una: "dotor"; o la permuta por otra más suave, como en "alvertir".

Forma los diminutivos en ito, cito, y pone en ese grado aun los adverbios: "allacito", "lueguito", "trotecito". No es,

como en las tareas semibárbaras del pastoreo se educaban libres y fuertes, no tardaron en comprender la posibilidad de despedir a sus señores, mediante una serie de aventuras, galopes, "lanzasos", batallas,

---

pues, extraño que para él la inicial mañana sea "mañanita", y el sol, todavía tibio, "solcito". Los aumentativos los construye a la manera castellana, sólo que "azo", "aza", los transforma en "aso", "asa", pues nunca pronuncia las zetas. Se equivocaría sin embargo, quien creyese que "amigaso", "criollaso", jinetaso", son aumentativos de amigo, criollo, jinete. Son superlativos y la terminación equivale exactamente a "muy", salvo en criollazo, que encierra sentido de admiración por las buenas cualidades de un campatriota o de un hombre cualquiera a quien desee elogiar con exceso. En el mismo caso, atenuado, diría: ¡Ah, criollo lindo!

¿Añadiremos que llama "lindo" a un olor, a un sabor, a un hecho, y con igual impropiedad "feo"? Sería entrar en el terreno de sus nociones estéticas y ellas son tan simples que casi no vale la pena. Lo bello y lo agradable, lo bello y lo moral, lo bello y lo heroico, no difieren gran cosa en su entendimiento primitivo.

Sus metaplasmos por contracción pueden decirse incalculables. Suprime siempre una cuando encuentra dos vocales idénticas: "m'hijo", "ler", "l'aguada". ¿No se anticipa con esto a la depuración fonética del idioma? ¿No hacemos casi otro tanto nosotros, gentes de ciudad? ¿No se han anticipado a esa reforma — impuesta por una ley natural: la economía del esfuerzo — franceses e italianos, aun en su escritura, rechazando lo rechazadó por el genio de su lenguaje, hermano del nuestro, al que repugnan estos frente a frente de vocales idénticas?

Sustantivos colectivos, posee cientos de su invención. Citaremos: "caballada, cardal, gauchaje, indiada, novillada, terneraje, mujererío, paisanaje, juncal, versada".

Pero donde más gallardea su inventiva, es en el verbo.

cosas deseadas por espíritu de combatividad, anexo a una existencia a base de carne, en que el riesgo era diario y la campiña abierta hasta el confín penetraba en la retina, sin cercados, sin dueños; donde todo

---

Ya los crea, ya los ajusta a su pensar, ya les da acepciones de todo punto inesperadas.

He aquí una lista, quizá una milésima de su tesoro:

"Abrirse", en una apuesta, deshacerla.

"Carniar", de carne, matar una res.

"Cimarronear", tomar mate amargo.

"Basuriar", de basura, vencer a un rival en pelea.

"Acriollarse", adquirir las costumbres del país.

"Compadriar", decir baladronadas.

"Campiar" algo, buscarlo.

"Templar", huir, especialmente en el campo de batalla.

"Pelar la lata", sacar sable o machete, al que nombra "corbo" si curvo y "amojosao", si viejo.

"Cueriar", desollar una res.

"Mauliar", andarle temiendo a un peligro. De "maula", cobarde.

"Despenar", ultimar por compasión al mal herido en el campo de batalla. También a la bestia agonizante.

"Peludiar", (el peludo es un pequeño cuadrúpedo, difícil de extraer de la cueva y que en ocasiones se deja arrancar el rabo sin ceder) meterse un vehículo en un bache.

"Agarrar un peludo", emborracharse.

"Hacer gancho", ayudar indirectamente a alguien, en particular en lances de amor.

"No dar a conocer el juego a dos tirones", ser precavido; no abrir opinión sin conocer a fondo un asunto.

"Tener una de a pie", discusión acalorada, riña.

"Madrugar" a alguien, sacarle ventaja en riña; darle el primer golpe.

"Hacerle la cruz" a algo, darlo por perdido.

"Hacer la pata ancha", resistir tenazmente, pero sin arrebato; afrontar un peligro superior a las propias fuer-

## LOS GAUCHOS

Las invasiones revelaron la existencia de una fuerza con la cual no contaban los españoles: esto es, un partido americano. Echados los ingleses, el nuevo fenómeno político planteaba problemas inesperados para los dominadores, hasta allí tranquilos, seguros de que los Andes eran castellanos, castellanas las interminables praderas. Imbuídos en esa noción, no midieron la gravedad de estos problemas y acaso pensaron que unidos bastarían a contrarrestar el deseo de novedades de sus descendientes. ¡Pobres españoles, que no veían más allá de su propia sombra, ni sabían que las fuerzas más enormes son las más silenciosas! Una idea llamada a transformar el mundo, ¡qué lenta y calladamente se mueve, y cómo se hace invisible a los españoles del coloniaje!

Los problemas eran soberbios y exigían solución perentoria. Primero fué un emular, luego enemiga entre vasallos y señores. Del odio a la lucha no hay distancia; las ideas y pasiones se traducen forzosamente en acción, y cuanta más sea su intensidad

hombre de campo lo mismo que licencia, y en la licencia había vivido y vivía, era suficiente a ponerlo en vibración de entusiasmo. Invitar a gauchos para una guerra, lo mismo que invitar a los tártaros de

---

Irónico: "rubio", al negro.

Hiriente: al extranjero "nación" (español arcaico) o "gringo"; al español gallego; al gallego, "forragaitas"; al italiano, "carcamán"; al francés, "franchute"; al inglés, "bisteque". A la campaña por su bandería o por su país, le llama "patriada"; al hombre de ciudad "pueblero", y si es joven y presumido, "cajetilla". Si un hombre deplora desgracias tratará de infundirle ánimo con su frase favorita: "pa sufrir han nacido los varones".

Al ojo de agua lo nombra "cachimba", puede que en memoria de la pipa o cachimbo de los negros africanos; a lo falso, "falluto"; a una travesura "gauchada"; a la saya, "pollera"; al terreno pantanoso y peligroso bajo apariencia engañadora, "tembladeral"; un sitio distante queda "por ande (donde) el diablo perdió el poncho"; lo feo es "fiero", y en superlativo, "fieraso"; saquear en la guerra, "carchar"; algo excelente, "de mi flor"; el animal que se cría solo y sin madre, "guacho"; quien no cede a los embates de los hombres o de la mala suerte, es "como cuadro", un verdadero cuadro de infantería"; el temerario, valiente "como las armas"; las del cobarde o las de su enemigo, "armas solas"; el terreno pantanoso, "bañao" y si por demás extenso, "estero"; "arriada" por arreada, significa extracción furtiva y violenta de ganado, y también "razzia" de paisanos para el servicio militar; "baquía", es lo mismo que destreza; el valentón, "taita"; el sobresaliente en algo o valerosisimo, "taura"; el resistente al dolor "entrañudo"; la llanura, "pampa"; el chiste, la broma, "agachada"; las colinas, "cuchillas"; el aprendiz de jinete o pésimo jinete, "maturrango"; si jura no invoca a Dios, limitándose a decir "que me caiga muerto!"; si duda de un relato, suelta el "se me hace cuento"; "al ñudo" quiere

Gengis. Por eso, con un ademán, con un fulgor de los ojos, los capitanes de América levantan del fondo de las pampas fuerzas hasta entonces no conocidas.

Las gentes de las ciudades, quietas, amigas de la

---

decir en vano.

Cuentos de animales, sentencias filosóficas, alegres fábulas ideadas por melenudos Esopos, pululan en cada pago. Para el caballo tiene multitud de nombres genéricos: libre y todavía salvaje, "potro" o "bagual"; amansado a medias, "redomón"; tolerando el freno, "sancocho"; "flete" y "pingo", ya sometido, elegante y bravo; "mancarrón", si mediocre; "bichoco" y "sotreta", si inservible y viejo. Ya lo véis, pasa como los hombres, según sea, moviendo la admiración, el cariño o el desprecio de los hombres.

Por sus cualidades es "escarciador", "coscojero", "noble", "liberal", "mañero" y mucho más. Por su color, "azulejo", "tordillo", "overo", "rosao", "moro", "tubiano", "malacara", "doradillo", "gateao", "sebruno", "saino", "colorao", "sangre de toro", etc. Para galantear a la mujer no ha rebuscado la décima parte. ¿Será por aquello de que, según una canción de su agrado:

"No da claveles el cardo
Ni da flores el desierto"?

La mujer la encuentra en cada rancho, la "pastorea", le suelta unos versos en un baile y la roba para vivir con ella o para cortarle el pelo y abandonarla. Vienen después los "charabones", ni odiando ni amando a la mujer, considerándola medio a lo bestia. El caballo que sufre sin lamentos el talón, el rebenque, la "nazarena", espuela grande, y nada pide, pues al sustento del bruto provee la proveduría inagotable y gratuita de los campos, alazán o zaino, doradillo o moro, constituye para él, con el amigo, el asado, la guitarra y el "trago", algo más fundamental que el hogar mismo.

holganza, del buen vivir, de las sábanas limpias, aspiraban al orden, escudo de la quietud; al reinado de la ley, la penal entre todas, amparadora de la riqueza, de lo tuyo y de lo mío, de los negocios, de la paz pública y privada, providencia del rico. Los campesinos, ágiles, aventureros, pendencieros, escasos de comodidades, enjutos, dueños apenas de su corcel, de su puñal y si acaso de un ranchejo de tierra y totoras, anhelaban derechamente la independencia, esto es, gobernarse por sí propios, sin oir hablar más del terrible alcalde, el de la policía de los campos; ni ver, a las veces, al soldado español, jinete pésimo en sucio caballo, pasar de aquí para allá, en nombre de un lejano fantasma. Y no sólo no ver españoles investidos de autoridad, no ver extranjeros de ningún país del mundo mandar sobre el hijo del país. ¿O es que no tiene tanto derecho como el chimango o el tordo a vivir en su suelo? A las hordas gauchas fascinábalas la idea de sus colores, de sus caudillos locales, elegidos, consagrados por ellas. —Tú que eres más fuerte y más noble, sé nuestro jefe; en prenda de admiración, nosotros, los gauchos, te ponemos a nuestro frente. Tal fué también el origen de la reyecía guerrera. No les importaba el atentado de los suyos: un gaucho podía disponer de la vida de otros gauchos, por ser de su gente. El extranjero, en cambio, debía andar con tino entre gauchos (1).

(1) El hombre de la ciudad podía ser tendero, empleado de casa de comercio, y lo era de buen grado, pues eso aparejaba cierta consideración social. El gaucho no concebía ni esa dependencia.

América probó ser capaz de crear ejércitos, cuando las invasiones británicas. Sus principales hombres vieron arder a España, erigiendo hoy aquí, mañana allá, Juntas más o menos populares, y al darse cuenta de que tales Juntas eran la soberanía en acción, ya no quisieron ser españoles. ¿No estaba en problema, además, la existencia misma de España? Mientras ella se ocupaba de sí, los colonos pensaron en sus grandes países y aprovecharon debidamente las horas. ¿Añadiremos que los españoles no eran queridos ni sabían hacerse querer? (1).

—¿Un rey? Váyase a un cuerno. Aquí nos mandamos nosotros, americanos, cada uno de los cuales valemos más que España entera. Cuando un hombre piensa eso, que pensaba cualquier gaucho de un rey o de una nación, nación y rey han perdido todo poder de sugestión sobre tal hombre. Autoridad no la había, como no fuese la fuerza urbanizada de dos o tres mil españoles, y mucha más era la fuerza criolla, agresiva, insolente, llena de ultrajante coraje (2).

---

(1) España era incapaz de conservar el fantasma de su poder en América cuando había puesto en peligro su propio suelo, y más deficiente, todavía, como instrumento civilizador.

¿Y qué queréis que hiciera entonces, cuando hoy mismo sus plazas de toros son 392 e incalculables sus frailes y chulos? País comido por la religión y carcomido por el fisco, sus héroes conquistadores, con más trabajos que Hércules, no dejaron descendencia.

(2) El culto del valor, mal o virtud hispanoamericana, culminó en Venezuela y en el Plata. Y duró largos años. De él no se libró ni el alto pensador Sarmiento, el cual

No faltan autores que atribuyan al gaucho de aquella época, además de los vicios propios de su condición y estado, toda suerte de malos instintos, pero olvidan que el placer de matar a sus semejantes no era mayor en ellos que en los hombres de las ciudades, y que una de las formas brutales de ultimar al enemigo, el degüello, fué una peculiaridad rocista, muy posterior por cierto. Debe decirse que todas sus pequeñas acciones de guerra se distinguieron por una falta casi absoluta de malicia, cosa natural en hombres que no cedían en nada su reputación de valientes y que no estaban cebados por continuos derramamientos de sangre.

Iguales son, substancialmente, los hombres de todos los tiempos y lugares y muy parecidos los fenómenos engendrados por sus pasiones; mas, lo general que la psicología nos permite inferir en presencia de casos particulares, es bien poco si se considera la multiplicidad de matices de la psiquis humana y el variable número de motivos que interviene en sus deliberaciones. Historia toda problemática, esta historia de los orientales; mar inquieto de dudas, de leyendas, de predominio de la emotividad, con ausencia del entendimiento, en que todo es incierto, banderizo, tradicional, a veces fantástico; en que no se conocen con certitud hombres ni multitudes ni hechos, siendo tachables de error, cuando no de supercheria, los más de los testimonios. Gran entendi-

---

realizaba entre otros milagros el de esta contradicción en sí mismo: general y maestro de escuela, o lo que es peor, maestro de escuela y general.

miento desinteresado, si un interés lo apresa lo empequeñece en la medida de su fuerza y ese es el peligro de toda reconstrucción histórica, con pretensión de poner las cosas pasadas en su verdadero sitio. ¿Ni cómo podría, en otro sentido, estar seguro del acierto quien escribe acerca de gentes desaparecidas y de ambientes lejanos, cuando su ambiente y las personas a quienes trata suelen ser, a las veces, verdaderos enigmas?

## REBELION DE ELIO Y SUS RESULTAS

En la Banda Oriental no faltaban gauchos dispuestos al iniciarse la lucha, ni hombres sesudos en la ciudad. ¿Cómo explicar que armonizaran estos dos elementos? Se explica por la exigüidad del territorio, más exiguo si se atiende a la escasez de su población; por haber ido la totalidad del poder a un caudillo sin émulos; y, principalmente, por el choque ininterrumpido con poderes extraños.

El pueblo habíase impuesto algunas veces a sus autoridades. Pueblo discutidor, ardoroso, no podía dejar de intervenir en la cosa pública cuando se presentaba algún asunto de interés general: impuestos, campañas contra los indios. Las autoridades casi nunca habían sido tiránicas, en parte debido al comercio, maestro de prácticas liberales, en parte a que los gobernadores montevideanos, preparándose para virreyes, cargo que varios obtuvieron, cuidaban su reputación.

Esta educación liberal y sentimiento autonómico correlativo, se completaba con instintos y cualidades militares, adquiridos y perfeccionados en los perpetuos conflictos con Portugal, sitios de la Colonia,

era libre, hasta los perros que atacaban en bandas a las crías; donde todo era lucha, sin más autoridad que la fuerza y el coraje.

La sola palabra "libertad", nò su idea, para el

---

zas; sobreponerse a una desgracia:

"El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha".

"Hacerse perdiz", perderse; huir.

"Bellaquiar" el caballo, encabritarse.

"Bombiar", explorar el campo o los movimientos del enemigo en tiempo de guerra.

"Irse a baraja", abandonar un asunto antes de su fin.

"Montar un picaso", enojarse.

"Arrastrar el poncho", alardear.

"Pisar el poncho", desafiar, provocar.

Su lenguaje abunda en retruécanos, frases de doble sentido, equívocos. Naturalmente los gauchos en conjunto nada inventan; pero los talentos incultos que entre ellos florecen, casi siempre caballeros de la trova espontánea, "cantores", "payadores", esos sí, inventan palabras y giros que vienen a ser la acuñación de las ideas, la moneda del comercio mental en muchos cientos de kilómetros a la redonda. ¿Os placerían unas muestras de sus estilos?

Amistoso: "Hermano", "amigaso", "cuñao", "aparcero". Amigo, a secas, expresa frialdad y es duro, casi ofensivo.

Amoroso: "china, prenda".

Comparativo: "pintor", hombre imaginativo, narrador con arte. "Víbora que sale al camino es pa que la maten", aludiendo a la envidia y a la mentira.

Religioso: "la inmaculada", la Virgen; "angelito", niño muerto; el diablo: "el malo", y también el "condenao" y "mandinga" (africanismo).

Supersticioso: fuego fatuo: "luz mala". Para el gaucho el fuego fatuo es alma en pena.

Hiperbólico: "Como luz", hombre listo, caballo veloz.

Despectivo: populacho, gente de baja estofa, "sabandija".

lucionaria, aunque española? Sin embargo, el pueblo no se mostró conforme y cuando iban saliendo los de la sesión oyóse grande clamoreo, y entre las voces de ¡Abajo Liniers! brotadas del corazón de los peninsulares, ¡Junta! ¡Junta! ¡Junta de Gobierno!

Los de la Asamblea pretendían dispersarse, perderse entre la muchedumbre; pero éste tomaba del brazo a un cabildante y lo obligaba a volver; aquel otro se apoderaba del sombrero y del bastón de un diputado; aquéllos, con gestos vivaces, demostraban a un grupo en que se hallaba el gobernador que era menester retornar a las salas capitulares, que el pueblo era un haz de deseos dispuestos a tomar forma.

Aquello no lo había hecho sino España, sin rey y frente al enemigo. ¿Ejercería la ciudad un derecho que teóricamente le faltaba? Allí estaba el indefenso grupo, rodeado de pueblo, y no tuvo sino volver al Ayuntamiento y crear e instalar la primera Junta de Gobierno del Nuevo Mundo, según el mal ejemplo de España.

Instalada bajo la presidencia de Elío, cerrados

---

berse ausentado sin anuencia del Cabildo". No podía faltar el aparato de la legalidad — tanto más útil cuanto menos legales eran los hechos — ni aun el otro aparato del respeto a las formas, y en este sentido acordóse elevar el expediente de protesta a la real Audiencia y hasta a la Junta de Sevilla. Gobernador y Cabildo declaraban al virrey sospechoso "de infidencia". El virrey hubo de enviar contra los rebeldes, banda de energúmenos, una expedición al mando del brigadier Velazco, y aunque no lo hizo, la anunció en la proclama que por noviembre dirigiera a los montevideanos.

por Liniers sus puertos a las procedencias uruguayas, la guerra a punto de estallar, los principales nativos se dieron a ocultos conciliábulos en que se planteó el problema de la independencia local, siendo de todos ellos el realmente temible para la causa española, uno que tenía por centro la casa de un señor Pérez, medio perdida entre sauces, a orillas del arroyo de las Piedras. Eran de la reunión José Artigas (1), su deudo y condiscípulo el clérigo Monte-

(1) Artigas había visto la luz en Montevideo, el día 19 de junio de 1764. Un escritor, Antonio Díaz, que acostumbra mostrar a los caudillos huyendo en la infancia o juventud del hogar paterno, describe a este Artigas "nacido de una familia de origen noble", de niño desobediente a sus padres y de mocito entregado a faenas campestres de propia inclinación. Entre gauchos, agrega, "adquirió las bárbaras costumbres de los gauchos". Luego, "convertido en un gauchito atrevido y cruel", campó por sus respetos y se hizo "jefe de una partida de hombres resueltos", entregándose al contrabando en las fronteras del Brasil y baleando los guardas y demás individuos "que podían estorbar sus planes", aunque "no es cierto, como ha llegado a decirse, que asesinó a personas indefensas y persiguió al vecindario de las fronteras". Su partida llegó a constar de 200 contrabandistas que tuvieron a raya, por el lado del Brasil, a la autoridad encarnada en Juca Ferro; por el lado del Oeste, a la del preboste. De ahí pasó a guarda general de campaña, solicitado por los españoles, "a condición de que procedería sin rey ni ley".

Hasta aquí, el historiador medio novelista.

En lo que están de acuerdo con su testimonio los demás autores es en que Artigas vivió dedicado a la vida campestre desde sus primeros años, hasta que en 1802, a pedido de los estancieros, la autoridad española le confiere el cargo de perseguir al cuatrerismo, datando de entonces

rroso (1), Miguel Barreiro, fray Dámaso Larrañaga (2), naturalista, escritor de buena cepa, amantísimo de la enseñanza y del método lancasteriano, que él introdujo en estos países, ya medio ciego a fuerza de estudio; y junto a estos y otros hijos de la ciudad, los gauchos Otorgués, conocedores de pagos, montes y ríos. Alma del conciliábulo, Artigas. Su reputación de montonero, adquirida en la pasada guerra, su parentesco con las casas solariegas de la comarca, su edad madura, todo concurría a encumbrarlo por caudillo del pueblo criollo.

Nada tardó la autoridad en sospechar de las reuniones de lo de Pérez; no por alguna delación, sino porque allí donde semanas atrás sólo se veía un par de caballos sujetos al palenque, y acaso algún carruaje, ahora tropezaba la vista con 40 ó 50 cabalgaduras y el aire de la casa, antes silencioso, era el de

---

su prestigio entre gauchos, por haber devuelto la tranquilidad a las familias pastoras, antes expuestas a continuos asaltos, robos, estupros e insolencias.

Aunque de pueblo discutidor, tenía pocas palabras. No se dejaba arrastrar del entusiasmo; pero una vez resuelto nada lo detenía.

Era de regular estatura. Usaba luengo el cabello; alta era su frente, prolongada por la calvicie; el mentón excesivo, la nariz ganchuda, semejante a un pico aquilino; en el vestir mostrábase modesto, sin afectación, no vistiendo, ni cuando llegó a general, sino al modo patrio.

(1) Había predicado en la catedral de Buenos Aires y sido profesor en la Universidad de Córdoba.

(2) Tenía por entonces cerca de 40 años. Habíase educado en Buenos Aires, en el Colegio de San Carlos, al igual de la mayoría de los hombres cultos de su época.

un campamento, y los caminos que a ella conducían estaban siempre animados por el galope y los cantos de los jinetes.

El espionaje español espantó a toda esta bandada de conspiradores, llamados a juntarse bien pronto en 9 años de guerra (1).

*
* *

No tardaron los peninsulares residentes en Buenos Aires en imitar a los de Montevideo, y yendo al fuerte en tumulto, exigieron al virrey renunciara. El virrey soltó el mando; pero el jefe de los batallones criollos, D. Cornelio Saavedra, se echó sobre los amotinados y repuso a la vacilante autoridad, de entonces juguete del oleaje (2).

---

(1) La población de la Banda Oriental no excedía de 40.000 habitantes. 15.000 tenía Montevideo; 2.000 Maldonado; 300 la Colonia. Lo más poblado de la campaña, las aldeas de San Nicolás, San Miguel, San Juan, San Borja, San Lorenzo, San Luis, y Santo Angel, en las Misiones, sumaba 16.000.

Todas estas aldeas, conquistadas años antes por los portugueses, habíanse reintegrado de hecho a la Banda Oriental.

(2) Llegó a ser la epidemia hispanoamericana la de las Juntas. Alzaga, un caso de entereza, predestinado a la horca, encabezó una algarada, el 1º de enero de 1809, a los gritos de ¡Junta como en España! ¡Abajo el francés Liniers!

Cornelio Saavedra y M. Rodríguez, actores en los sucesos de ese día los refieren de manera a ratos contradictoria.

Muy de mañana, afirma el segundo, empezó a convocar

Los batallones peninsulares fueron disueltos y Martín Alzaga y otros cabecillas confinados a Patagonia, además de confiscarles los bienes. No olvidó Elío a estos fanáticos en desgracia, quienes, por no estar vigilados pudieron fugar en el velero que él les mandara y acogerse al amparo de las murallas de Montevideo.

Las quejas y clamores idos a la península provocaron resoluciones acertadas, pero en la ocasión tan ineficaces como un cañonazo al Infinito. A Liniers se le reemplazaba con D. Baltasar Hidalgo de Cisneros; a la Junta de Montevideo, dábansele gracias y se la disolvía; a Elío, quitábasele el gobierno, debiendo entregarlo a D. Vicente Nieto; pero se le confiaba la inspección general de armas del virreinato; y, finalmente, declarábase a las colonias partes integrantes del reino, con deercho a enviar dipu-

---

al pueblo la compana del Cabildo. Y él, Rodríguez, sabiendo que el elemento español, "gente de la plebe", anda furibundo y armado, se dirige al Fuerte con Balcarce y halla al virrey paseándose solo en la sala de recibo, mientras los miembros del Cabildo le están exigiendo su renuncia. En seguida sale a ver a Saavedra, e inventando una orden del virrey, le pregunta "qué hace", si no sabe que el virrey peligra.

D. Cornelio, con un pañuelo atado a la cabeza, sale a salvar el vacilante principio de autoridad.

Cuando los jefes militares le hubieron dado seguridad de su apoyo, Liniers dió vuelta, se dirigió a los cabildantes, "agarró lo que hasta entonces había escrito, lo hizo pedazos y ordenó al Cabildo se retirase". No dejaba de tener importancia, aunque bastante decaída, un cabildo español frente al virrey franco, y caería en error quien comparara, por ejemplo, un intendente republicano a un alcalde de primer

tados a Cortes. Traía esta cédula Hidalgo que, antes de pasar a su destino, bajó en Montevideo y oyó paciente al tonante gobernador exigirle rigores marciales para Liniers y sus adeptos. Los bonaerenses, en cuanto supieron su arribo a la plaza enemiga, entraron en alarmas y fueron a inducir a Liniers a

---

voto. La función política de aquél ha cesado, en la ley, por más que prácticamente, en pueblos de campo, las intendencias conserven el carácter de la holgazana institución colonial: compadraje y despotismo.

En pos de la orden de que salga el Cabildo, Balcarce carga y acuchilla a la "chusma".

Saavedra, en sus "Memorias", imputa a los españoles el intento de "formar una España americana", a base de tropas ibéricas, y afirma que conocía el complot de Alzaga, Lúe, el Ayuntamiento y Ruiz Huidobro, el de cara de monja, vuelto en 1808, hecho virrey por la Junta de Galicia, "que también se había creído Suprema de Indias"...

Los soldados españoles estaban en formación a la vista del Fuerte. Bajo este aspecto amenazante, van a la fortaleza Alzaga, Lúe, Ruiz Huidobro, el Cabildo; y con ellos Mariano Moreno. Por ceder está el virrey, cuando D. Cornelio, con el argumento de las milicias, los "Andaluces" que se le pliegan, y 8 piezas de artillería, hace desplegar en batalla, y, con otros caudillos, váse al Fuerte. Sabe allí lo del acta que se está labrando, y oye vociferar al autoritario Lúe que el pueblo ya no quiere a Liniers. Ya veremos, piensa el coronel y sacando al virrey, brazo a brazo, a la vista del concurso, un viva unánime de los criollos, desmiente las "palabritas" del obispo.

Liniers, que ha roto en pedazos la renuncia, da orden de desarmar a los cuerpos peninsulares y de hacerles fuego si se resisten. A la primera intimación, esos cuerpos se hacen los sordos; pero a la segunda sueltan los fusiles y echan a correr por las calles, quedando el poder a merced de los argentinos.

sostenerse, pero él mostró propósitos contrarios y entonces inclináronse parte a la resistencia, y algunos a la creación de una Junta Provisional, presidida por la princesa Carlota.

Hidalgo de Cisneros, — que conocía a Liniers y había mandado en Trafalgar una nave española — cuando el virrey cesante le escribió invitándolo a una conferencia en la Colonia, partió escoltado por 700 jinetes, contra el parecer de Elío, empeñado en mostrarle la cita por celada. Iguales razones oía Liniers y no faltando quienes fraguaran impedirle la partida, hubo de embarcarse de noche y de incógnito (1). La entrevista de los virreyes fué cordial (2) y acordaron que los oficiales bonaerenses

---

(1) A las 4 de la mañana. Hasta la 1 la casa de Liniers y calles adyacentes estuvieron llenas de pueblo.

(2) Se abrazaron en presencia de la oficialidad y conferenciaron a solas tres horas.

El viejito Cisneros no se fiaba de Elío ni de los oficiales bonaerenses como si — hecho a la mar — advirtiese por donde debía venir la tormenta.

Mostró antes que senil temor, incapacidad para el gobierno haciendo — cosa inusitada — que cruzaran el río, para reconocer su investidura, las autoridades militares del pueblo que debía regir. Mal comienzo el de un mandón que empieza temblando. Liniers, contra la opinión de sus amigos y del pueblo criollo, marchó hacia el muelle donde, en un bote, lo esperaba Romarate.

Va sin más compañía que Martín Rodríguez, a persuadir al nuevo Sobre Monte a que cruce el río en el acto. Hiciéralo y es seguro que el mismo Liniers le formara atmósfera propicia, al menos entre la gente americana, ya que los españoles andan ofreciendo horcas y destierros para cuando llegue Cisneros. Pero ha de ser así, que todas estas

pasarían a la villa uruguaya a prestar el juramento de estilo. Nieto, investido con el cargo de inspector de armas, para evitar que la presencia de Elío exasperase los ánimos, marchó a Buenos Aires, de donde salieron en breve para jurar fidelidad los caudillos militares (1).

*
* *

En el curso de 1809 hubo en distintas localidades del Perú conatos insurreccionales y, mediando julio, la ciudad de la Paz proclamó su independencia. Del Plata partió el humanitario Nieto, limitándose a en-

---

liquidaciones de imperios acaben en sombras y fantasmas. El 31 de julio hace su entrada en la capital el nuevo virrey.

Una vez las riendas del poder en sus manos trémulas, dió en molestar a su antecesor. Quería alejarlo, que se fuera a España, de grado o por fuerza, y lo mismo Elío, y en ese tono enviaba notas a la Junta, llegando a tanto su majadería que el buen Liniers hubo de pedir a la Audiencia lo dejara establecerse en Mendoza, cosa que no hizo, pues quedóse en Córdoba, cual si la fatalidad le marcara itinerario. Los batallones "del comercio", toda gente española, que antes fueran disueltos, se organizaron otra vez.

Bien se veía la ninguna confianza de Cisneros en los elementos locales.

Amnistió, asimismo, a los cabecillas de la fracasada Junta alzaguista.

(1) Excepto Pueyrredón. Fué aprehendido. Logró fugarse y se dirigió a la corte de la Carlota, a cuyos proyectos no era extraño.

carcelar o desterrar a los rebeldes; pero Goyeneche, ahora presidente del Cuzco, cayó sobre la ciudad a modo de un tigre; las cabezas de sus víctimas fueron clavadas, en los caminos, en picas y postes, de lo que informó a los virreyes, mereciendo de Cisneros muestras de aprobación que al divulgarse causaron estupor y odio (1).

Al hacerse cargo del presente griego virreinal encontróse el mandatario con erogaciones superiores a las rentas del país, vale decir con la bancarrota, dificultades que venció con abrir los puertos al intercambio, propiciado por el espíritu superior de Mariano Moreno, en su conocida "Representación" de agricultores y hacendados, e impuesta al fin por los ingleses al exhausto gobierno peninsular (2).

Los españoles, viendo escapárseles el monopolio, se hicieron sentir por sus protestas y la situación se tornó punto menos que insostenible.

En Río de Janeiro, el Plata era objeto de codiciosos planes; la Carlota, segura del trono, no guardaba ya formas, y en sus enojos matrimoniales gri-

(1) El señor Liniers también aplaudió al desalmado Goyeneche.

El pusilánime Cisneros, llegó en su temor a amenazar con igual fin a quienes osasen imitar a los paceños.

(2) En España, que parecía loca, los sucesivos gobiernos populares tomaban medidas contradictorias, y mientras uno concedía a la América libertad de comercio, otro se la arrebataba.

La junta de Sevilla, aliada a Inglaterra (tratado de 3 de agosto de 1809) al consagrar la libertad comercial para los ingleses, en las colonias, fué muy combatida por los poderosos comerciantes de Cádiz.

taba a su marido que una vez reina de Buenos Aires, no tendría un solo portugués en su corte.

El marino inglés Sidney Smith, jefe de la flota británica en el mar brasileño, auspiciaba esas miras y llegó a inducir a D. Juan a que dejara a su consorte emprender viaje a Buenos Aires. El joven embajador británico, en Río, lord Strangford (1), desbarató estos planes. Tan segura estaba de su trono la ambiciosa señora, que el 19 de octubre de 1808 había escrito a Liniers, sometiese a Smith, que iría a verlo, las quejas que contra Elío tuviera. Y agregaba, refiriéndose al almirante inglés: "Las tropas portuguesas de Río Grande han sido desde ayer puestas a sus órdenes." ¿Mentía?

Linares, ministro de D. Juan, trabajaba sigiloso la anexión del virreinato al Brasil, cuyos nativos acaudillaba; los agentes revolucionarios bonaerenses, Sarratea, Belgrano, Saturnino R. Peña, trataban de entenderse ora con la Carlota, ora con Strangford, que todo lo observaba con fríos y maliciosos ojos. Callaba; pero en cuanto habló, dando a entender que Inglaterra se opondría a cualquier despojo hecho a España, muchos aéreos castillos viniéronse a tierra, y a instancias del ministro español (2), el regente ordenó el arresto de los tres agentes (3).

---

(1) Tenía 29 años.

(2) El marqués de Casa Irujo. Había llegado a Río en agosto de 1809.

(3) D. Saturnino Peña había escrito a Buenos Aires exhortando, por circular de octubre del año 8, a que se pro-

bregar con los indígenas, ataques de y a Río Grande, y finalmente en la guerra de las invasiones inglesas.

Las disposiciones de Liniers contra Elío causaron efervescencia española, y en los nativos la vaga esperanza de algo, no sabían qué, favorable a la región. Ya en la calle los españoles, no se oyeron sino voces de ¡Cabildo abierto! Un gobernante de juicio se midiera mucho, antes de entregar a la multitud tamaño conflicto; pero a este furibundo acaudillador de furibundos, no le pareció mal buscar en la opinión de todos la complicidad de sus arrebatos y señaló dia (1) para celebración de la asamblea. Esta se inició estando presente los capitulares, 19 diputados del pueblo y los más encumbrados personajes locales, con la lectura de dos resoluciones: una del rey, aprobando el nombramiento de Elío, otra del virrey, deponiéndolo. El interesado quiso retirarse por decoro (2), mas la asamblea a viva fuerza lo retuvo y resolvió que de aquellos dos papeles leídos, el único válido era el del rey, y sancionó en cuanto al otro, esta extraña fórmula o ininteligible galimatías: "Obedecer pero no cumplir" (3), dejando que Liniers apelase a la Junta de Sevilla si a bien lo tenía. ¿No era esto un aleteo de soberanía revo-

(1) El 21 de septiembre.

(2) El gobernador presidía las sesiones del Cabildo.

(3) Alguna vez las mismas reales órdenes, fueron recibidas con esa decisión que bajo formas de acatamiento significaba el propósito de no obedecer.

Tomóse también la resolución, un si es no es burlesca, de declarar caduca la autoridad de Michelena, "por la-

## DIAS DE MAYO

En mayo un navío trajo nuevas que alarmaron a los nativos: a consecuencia del desastre de Ocaña, la Junta había sido dispersada y en su reemplazo alzábase la Regencia de España, con asiento en Cádiz, de cuyo comercio simbolizaba las miras estrechas e intransigentes. Si los criollos no se imponían, el poderoso comerciante Martín Alzaga, Creso desinteresado tratándose de sus compatriotas, vinculado por intereses y teorías a los mercaderes gaditanos, iba a ser dueño de la situación, y ¡ay! entonces con la reacción española! Cisneros, rodeado de fantasmas, no parecía otra cosa que un fantasma, y un fantasma con miedo no es ciertamente lo que se necesita en horas de crisis. Los nativos ya no ocultaban su irrespetuosidad por esta leve sombra, ni su inquina por el elemento español. Elío había prescindido del virrey en todo, y Alzaga, con el orgullo de un gallo local, de duras y probadas espuelas, lo menospreciaba. Era el virrey Don Nadie; y cuando la nueva traída por el navío se esparció por barrios y cuarteles de "cívicos", la sombra animada no vió sino siluetas de conspiradores por calles y plazas y

aun en los ángulos de su mismo palacio. ¿Qué hacer? ¿Cómo alcanzar que su autoridad le acompañe? No con soldados, que no tiene, ni con paliativos ahora que los criollos se llevan, si soldados, el fusil a su casa. Un manifiesto al país, piensa, tal vez logre algo; y da su maniifesto relatando lo ocurrido en España, y promete no tomar resoluciones sin el concurso popular. 24 horas más y la Junta secreta de los revoltosos manda pedir Cabildo abierto. El fantasma del virreinato está todavía adherido a la tierra por unas breves horas. El virrey ya sabe el intento de la multitud. Ya sabe que va a declararse caduco su poder, y entre estos temores y ninguna esperanza, llama a Saavedra, y le interroga si puede contar con su apoyo.

—Ni conmigo ni con mis fuerzas ni con el pueblo; el pueblo tiene derecho a gobernarse y lo hará, responde el íntegro caudillo. ¿Oyes, pobre virrey? ¡Haz tu equipaje y vete!

El Cabildo abierto sobreviene (1). La guardia de criollos puesta en torno de las casas consistoriales, deja pasar a los de su bando; a los españoles, no.

La sesión tormentosa es un relampaguear. Hay mucho que decir. Va a decirse el horóscopo del Virreinato.

Un peninsular, el obispo Lúe, inicia el debate. ¿Qué dice esa sombra pretérita? Cita la conquista y las bulas papales, para sostener que los españoles, y nadie más, tienen derecho a mandar en el Nuevo

(1) 22 de mayo.

el Cabildo no interpretaba el sentir de la multitud, puesto que si por una parte admitía la cesación del mandatario, por otra disponía no se le separase del poder hasta no congregarse la diputación regional y le entregaba la presidencia de la Junta a formarse. Pasóse así el día entre esperas y tumultos y el 24 fué anunciada la Junta en la que, si bien figuraban Castelli y Saavedra, nadie tenía fe, siendo como era su programa convocar un Congreso juramentado a Fernando.

En la tarde, el Cabildo cita a los comandantes patriotas para pedirles en apariencia opinión, acatamiento en realidad. Uno protesta contra lo actuado; otros, Castelli y Saavedra, se dejan persuadir a la solución conciliadora. Ya fuera del Cabildo estos dos, rodéalos el pueblo, conminándoles a presentar sus renuncias. Castelli ofrece hacerlo, mas por el camino el caviloso Tagle (1), andando a su lado, lo disuade. Semejantes esperas o lo que fuese, no gustan al pueblo, que sabe el poder de su fuerza. Si sus caudillos no quieren ir a la tormenta, él arrastrará a sus caudillos. Que peguen no más las conciliadores sus bandos en las esquinas. Ni un solo bando de los que anuncian la formación de la Junta dejan las manos populares, ni los míseros individuos que por una moneda de plata los van pegando en las paredes, se libran de que el pueblo los apalee y les haga tragar el engrudo. Ese mismo

(1) Este sombrío personaje llegó a desempeñar puestos eminentes en el Directorio.

día (1) el pueblo corre a los cuarteles y se apodera de las armas. La Junta se disuelve. Sin virrey y sin Junta, ¿qué hará el Cabildo? Vacila entre romper con la multitud o acatarla y sólo sale de esa vacilación cuando el 25 ella lo invade y por medio de una "representación popular" le impone una Junta Gubernativa Provisional, elaborada en los cuarteles, sin un español y en que figuran Saavedra, brazo militar de la situación, y demás ídolos de la muchedumbre. Los cabildantes intentan, con palabras, quitarse la soga. ¿De qué sirven las palabras ahora? Ya no es simplemente la "representación popular", es la marea de los nativos la que invade la sala, la que mira como sombra de un sueño toda aquella apariencia de poder, aquellos retratos al natural de reyes y virreyes. El Cabildo ha hecho lo que podía y su último acto no carece de virilidad: la Junta no habrá de reconocer otra soberanía que la del rey de España y gobernará en su nombre. La Junta accede (2).

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno es invitar a Montevideo a que mande diputados. La

---

(1) 24 de mayo.

(2) El ejemplo de las Juntas, dado por España, nacía de la índole misma de la nación. España, hasta la época de los Reyes Católicos, fuera una suerte de estados federados. Con Carlos V y los Borbones, la monarquía hízose de más en más unitaria.

Las Juntas que encarnaron la soberanía española durante la cautividad de Fernando VII, retornaban, quizá inconscientes, a las instituciones antiguas, esto es, a la forma federativa.

ciudad se llena de júbilo y cuando el secretario de Cisneros — a quien la Junta obliga a firmar ciertos oficios — portador de la nota, se permite comentar en público lo acaecido y lo califica de motín, muchos se le van encima y lo golpean, viéndose Soria en la precisión de desterrarlo para ponerlo á cubierto de otros golpes. El Cabildo dicta disposiciones para el reconocimiento de la naciente autoridad y en asamblea popular la aclama y vitorea (1). Van a designarse diputados, pero el elemento español, numeroso e intemperante, se opone furioso y consigue aplazar por un día la decisión. ¿Tienen algún presentimiento los españoles? En la noche llega un buque de ultramar con la noticia de haberse instalado el Consejo de Regencia. A partir de ese instante, su regocijo se desenfrena y lo publican con Te Déum y cañonazos, y jurando ser fieles al Consejo notifican a la Junta su propósito de recenocerla, si ella jura lo que ellos. La Junta responde estar pronta a morir por conservar los derechos de Fernando y envía un agente a quien se escucha en Cabildo abierto. El agente da a entender que estos pueblos han llegado a la mayoría de edad, y mientras habla, Soria, que ha juramentado a los empleados civiles y a la marinería, aboca cañones en las calles, acuartela tropas y muestra el designio de ahogar en san-

(1) Cabildo abierto de 1.° de junio. El primer funcionario que se adhirió a la Junta fué el jefe militar de la Colonia, con antelación a esa fecha. Lo propio hicieron los vecindarios de Maldonado, Soriano y Capilla Nueva.

gre cualquier conato contra España (1). La respuesta de Buenos Aires fué desterrar al ex virrey y a cinco oidores (2).

El Paraguay no miraba con amables ojos el nuevo régimen; el Perú, foco del coloniaje, se mostraba hostil; Liniers estaba sublevado en Córdoba; los momentos eran de prueba y toda vacilación conducente al desprestigio. A Córdoba partieron 500 soldados a deshacer aquella nube española. El conde de Buenos Aires cayó prisionero y la Junta le mandó pegar cuatro tiros, "sin dilación ni pérdida de momento".

La Junta enviaba agentes a las localidades que pudieran responderle. Los jefes de los "Voluntarios del Río de la Plata", apalabrados con algunos de estos agentes, debían sublevarse y lo hicieran si las conspiraciones de muchos no trascendiesen en lo general de los casos.

---

(1) Los groseros instrumentos de Soria injuriaron al agente argentino. Las hostilidades no se hicieron esperar. La Colonia y Maldonado fueron sometidas por las armas.

(2) Era hombre pobre Cisneros y salió aun más pobre del país, y hasta endeudado.

En el Plata poseyó un solo esclavo, un pardo que fué vendido en 300 pesos, en 1811.

En cuanto a los oidores, como miembros de la Real Audiencia, eran nativos de España. Este tribunal de apelaciones para toda causa que no excediese de 10.000 duros — pasando esa suma recurríase al Consejo de Indias — ejercitaba, de vez en cuando, bajo la designación de "reales acuerdos", funciones gubernativas. Sus individuos no podían mezclarse a la sociedad del país ni por intereses ni por vínculos matrimoniales.

Con esto de la abortada sedición, llenó Soria la ciudad de espías, las cárceles de presuntos conspiradores, y ordenó confiscaciones y destierros; no obstante, los clubs políticos se multiplicaban como el vuelo de un amor contrariado.

Las autoridades peninsulares habían designado virrey a Elío y para gobernar a Montevideo al general Gaspar Vigodet, que llegó en septiembre con instrucciones de no usar la violencia e ideas y educación que lo arrastrarían a la guerra. Un millar de portugueses acababa de conquistar otra vez las Misiones y el país estaba a punto de sublevarse. El hombre, viendo perdido el prestigio de las espadas, apeló a una especie de junta de gobierno, cometió expoliaciones, fundó un periódico, *La Gaceta*, redactado por un fraile insolente y cierto camaleón político (1), y mandó una escuadrilla a que bloqueara a Buenos Aires. Bloqueo brevísimo que en interés de su comercio hicieron levantar los ingleses (2).

(1) Nicolás Herrera.

(2) Producida la revolución, los buques españoles surtos en costas argentinas, buscaron refugio en Montevideo, quedando Buenos Aires, mientras no se destruyó esa escuadrilla, expuesta a sus ataques.

La nación inglesa que por su alianza con los españoles cruzara los planes de Miranda en 1809, con una mano dábales oro, y con otra facilitaba armas a los rebeldes, manteniendo, además, agentes secretos en los centros de efervescencia americana, para logar informes. El que mantenía en Buenos Aires, Mariano Castilla, recibía un salario de peón: 7 chelines diarios, pagados por Sidney Smith.

Estados Unidos, más libres diplomáticamente, dejaron,

Los criollos se burlaban de las autoridades; el furioso bando español de los "empecinados", aparentando ser numerosísimo, gracias al ruido que metía, era el postrer aliento del coloniaje; estos rabiosos patriotas, a quienes mortificaba y halagaba a un tiempo el mote de "godos", dado por los nativos, estaban siempre de mal humor; de rancias ideas era asimismo el elemento femenil. Quien dice mujer, dice novedad y, por extraña paradoja, amor a lo pasado. Grande debía ser este amor en las montevideanas, cuando tantas de ellas eran "godas" hasta eclipsar a los eternos citadores de Cides y Pelayos. Para ellas, grata la sombra del estandarte de oro y grana, tan luengos siglos flameador en las almenas.

Elio, vuelto de España, reclamó en los mejores términos obediencia a Buenos Aires, ofreciendo el olvido de lo ya inolvidable, y recordando que los pueblos de América podían hacerse representar en las Cortes reunidas en la isla de León.

Nada quiso saber la Junta con el virrey postrero. Era la guerra. A guarnecer la Colonia partió el anciano general Vicente Muesas. En la guarnición figuraban los "Blandengues" (1) y con ellos D. José Artigas, que una tarde, dejando a su tropa

---

desde la primera hora, vender armas a los insurrectos y les aconsejaron la adopción de sus principios republicanos.

(1) Su verdadero nombre "Blandengues de la frontera". El cuerpo, creado en 1797, constaba de 800 jinetes, hijos del país, arrogantes lanceros, hechos a la guerra fronteriza contra el contrabando, el bandolerismo y los aborígenes.

apalabrada, con otro oficial abandonó el campo (1). Vino la noche. La noche conservaba aún el calor del caliginoso día. Los dos hombres se dirigieron a la playa, alquilaron un bote y al alba estuvieron en Buenos Aires y se presentaron a la Junta, ofreciéndose Artigas "a sublevar la campaña y tomar a Montevideo, si se le proporcionaban algunos auxilios de tropa y munición". La Junta le confirió despachos de teniente coronel y la misión de sublevar los campos del Oriente.

Fácil será imaginar el furor de Elío. El mismo partióse a la Colonia, con una compañía de soldados, creyendo con ellos posible someter a los sublevados de la otra banda del río. Pero se cuidó bien de cometer semejante tontería, limitándose a deponer a Mueşas.

(1) El 15 de febrero de 1811.

# INDICE


| | Pág. |
|---|---|
| Descubridores y conquistadores | 5 |
| Colonizadores | 25 |
| Españoles y portugueses | 43 |
| Guerra guaranítica | 67 |
| Guerra de fronteras | 75 |
| Bajo los virreyes | 95 |
| Asaltos ingleses | 113 |
| Los gauchos | 147 |
| Rebelión de Elio y sus resultas | 167 |
| Días de Mayo | 181 |

IMPRENTA MERCATALI
Acoyte 271 — Buenos Aires